

5/12/22

BIBLIOTECA TAURINA

—  
—

# TAUROMAQUERÍAS

COLECCIÓN DE ARTICULOS

por

EL CESANTE H

~~~~~  
Tomo I  
~~~~~

*Deposito*

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MARIANO GALVE

Calle de Aviñó, núm. 18 interior

1898

---

---

Es propiedad.—Queda hecho  
el depósito que marca la Ley y  
prohibida la reimpresión sin el  
permiso del autor.

---

---

---

## BANDERILLAS AL QUIEBRO

---

(BOSQUEJO TAURINO)

La plaza, llena de bote en bote, presenta un aspecto deslumbrante, encantador, indescriptible. Aquel inmenso gentío ocupando las localidades todas, semeja gigantesca pifia; aquel abigarrado conjunto de colores, aquel frenético agitar de sombreros, abanicos y pañuelos y aquel rumor confuso que puebla el espacio, forman un todo poético que llena de alegría el corazón del buen aficionado.

Allá, en el lado opuesto, bañado por el sol, el sudor corre á torrentes, el ambiente se hace irrespirable, y sin embargo, allí es donde más se grita, donde más se bebe, donde con más brío asoma el entusiasmo.

De repente, el agudo són de los clarines anuncia el cambio de *tercio*.

Es el quinto toro de la tarde.

Aún no habíanse extinguido en el espacio las últimas ondas sonoras y ya el público todo pedía con ruidosa insistencia que *pareasen* los maestros.

El toro era bravo y boyante.

Los matadores, abandonando el capote, toman los *palos*.

Sale uno de ellos al centro del redondel; hace retirar á los *chicos* y *cita al bicho*.

Fíjase el toro en el diestro. Este, *perfectamente cuadrado, con los pies unidos por los talones*, el cuerpo erguido y los brazos extendidos, queda inmóvil frente á la fiera.

El silencio de los sepulcros no era tan profundo como el que en aquel momento reinaba en el espacioso circo.

Quince mil espectadores con los labios entreabiertos, descoloridos, fatigosa la respiración por la terrible emoción que les embargaba, miraban atónitos la apuesta y elegante figura del torero, cuyos bordados de oro lanzaban miriadas de chispas al ser heridos por el sol, y la imponente figura del berrendo en negro que con la cabeza levantada, las orejas extendidas, venteaba, extrañándose, fijando sus asombrados ojos en el diestro.

Parte aquél como exhalación, hacia el *bulto*; los corazones palpitan con inusitada celeridad; el peligro es inminente; la cogida inevitable; un ¡ay! agudo está próximo á brotar de todos los labios, y cuando el toro llega á jurisdicción, vése al diestro, *sin mover los pies, inclinar el cuerpo y brazos á un costado*; humillar la fiera al engendrar el derrote, erguirse de repente al diestro, clavar los palos y al toro dar el hachazo en falso, siguiéndolo con vertiginosa carrera en busca de un peón *que de antemano estaba colocado á retaguardia del banderillero y á distancia proporcional*, según los principios de la buena escuela.

Dilátanse los pechos, tranquilízanse los corazones, y como movidos por mágico resorte, se levantan de sus asientos los espectadores.

Una salva de atronadores aplausos resuena en la plaza, el suelo trepida, conmuevense hasta los cimientos, púéblase el redondel de sombreros y cigarros, mientras que el torero, sonriente, con la montera en la diestra saludando, marcha con paso mesurado y elegantes movimientos hacia la valla.

DESPERDICIOS.

---

## EL VOLAPIÉ

---

No es que crea aquello de que cualquier tiempo pasado fué mejor; no es que defienda ideas rancias y antiguas, como alguien ha dicho, tan sólo por el afán de alabar aquello que no he visto y sí por estar dominado del espíritu de plagio. No señor; es que, según comprendo, dados mis escasos conocimientos en el arte, tal cual hoy se practica dicha suerte deja mucho que desear; se va paulatinamente separando del verdadero camino; camino que á costa de muchos sacrificios y riesgos trazaron los grandes maestros, para entrar de lleno en las tortuosas sendas que algunos malos toreros abrieran, y por las que caminan importándoseles un comino los verdaderos preceptos y reglas.

Esto sin duda es debido á que la afición anda algo extraviada y que de este estravío sólo y únicamente son responsables los que se consideran como aficionados, pues si en vez de ser partidarios de una personalidad tan solo porque sí, fuesen á la plaza decididos á aplaudir todo lo digno de aplausos y silbar todo aquello que censura mereciera, otro tal vez fuese el camino que los matadores emprendieran.

En la época actual, por desgracia de decadencia para el arte, apenas un mal chicuelo déjase coleta, ya tiene á las veinticuatro horas su cohorte de *adoradores*. Para éstos nadie más que él es el sabio; nadie más que él el inteligente; nadie más que él el gran torero; y en una palabra: él es el verdadero Mesías de la tauromaquia; y como tantos diestros, tantos partidos; y como abundan por desgracia los *maestros*, resulta que los que no somos inteligentes nos quedamos sin saber cuál es la verdadera tía Javiera.

¿Puede de este modo haber buenos toreros? ¿Puede de este modo el aficionado que no esté afiliado á ninguna bandería, presenciar la consumación de las suertes tal cual deben ser ejecutadas? No y no.

Abstracción hecha de la de *recibir*, y digo abstracción porque abrigo el convencimiento de no verla practicar quizás en lo que me resta de vida si los verdaderos amantes del arte no lo toman á pecho, hoy todo el mundo se dedica al volapié. ¡Pero qué volapiés, Dios mío!

Si á Costillares le diese la humorada de venir á pasar una temporadita entre nosotros y presenciara una corrida, al ver cómo se practica hoy su suerte favorita, de seguro que, provisto de un buen garrote, bajaba al redondel y ¡zas! ¡zas! á éste quiero y al otro también, no dejaba una coleta ni para medicina (salvas contadas excepciones).

Hoy día, tanto si el toro se encuentra aplomado, sin facultades; tanto si es revoltoso, boyante ó de sentido; y en una palabra, sean cuales fueren las condiciones de la res, no vemos otra cosa que volapiés y más volapiés, en la mayoría de los casos consumados sin arte ni conocimiento.

¿Qué les importa que el toro no esté igualado? ¿Qué

el arrancarse en todos los casos á ocho metros de la cuna? ¿Qué el cuartear de tal modo que en su viaje parece emprenden la marcha hacia Occidente? ¿Qué les importa y para qué les sirve sino de estorbo la muleta en la mano izquierda? ¿Qué el salir de naja por la cara?

¡Bah! ¡bah! Todo esto son tonterías, dirán; la cuestión es clavar el estoque y que el toro caiga.

No cuidándose de examinar el trabajo de muleta, que es donde el diestro puede demostrar sus conocimientos, fijarse en la colocación de éste al *arrancarse*, distancia á que se *arranca* y forma en que se tira á matar, todo el afán de algunos cífrase en que el estoque cause la muerte, repentina si es posible.

Y esto, en verdad, es todo lo contrario de lo que suceder debiera, pues no debe aplaudirse el buen acierto al herir, que en medio de todo ningún mérito tiene, sino el trabajo que para con las reses ejecute con la muleta.

Y sino, ¿de qué le serviría á un espada su buen acierto al herir en un toro aculado á las tablas, en defensa y tapándose? ¿De qué medios se valdría desconociendo el verdadero uso que en tales casos debe hacerse de la muleta?

Un golletazo que corroborase su crasa ignorancia.

El volapié, que debe emplearse única y exclusivamente para despachar aquellos toros que por tan aplomados y rendidos por el mucho castigo sufrido no arrancan, tiene sus reglas fijas é invariables; reglas que deben ser observadas, á fin de que, ya que no veamos la suerte de recibir, podamos presenciar al menos aquélla tal cual debe ser, no debiendo consentir el aficionado los muchos tranquillos y marrullerías que hoy están tan en boga, protestando con atronado-

ra silba cualquier transgresión, por leve que sea, y aplaudiendo con igual celo cuando el diestro lo ejecute según Costillares indicó y alguno de los actuales matadores practica, porque el espada debe saber, dadas las condiciones de la res, tantearla con los primeros pases, darle los precisos para cuadrarla, no abusando del trazo, armarse muy en corto, arrancar muy por derecho, sin cuarteo alguno ni con paso atrás ó á la izquierda, llevar baja la muleta é inclinada á la derecha, á fin de que al tocar con ella el hocico de la fiera y humille, pueda desviarla con facilidad y serle por lo tanto más factible el clavar el estoque, buscando la salida por pies hacia la cola del bicho.

De no hacerlo así, silba... silba... y más silba con los maletas que tantos moños se traen y tantos miles de pesetas cobran.

Para el trabajo de mérito, palmas; para el chapuce-ro mixtificador, pitos y más pitos.

DESPERDICIOS.

---

## BRINDAR LA SUERTE

---

No es mi ánimo entrar en disquisiciones históricas, para averiguar si el acto que realiza todo matador antes de estoquear el primer toro, ante la autoridad presidencial, es una derivación más ó menos sofisticada del *ave, César, moriture te salutan*, de los antiguos gladiadores, ya que la índole del periódico es más propia de otros estudios que no del de las reminiscencias que guardar puedan entre sí los referidos, y más que nada porque en el presente articulejo pienso tan sólo consignar los compromisos ó disgustos que reportar suele al *distinguido* el diestro que en uso de su voluntad brinda la muerte de uno de sus toros á un aficionado cualquiera.

Semejante acto, que no deja de ser una prueba de atención y deferencia hacia el amigo, acto que muchos envidian sólo por demostrar al público que son *íntimos* del matador y que le hablan de *tú*, trae aparejado un número considerable de inconvenientes, todos onerosos, y que no guardan proporción con el sacrificio para corresponder dignamente.

Por más que se dan casos, pues muchas veces el

regalo es valor entendido y vuelve, por tanto, á poder del regalante cuando ya ha producido el debido efecto, toda vez que los periódicos consignaron el hecho. ¡Cómo ha de ser! Hasta el agua se adultera, como dijo aquel tabernero.

Fuera de estos casos, que ningún valor tienen, ya que la farsa pronto es descubierta, consignaré algunos de los que se realizan *de todas veras*, como dicen los niños.

Si á todo el que tiene fama de inteligente ó porque el diestro cree que de algo puede servirle en su carrera, dan en brindarle toros, puede decirse que al tal preferido le ha tocado la lotería con semejantes actos de *atención y deferencia*, pues la mayor parte de sus rentas, paga ó sueldo, tendrá que emplearla en la compra de objetos de valor que de recompensa sirvan, y que no deben ser cosa mezquina, porque el público, al exclamar «¡que se vea! ¡que se vea!», si se apercibe de lo vulgar del obsequio, ¡pobre del regalante! más le valiera meterse siete estados debajo de tierra. Semejante bochorno puede muy bien sobrellevarse cuando la tal *preferencia* ha sido buscada; pero cuando sucede al contrario, calculen ustedes qué gusto de boca le quedará al *distinguido*.

¿Y dónde me dejan al que sin sospecharlo encuéntrase con que un matador, montera en mano, le dirige la palabra? En el primer momento se levanta sonriente, y con la cabeza descubierta escucha el brindis del torero. Como sabe que todos los espectadores tienen la vista fija en él y que su nombre corre de boca en boca, un asomo de mal contenida satisfacción retrátase en el semblante, sus ojos revelan lo inmenso de su alegría y el corazón le palpita con vertiginosa celeridad. Escuchado el brindis, se sienta, contempla cómo

el diestro desarrolla la faena, pero sus ojos no ven, su imaginación no comprende, porque sugestionado por el resultado que el compromiso le reporta, no encuentra fórmula decorosa que le permita salir airoso del lande. Una feliz casualidad le recuerda que en el dedo luce pequeña sortija (ó valiosa, es lo mismo), y entre el sentimiento que le produce la inmediata pérdida de ella y el miedo al ridículo que le espera si no efectúa el regalo, opta sin vacilar por el desprendimiento de la mencionada alhaja. Pero este sacrificio es miel sobre hojuelas comparado con el dolor inmenso que el alma experimenta si no tiene otro objeto para corresponder que un billete de cien pesetas.

¿Hay alguien capaz de comprender las torturas, las angustias, la pena y tristeza que ocasiona el desprenderse de tan querido y estimable papel? ¡Oh! si en el momento crítico de lanzarlo á los pies del matador con estudiada indiferencia pudiera leerse en el pecho de quien tal hace, ¡qué de cosas se sabrían! ¡qué cúmulo de maldiciones *in mente* para el diestro, mientras cortés y afable (en apariencia) devuelve el saludo! ¡qué angustiosa epopeya de amargos sacrificios tal vez para el mañana presente el corazón al regalar el consabido papelito!

Pero distingamos: no todos los matadores, ya sean de cartel, ya novilleros, obran estimulados por la recompensa; es más, sé de algunos que á pesar del brindis, en el mero hecho de recibir pequeño regalo, remachan el clavo, como suele decirse, invitando á su mesa á quien pagó la atención.

De todos modos es un compromiso grave, es colocar en una situación violenta á quien un torero brinda la muerte de un toro.

Si el diestro se dirige á un escritor, por muy justi-

ciero que éste quiera ser en la crítica del trabajo, es tonto creer que severa imparcialidad campee en él, porque recordando el momento de grata satisfacción experimentado ante el público numeroso, causa suficiente es á torcer la mejor intención del mundo, y lo que el diestro gana con la indulgencia, pierde el arte con el estudiado arreglo de la crítica.

Si es persona de viso, amén del regalo, el acto de referencia es la puerta que facilita el paso á una amistad ó relaciones que nadie es capaz de sospechar las consecuencias, y como hoy día todo es puro mercantilismo, lógico es presumir consiga, valiéndose de influencias, lo que por el solo mérito pudiera alcanzar.

—«Mariano, no es un sablazo...»—dijo Mazzantini á Benlliure al brindarle la muerte de un toro; luego demostrado queda que, si no todoó, al menos la mayor parte de los brindis son *sablazos*.

Que por un acto de pura cortesía, respeto ó distinción, un diestro brinde la consumación de una suerte de mérito, puede pasar; pero lo que no tiene perdón, lo que subleva el ánimo, lo que indigna en gran manera es que cuatro zurrapistas, *mangueros* de ocasión, siémpre á caza de gangas, pongan á cualquiera en el duro trance de tenerse que desprender de un billete de veinticinco pesetas para luego ser traído y llevado en lenguas por lo *miserioso que estuvo en el regalo*.

Por Díos, señores toreros; tened un poco de compasión y no apretéis tanto, pues con demasiada tirantez se halla la cuerda, y el día que se rompa, ¡madre mía, qué terrible y general desmochie tendrá lugar!

Es preciso, de todo punto preciso, desaparezca de los circos la *suerte del manguero*, ya que en ningún tratado de tauromaquia figura descrita, y en vez de ello practicad la de *recibir*, que aunque la repitáis trescient-

tos millones de veces, nadie os criticará; antes al contrario, sería fácil que sin esperarlo os mandaran algún regalito, amén de una abundante cosecha de aplausos, entre los que figuraría el modesto y poco valioso de

EL CESANTE H.

---

---

## LA DIVISA

---

Recuerdo que allá en mis mocedades, cuando los primeros síntomas de la afición engendrabanse en el pecho, cuando el entusiasmo que sentía por las corridas de toros me hacía sufrir lo indecible si causas superiores á mi voluntad me impedían asistir á la plaza, gozaba sobremanera escuchando de labios de los que la fiesta habían presenciado la relación de lo ocurrido, al propio tiempo que los celos torturaban mi corazón por no poder hacer otro tanto.

Recuerdo como si fuese ahora que uno de los vecinos, entusiasta por los toros y hábil narrador, solía pintar tan al natural los lances, poseía tal facilidad de palabra, explicaba con tal exactitud y brillantez los episodios todos, que al escucharle la alegría me dominaba, cuando en momento de entusiasta arrebatado tomaba de su magnífica paleta los colores apropiados y trasladándolos al fantástico lienzo que los oyentes se crearan, trazaba de mano maestra un cuadro lleno de luz, vida y animación.

Entre otras cosas de capital importancia, recuerdo

ciertas frases que salían de sus labios, pero revestidas de tal aire, acompañadas de tales gestos, envueltas con tal aureola, que al escucharlas el corazón se indignaba, la rabia y la vergüenza, amalgamadas en confuso maridaje, sentíanse hervir en el pecho cuando las apocalípticas palabras del disertante repercutían en el cerebro.

¡Qué vergüenza! ¡qué baldón! ¡qué ignominia!— decía con atronadora voz, potente entonación y ademanes ciceronianos.— ¡Los toros de don *Fulano de tal*, ese ganadero que por cada res cobra una cantidad fabulosa, han resultado bueyes, dos de ellos han sido fogueados!... ¡Oh! ¡*las cintas de la casa* convertidas en asquerosa y sucia pavesa!... ¡justo castigo á su ambición! ¡merecido pago á su mala fe!

Todos asentían á sus palabras, todos aplaudían aquellos enérgicos apóstrofes, todos dejaban asomar al rostro idéntico sello de reprobación.

Confieso con sinceridad que no comprendía aquello, de *las cintas de la casa* y, extrañábame sobremanera tan terrible enojo *en asunto tan trivial*, sumergiéndome en un mar de confusiones, sin que mis cálculos y racionios diéranme luz alguna en el asunto.

Aquellas palabras dormitaban en el lugar más recóndito do el alma conserva sus recuerdos, y tarde ó temprano despertarían y entonces sabría lo que indicaban.

En efecto, muchísimos años después, encontrándome accidentalmente en una populosa é importante población, hube de presenciar una corrida de toros, y entonces el velo fué descorrido, el misterio voló, destacándose sobre el obscuro antro la luz radiante de la verdad. *Las cintas de la casa* no eran otra cosa que la *divisa*, esto es, el distintivo que sujeto al morrillo

del toro por medio de un pequeño arpón, luce cuando pisa el redondel y enseña á los aficionados la ganadería ó vacada á que pertenece.

Poseedor del secreto, dime á meditar en él, y efectivamente, comprendí el valor que para la fama y buen nombre de un criador de reses bravas las tales cintas encierran.

Un toro sale á la plaza; en el morrillo ostenta una divisa con los colores blanco y encarnado, por ejemplo, y acto seguido los inteligentes exclaman: «¡Olé ya! bicho del duque.» Así es que esas cintas que á las primeras de cambio y á causa de la sangre que mana de las heridas que los piqueros le causaron, se convierten en negruzco pingajo, es el glorioso escudo que defiende el buen nombre, mejor dicho, el honor de su dueño; es el blasón que más enorgullece al ganadero, la trompeta que pregona envidiables ovaciones; de modo que si por cobardía del animal las banderillas de fuego tuestan aquellos cachos de tela, el estampido de los cohetes, al sonar en el espacio, lanzan deshonrosa mancha á la ganadería, la pequeña columna de humo que en el aire se agita empañada de tal modo el buen nombre de la vacada, que se hace imposible borrar en un todo sus perniciosos efectos, y al caer carbonizada sobre la arena del redondel aquella pequeña porción de ceniza, es como la paletada de tierra lanzada sobre el cadáver de la fama por el hálito asqueroso de la deshonra.

Hoy día, debido al fabuloso número de corridas que se efectúan, el consumo de reses tiene que ser mayor que lo fué hace treinta años; de modo que las cincuenta ó sesenta ganaderías de reses bravas que entonces existían, no siendo suficientes para abastecer la considerable demanda, despertó en algunos el

afán de convertirse en ganaderos y llenar en cuatro días las arcas.

Desconocedores del complicado mecanismo que es indispensable saber, no practicando todo lo necesario para mejorar las condiciones del ganado y fija la imaginación solamente en el lucro, improvisaron toradas, cuyos elementos constitutivos, faltos de condiciones para servir de base á un edificio llamado á proporcionar fama, laureles y además dinero, resultó lo que era lógico: una piara de animales feos, bastos y desprovistos de todo aquello que debe reunir un toro de lidia.

Entronizado el mercantilismo y sórdido interés, la afición huye avergonzada y el único punto simpático que en la cuestión queda es el dinero.

Unase á esto las componendas de algunos diestros, alternadas con las de ciertos empresarios, tácitamente amparadas ó consentidas por la incomprendible indiferencia del público que paga, y dígase si no están en su perfecto derecho aquellos en hacer lo que les viniere en gana.

Urge tomar una determinación, es indispensable que el aficionado estudie este punto con la mayor detención hasta capacitarse de la importancia que reviste por las consecuencias que para el arte puede traer en días no lejanos, poniendo de su parte cuantos medios hábiles juzgue convenientes hasta desterrar de los circos la lidia de bueyes de carreta, que en el mero hecho de tener regular trapío y lámina, no titubean sus dueños en venderlos como toros de cartel.

¿A qué nombrar ganadería alguna de esas cuyos dueños han mirado por la fama y nombradía de la divisa tanto ó más que por su honor propio? ¿Qué mayor galardón que el íntimo convencimiento de ha-

¿Ser cumplido con el deber resellado en el aplauso de la opinión?

Ante la avalancha de toros de ganaderías de dudosa procedencia; ante el crecido número de esos semicuneros que de día en día invaden los circos á ciencia y paciencia del público sólo porque convienen á determinadas personalidades; ante el creciente desarrollo y progresivo aumento de vacadas cuyos dueños las explotan como pudiera hacerlo el más egoísta traficante en cualquier género de secundaria importancia, no cabe otra cortapisa que la enérgica y continuada protesta del público en general, la oposición continuada de la integridad contra el abuso, de la buena fe contra el engaño.

Siendo la divisá la única carta de recomendación para los aficionados, deber de ellos es no admitir gato por liebre; y ya que hoy, dado el sin número de ganaderías y diversidad de colores (en muchas iguales), confusión que hace difícil—por no decir imposible—su exacto conocimiento, deben vivir prevenidos para no dejarse engañar, y ganadería cuyas reses sean fogueadas, deben tenerla muy presente en la memoria para no asistir á la plaza cuando su lidia se anuncie.

El socorrido recurso de las banderillas de fuego puede ser la capa que encubra ciertos amaños que el público pagano no debe jamás admitir, pues bastantes presencia á diario en el redondel, y por tanto, teniendo en cuenta las condiciones especiales de la res, podrá ó no admitir que pase por toro un solemnisimo buey indigno de pisar la arena, porque se dan casos—por desgracia con inusitada frecuencia—que reses compradas como mansas y á precio de carne, suplan el puesto ó lugar de otras reservadas para me-

por ocasión, mientras que al aficionado se le cobra por la localidad un precio fabuloso por una corrida con ganado de primera.

Ni los empresarios deben intentar justificarse de que las reses les cuestan como de primera (y luego resultan de quinta clase), ni los ganaderos practicar la venta en ciertas condiciones, porque mirando solamente la prevención estampada en los carteles «hermosos y escogidos toros de la muy acreditada y renombrada ganadería», es suficiente á sospechar que el público no transigirá en caso contrario y tratará por cuantos medios juzgue hábiles conseguir la vindicación de sus derechos vulnerados.

Es de absoluta necesidad que el aficionado, abandonando el vituperable silencio y censurable apatía que hace tiempo constituye su principal característica, recabe el exacto cumplimiento de cuantos derechos le son inherentes, y si sus reclamaciones justas son desoídas, antes que hacerse solidarios del abuso, deben ausentarse de la plaza, siendo preferible mejor que deshonrada, ver mil veces muerta á nuestra querida fiesta nacional.

EL CESANTE H.

---

---

## MAGISTER DIXIT

---

Dicen que el diablo, harto de carne, se metió á predicador: tal suelen hacer algunos én este pícaro mundo de la afición, pero no abandonando por completo sus deseos venales y hábitos concupiscentes, sino cubriéndose con el de la hipocresía para mejor engañar á los que sin prevención ni antecedentes alguno fian en las protestas de tales *sirenos*.

Hombres inconstantes que á semejanza de la aveci-lla que salta de rama en rama cambian ellos con idéntica volubilidad de terreno; hombres que defendían á capa y espada al diestro A (por ejemplo) porque comían á dos carrillos, convertidos hoy en encarnizados enemigos porque cesó el suministro del turrón; hombres que por satisfacer sus aspiraciones vituperan lo que ayer ensalzaron; hombres que humildemente se arrastran á los pies del astro que empieza á fulgurar; hombres, en fin, que con descaro sin igual faltan á la verdad, queriendo imponerse á todo el mundo.

Partidarios acérrimos por conveniencia del visible *magister dixit*, creen poner una pica en Flandes, creen confundir á todo el mundo sacando á cada momento el

*cristo* de la *sabiduría* y apoyando sus venales escritos, no con razones sólidas, sino en intemperancias que todo el mundo sabe el fin que con ellas se persigue.

Defensores de malas causas, esos abogadillos de á *perro chico*, rompen lanzas, chillan y alborotan, alzan la voz y se dan tono de sabios porque ansian tener bajo su planta á la afición, sin comprender que sus desplantes y huerás afirmaciones sólo desprecio y risa causan y náuseas además en quienes saben del pie que los tales cojean.

Preguntadles (en el terreno particular) qué concepto les merecen ésta, la otra y la demás allá, revistas profesionales, y aunque tengáis el cutis más curtido que parche de tambor de titiritero, de seguro os sonrojaréis al escuchar las frases *cultas* que de semejantes labios brotan: al que menos le tratan de gorrista y hambón.

Lenguas viperinas, envenenan cuantas palabras pronuncian, midiendo á todos con el mismo rasero, porque al mirarse interiormente fórjause la ilusión de que en todos los pechos existe el mismo sedimento de lodo que en el suyo.

Hipócritas y ambiciosos por naturaleza, padecen un infierno de celos cuando su *fama* es discutida; cuando su *imparcialidad* rueda por los suelos; cuando sus pujos de *justicieros* causan risa de desprecio en quienes les conocen; cuando sus tontas afirmaciones son despreciadas por esos aficionados que se gastan el dinero y no mendigan una localidad adquirida en cambio de concesiones y apostasías denigrantes.

¡Esos hombres son los que tratan de pasar por pontífices en la afición! ¡pobres orates!

Empeñados en que por fuerza deben ser considerados como inteligentes hasta adoptar el aire despreciativo que los tiranos emplear suelen con los esclavos.

¿Por qué se han de considerar como heraldos de la verdad cuando en su historia existen manchas que distintas apostasias han señalado de modo imborrable? ¿Son ellos acaso los llamados á lanzar la primera piedra?

Si pasamos á otro orden de ideas, veremos resplandecer el absolutismo más exajerado en sus afirmaciones: tal estocada, por ejemplo, fué recibiendo, y quien lo contrario diga, mente (olé por la cultura). Cuantos trabajos leen, si perjudican en poco ó en mucho al diestro que ellos explotan ó hacen la corte para comer á su salud, sólo les merecen adjetivos nada correctos y de entes tildan á sus autores; pero si ocurre lo contrario, si ensalzan y aplauden la personalidad por ellos preferida, si de una manera ú otra contribuyen á su negocio, aquí entonces de las frases encomiásticas prodigándole á granel la palabras inteligente, correcto, entendido escritor, etc., etc.

En su afán por realizar su anhelo, recuerdan no las acerbas censuras y burlas sangrientas cuando tienen que escribir todo lo contrario si la *luz* se hace, y como de *sabios* es el mudar de opinión, gustosos vuelven la casaca al *recibir las lecciones* de la verdad.

¿Cómo es posible camine el arte hacia el perfeccionamiento, cómo es posible que los diestros marchen por el buen camino mientras existan escritores que barajan y tergiversan á su antojo la verdad de lo ocurrido? ¿Qué enseñanza puede proporcionarse al público con lectura tan perniciosa?

No es bastante el cisma introducido en el arte por algunos diestros; faltaba el huracán que levantara nubes de polvo para cegar á la afición y, por desgracia, empezaron á soplar las primeras ráfagas.

A río revuelto ganancias de pescadores; pero resul-

tan ser estos los empresarios, diestros y ganaderos, á ciencia y paciencia del público y por culpa de los que más debieran trabajar para que semejante orden de cosas, no existiera.

Son preferibles las situaciones francas y despejadas á las sombras y nebulosidades con que algunos se rodean porque de aquella manera se ve al primer golpe de vista no hubo interés en disfrazar la verdad y que la palabra equivocada, el pensamiento mal expresado pudieron ser hijos: ó de la precipitación, ó del descuido; jamás de la mala fe.

Quien sienta parcialidad ó afección; quien persiga el negocio, ese no puede ser crítico, esto es, justiciero y veraz; sus trabajos han de ir encaminados por precisión á desacreditar á los demás, supliendo la falta de argumentos lógicos y razones de peso, con palabras fuertes é impropias de ser escritas por persona alguna medianamente ilustrada.

Argumentos sólidos, razones convincentes, han de formar la base en que descansen el raciocinio; todo lo demás es buscar puertas de escape para mejor defender la idea propuesta.

El público necesita se le diga el por qué de las cosas, más que nadie los que no poseemos conocimientos suficientes para hacer el estudio anatómico (permítaseme la frase) del trabajo de un diestro en redondel; las salidas de tono, no solo no convencen á nadie, si que al fin y á la postre, cuando la verdad se abre camino, conviértense en ariete que lanza fuertemente al descrédito á quien tal sistema empleó.

Dada la diversidad de criterio hoy imperante respecto á toreros, el contagio alcanza á muchos escritores, y de ahí la divergencia de apreciación, y como nadie da su brazo á torcer, ya que el asunto por su índole

especial no se presta á ulterior comprobación, venimos á parar á esta viciosa conclusión: ó todos tienen razón ó no la tiene ninguno, y aunque se tenga por paradójico, estudiado con detención, vésele un gran fondo de verdad.

Y esta concesión ¿implica acaso autoridad para que nadie se erija por sí y ante sí en único crítico? Por su sola palabra, por su propia afirmación ¿debe creerse como artículo de fe lo que Zutano ó Mengano digan?

La autoridad, el prestigio, sólo se consigue siendo veraz é imparcial; el intentar hacer creer á la fuerza la existencia de una condición que actos anteriores destruyen, sólo cabe en espíritus envidiosos y anhelantes de la exclusiva sin comprendér que no cuentan con méritos para ello.

Obras son amores, que no buenas razones, y claro está que más que cien frases que nada dicen puede un hecho cualquiera que al ánimo lleve el convencimiento. Aquellas fácilmente se las destruye; éste permanece inalterable, aunque se le dirijan los más duros ataques, las más fuertes censuras.

El positivismo no podía relegar al olvido á la afición, así como el escepticismo tampoco podía dejar de dominar en el pecho de la mayoría de los tourófilos, y, aunque triste sea decirlo, es preferible esta sequedad de ánimo, este frío glacial en el corazón, que acabará, no hay duda, con los vividores, á mantener latente ese ilógico entusiasmo, esa loca ceguera en el público, puente que á muchos allana el camino para el negocio.

Hoy por hoy no existe diestro alguno que en justicia pueda ostentar el título de maestro. Más ó menos conocimiento, más ó menos valor, más ó menos habilidad para practicar á la perfección, si se quiere, una suerte determinada, no es suficiente á que se le preste

adoración ó se le rinda pleito homenaje, porque, cegado por la adulación, envanecido por la continuada lisonja, acaba por imponerse, y en la confianza de que nadie se atreve con él emprende la marcha por el camino que al artificio y al abuso conduce.

La verdad en el arte es postergada; los pocos buenos que existen se lamentan, pero sus quejas son ahogadas por el aplauso y adulación que el servilismo prodiga. ¡Y esos quieren abrogarse el título de imparciales! ¡Y esos quieren dirigir á la oposición!  
¡Pobre arte! ¡Pobre afición!

EL CESANTE H

Valencia y Junio del 96.

---

## ¿QUE SE LO DEN!

---

No sé como existen personas que permanecen indiferentes el día que tiene lugar una corrida de toros; no concibo como pueden algunos quedar retraídos, ora en casa, ora en el café, cuando en la plaza tiene lugar el espectáculo más grandioso conocido en nuestros días.

Amante de lo bello, de lo bueno, de lo sublime, de lo poético, de lo verdaderamente épico, pareceme así como carencia de sentimientos estéticos, falta de buen gusto, en quien no siente afición por las corridas de toros; cáusame gran extrañeza oír de labios humanos que no van á una corrida porque el espectáculo en sí les repugna, les altera la bilis y les tiene en continua tensión los nervios; que no le encuentran las bellezas que el taurófilo pregona y que el espíritu no siente las grandes sensaciones que las diferentes fases porque atraviesa el espectáculo siembran en el corazón del aficionado.

Si por un momento reconcentramos el pensamiento; si cerrando los ojos procuramos, con los del alma, ver lo que á nuestro alrededor ocurre, indudablemente se

destacarán, con voluminoso relieve, las innumerables bellezas que el cuadro atesora.

Ved el cielo de un azul purísimo, diáfano, inimitable, no velado ni por el más tenue vaporoso tul; ved el sol en lo alto del firmamento alegrar con sus caliginosas miradas las ondas transparentes del éter; ved cual la brisa flagela blandamente el rostro y con qué voluptuoso deleite se aspiran sus perfumados besos; ved en los semblantes todos retratada la alegría, la animación, el entusiasmo; cómo el contento se lee en las pupilas y cómo la dicha y la satisfacción embarga á los aficionados.

Aquel bullicio ensordecedor que en las principales calles reina; aquel continuo ir y venir de gentes que se tropiezan, se codean; los estentóreos gritos de los vendedores, el agudo silbido del cochero del tranvía, el rumor de los carruajes al rodar sobre los adoquines, todo esto mezclado, confundido, amalgamado en fantástico consorcio, produce la *discordante armonía* que á guisa de prelude sirve de introducción á la obra.

Tended la mirada: una masa compacta de seres humanos llena por completo la anchurosa vía; el blanco sombrero de paja, el pintarrajeado pañuelo, la reluciente *chistera*, el airoso *cordobés*, la aristocrática levita, la modesta blusa, la elegante mantilla española, la verde sombrilla, el prehistórico paraguas de vivo color, marchan en confuso tropel; aquel inmenso mar de tan heterogéneos elementos constituido, corre hacia un fin común; río caudaloso que va á desembocar en el templo de la afición, quebrándose ya en sus inmediaciones, en pequeños riachuelos que encauzan por distintas puertas.

En los alrededores de la plaza la confusión aumenta; el ruido sigue en progresión ascendente, hacién-

dose imposible distinguir un ruido de otro ruido, una voz, de otra voz, un color de otro color...

¿Habéis elevado en noche serena vuestra mirada hacia la bóveda celeste cuando sobre el fondo oscuro del firmamento brillan incontables millones de estrellas? ¿Os habéis fijado en el alveolo de límpida corriente y contemplado el dorado lecho formado por miríadae de diminutas piedrecitas tan estrechamente superpuestas que parece forman un todo de sólida continuidad? ¿Habéis notado la perfecta simetría, el compacto hacinamiento, la inimitable colocación del aromático fruto de la granada? Pues todo esto no son más que débiles bosquejos del aspecto que presenta el interior de una plaza de Toros en día de función y momentos antes de dar principio. Sería necesario poseer una pluma del ave fénix, los nacarados labios de una divinidad y el albo manto de la nieve, y aun así no pudiera describirse el sorprendente y mágico golpe de vista que ofrece la plaza. La paleta de Velázquez no tiene colores para pintar semejante cuadro, ni el pincel de Murillo toques que le dieran la vida y animación que respira.

¿Quién es capaz de describir con fidelidad el soberbio golpe de vista que ofrece el paseo de las cuadrillas? ¿Quién pintar con todos sus detalles el entusiasmo del público, los gritos de alegría, los aplausos de entusiasmo, las manifestaciones todas que se esteriorizan y forman, amalgamadas, un todo tan poético y seductor?

El escritor no encuentra frases, el poeta no sueña fantasías, el lenguaje humano carece de palabras con que poder expresar todo lo que entonces el alma siente.

El cóncavo y horrisono tableteo del trueno ensordeciendo las soledades sin límites del mar; su pavoro-

so retumbar en los insondables antros; el violento crujir de vetustas encinas que el huracán troncha despiadado; el gigantesco rugir de asoladora catarata que de incommensurable altura se precipita; el dulce susurrar de la brisa por entre el ramaje del jardín; las dulces y arrobadoras notas del arpa eólica; el tierno canto del ruiseñor; el vaporoso aleteo de la mariposa que liba el perfume de las flores; mezclad todo esto, confundidlo y tendréis una idea aproximada, vaga, débil, de lo que los oídos perciben al pisar los diestros el redondel.

Los vaporosos cendales que cruzan el espacio; las inimitables tintas con que el poniente sol adorna su tumba; los vivos colores que mayo lanza sobre la campiña; los fantasmagóricos efectos de luz y color de soñado castillo de fuegos artificiales; hé ahí en conjunto los colores todos que hieren nuestra vista al recrearse el padre de la luz contemplando las cuadrillas...

Ya el toro está en plaza: vedle, ¡qué majestuosa es su presencia! ¡cuánta arrogancia, qué aire tan noble y altanero respira!... Parte con la velocidad del rayo que hiende el espacio hacia el primer capote que divisa, derrotando con furia en las tablas, haciéndolas saltar en astillas; su fuerza colosal, su afán por vencer inducele á voltear caballos y jinetes; el grueso morrillo bañado en roja y humeante sangre que á borbotones salta de las heridas causadas por los picadores, pregona su bravura; el castigo no le acobarda, antes al contrario, aviva su fiereza... una, tres, siete, ¡catorce veces! buscó el castigo y otras tantas hizo rodar por la arena á su contrario. La plaza está cubierta de víctimas y sigue desafiando, buscando pelea.

El público, en pie sobre las gradas, loco de alegría, entusiasmado, arrebatado por la noble fiereza del toro, grita ¡caballos! ¡caballos!...

Tres pares de banderillas adornan ya el morrillo del astado bruto; llega la hora suprema, el momento por todos deseado. El clarín, con sus vibrantes notas, anuncia el comienzo del último tercio.

Silencio absoluto, imponente, sepulcral, reina en la plaza. El matador ha brindado, y con paso sereno, tranquilo, reposado, camina en busca de la fiera... «¡Todo el mundo afuera!» óyese clara y distintamente.

Fijase el toro con asombro en aquel hombre, que á tres pasos de la cuna despliega el rojo trapo; parte con presteza hacia él, pero la serenidad, el conocimiento del maestro, le engaña fácilmente.

Muje de coraje la fiera; espesos espumarajos despiden por la boca; el ojo vivo y de mirada ardiente fijase afanoso en la muleta; revuélvese con presteza ansiando coger; cornea, embiste con celeridad una y otra vez, hasta que, jadeante, rendido, párase un momento... —¡¡quietos!!— grita el espada al notar que algún peón mueve el capote.

Los ijares del toro agítanse con rapidez; la boca abierta, la lengua colgante y cubierta de blanquecina baba, la turbia mirada fija en la muleta, las narices dilatándosele fuertemente á impulsos de la caliginosa respiración, denotan el cansancio que le domina; el matador lía la muleta, ármase con el estoque é incita al bicho á la acometida; éste, refrescado por débiles momentos, parte en busca de aquel temerario que impasible le desafía... La destreza, la habilidad, el arte, la sangre fría del hombre le burla de nuevo, y en vez de objeto que destrozará, encuentra la muerte instantánea.

De repente, aquel profundo silencio desaparece, trocándose en ensordecedora salva de aplausos; aquella espectante ansiedad huye y en su lugar reina la ale-

gría, la satisfacción; millares de voces claman al unísono «¡que se lo den!» «¡que se lo den!», y así como revolotean por el espacio los gruesos copos de nieve, así como incontable bandada de palomas gira y se revuelve junto al palomar, así se agitan los pañuelos de los espectadores saludando al que de tan brillante manera ha cumplido con su deber.

EL CESANTE H.

Valencia 9 febrero.

---

## VOLVER LA CARA

---

Movimiento altamente censurable que algunos matadores suelen hacer en el momento de clavar el estoque, precisamente cuando más indispensable y necesario es tener la vista fija en los altos.

Semejante acto, sencillo y sin importancia alguna para muchos, la entrafía, y excepcional por cierto, para los que en todos los detalles y accidentes fijan la atención.

En primer término y con voluminoso relieve, descátase la consecuencia de que el volver la cara hacia la izquierda en el momento crítico, es hijo del miedo; de la desagradable impresión que produce la proximidad del pitón derecho de la res por lo cerca *que se ve* la cornada; y quien ante el peligro problemático rehuye el cuerpo, presintiendo antes de hora el daño que puede recibir, eso, demuestra carecer de la más precisa é indispensable condición que todo diestro debe poseer.

Objetan algunos que tal movimiento es en muchos casos hijo inconsciente del instinto de conservación; causa de imposible explicación ya que el efecto está en contradicción del valor y serenidad demostrado por

el torero en varias ocasiones, con otras y otras razones, que si bien se las reconoce un fondo de verdad, carecen de la fuerza de lógica suficiente á sembrar el convencimiento en el ánimo de quien las escucha.

Sea de ello lo que fuere, ya se le aplique á dicha demostración el calificativo de fenómeno de imposible explicación (no en tesis general), ya se le considere como resultado de un estado patológico, propio y exclusivo únicamente de ciertas naturalezas en determinado trances, lo cierto y verdad es que la única calificación que juzgo procedente aplicarle, después de estudiar cuantas conclusiones se me han dado, es que el referido movimiento de cabeza (y cuerpo en muchos casos), es hijo del miedo, sin que pueda admitirse en este caso concreto, ni la incónciencia alegada como razón suprema, ni otra alguna de las muchas atenuantes buscadas con insidiosa tenacidad hasta por algún matador cuando del caso se le habla.

Análoga concomitancia existe entre el acto referido y el despego exagerado, el movimiento incesante de pies acompañado de gráficas demostraciones que se exteriorizan en el acto de pasar de muleta.

¿A qué se atribuyen entonces manifestaciones tales? ¿A la *prudencia*? ¿Al respeto que la res se trae?

Pues si al matador que se encorva, alarga exageradamente el brazo derecho con el rojo trapo, vuelve el cuerpo por completo hasta presentarle al toro la parte posterior, haciendo además febriles extraños, se le dice que tiene miedo ¿por qué regla de tres se deduce que no es jindama el acto de volverse hacia el costado opuesto al entrar con el sable?

Si el miedo obliga á estar incierto y receloso al muletear, el miedo también es el que obliga á volver la cara por la errónea despreocupación, sin duda, de que

cerrando los ojos y esquivando la contemplación del peligro, éste desaparece, ó al menos disminuye en intensidad.

Los niños creen que cantando á voz en grito cuando por sitios solitarios y oscuros transitan, la posibilidad de encontrarse con los misteriosos fantasmas que el miedo crea en la imaginación, desaparece; ¿obedecerá á causas análogas la determinación de algunos diestros?

En este caso, permítaseme decir que quien tal creyere valdría más se cortara la trenza, abandonando un arte, cuyas manifestaciones, como en todos, se encuentran sujetas á reglas y preceptos inmutables, sin que para nada entren en su realización las decisiones incomprensibles de la diosa chiripa, antes que continuar practicando trabajos en contraposición con lo mandado y dando constantemente al público motivos poderosos á que prodigue el epíteto que en buena lógica tales diestros merecen.

Digna de aplauso y alabanza es la estocada defectuosa, siempre que el matador entre con fe desde el verdadero terreno y por derecho, como censurada y silbada grandemente debe serlo la estocada en los mismos rubios, pero entrando desde largo, cuarteando y volviendo la cara al pinchar.

En el primer caso, el diestro se ha sujetado á las condiciones de la res y preceptos del arte sin cuidarse para nada del peligro inherente al acto que no hizo; en el segundo, el matador lo ha esquivado á *traición*, ha hecho caso omiso de las condiciones del toro, ha despreciado las reglas que una larga enseñanza práctica ha hecho infalibles; y mirando con *prevención* el cuerpo derecho del animal, busca la salida, antes de tiempo, con la agravante de volver la cara al clavar el acero.

Y no se diga que en toros cornalones y de excesiva cuna practican tal movimiento, nó; con reses de escasas defensas y además apretadas, se les ve entrar de un modo escandaloso y mirar con espanto á su izquierdo como despidiéndose del mundo, en trance para ellos tan difícil.

Volviendo la cara al llegar á la reunión ¿cómo es posible pinchar un buen sitio? El estoque irá á parar donde la casualidad quiera, y así como por cuarteo y salir, las estocadas resultan caídas y atravesadas (al menos con tendencia), de la propia manera, apartando la vista de los rubios, resulta asaz problemática la acertada colocación.

En la suerte de matar, sin duda la de mayor riesgo no cabe la aplicación, por alguien defendida, de que la casualidad entra en ella por arrobos, ya que semejante enunciado, por lo erróneo y falto de sentido, arranca, aun sin querer, palabras de protesta; porque de aceptarla, aun en principio, acarrearía fatales consecuencias para el arte y para los que á lidiar reses bravas se dedicaran.

Ya lo sabe, pues, la afición en general; volver la cara es hijo del miedo, y el que paga religiosamente el importe del billete debe silbar, sin contemplación ni miramiento alguno á la personalidad, sea quien fuere, por demostraciones impropias y que en continua pugna están con el arte y la verdad; dice un antiguo refrán: «el que no sirva para gallo... etc.» y esto supuesto sería convertirse en defensores de la mentira y el engaño si los encargados de ilustrar á la opinión ocultaran faltas y defectos en quienes, olvidando los preceptos del arte y consideraciones que el público se merece, tratan de hacer solamente lo que les da la gana, creyendo que en el mero hecho de llevar

coleta todos deben humillarse ante su fatua personalidad.

Duro y á la cabeza, y el que caiga que vea como se levanta. Es el único sistema para aclarar los intervalos y espurgar el campo de malos toreros, que si hasta hoy han vivido, gracias al declarado servilismo de algunos mal llamados escritores, y abusando de la buena fe del público, se hace indispensable de toda necesidad, en vista de imposición y tropelía tanta, que los verdaderos amantes de la fiesta luchen sin tregua y descanso por la verdad y la justicia.

El que quiera gloria y honores que los gane en buena lid y con toros de respeto.

Lo demás es engañar al público.

EL CESANTE H.

---

## CON PERMISO, SEÑORES

---

Sí, con el permiso de los buenos taurófilos y de los inteligentes y peritísimos escritores que tan brillantes campañas han sostenido, campañas que les han valido el envidiable renombre de castizos escritores, entro yo en la cuestión, yo, el último de los últimos, el más desconocido é insignificante de los que embozzan cuartillas, sin más mérito ni autoridad para atrevimiento tal que la afición, mejor dicho, el fanatismo que siento por las corridas de toros, y al tomar parte en la cuestión confío en que, más que presunción, vean solamente mi buen deseo de aportar un grano de arena para la construcción del edificio.

Desde hace bastante tiempo mantiénese latente, si bien encubierta por la ceniza de la indiferencia ó desidia de quienes por derecho les corresponde fiscalizar todo cuanto con el arte tenga referencia, la idea de encauzar en fuertes moldes el acto de conceder la alternativa de matador de toros al novillero que por sus conocimientos, arte y demás, júzgase con derecho á merecer el título soñado.

Cada cual es libre para hacer lo que le viniere en

gana, y bajo este supuesto, cuantos novilleros existen pueden, si quieren, tomar la alternativa acto seguido, bien seguros que al buen aficionado sin cuidado le tiene, porque con pitarle y abroncarle una y otra vez y dejar de asistir á la plaza el día que se anuncia como espada de cartel á un quidam cualquiera, está al cabo de la calle y por tanto aplicada la medicina de infalible resultado.

De modo, que esto habido en cuenta, puede sentarse la afirmación siguiente: al que sea un verdadero diestro, el público le aplaudirá y acudirá afanoso para verle trabajar, así se opongá el *panto* de Sevilla, y al que no sirva le abroncará, silbará y tirará al montón, así se empeñen en lo contrario periódicos, partidarios, y hasta el *sursum corda* en persona.

Pero como el asunto de las alternativas debe ser examinado por los cuatro costados, ya que tantos puntos salientes tiene que facilitar pueden la detención ó entorpecimiento de la buena marcha, conviene caminar despacio á fin de no dejar puertas abiertas por las cuales el enemigo suspicaz encuentre pronta y fácil salida.

Bien sea el espíritu de regionalidad, bien la mal creída preterición, bien la huera satisfacción de ver realizados ensueños utópicos y destituídos de fundamento, lo cierto y verdad es que los sevillanos ambicionan para su plaza de Toros un derecho sancionado como ley por antigua costumbre, derecho hoy vinculado en la de Madrid, fundándose aquéllos para sostener tesis tan aventurada en rancios privilegios á favor de las plazas de Maestranza y en añejas prerrogativas, hoy sin razón de ser, concedidas á circos enclavados allende Despeñaperros.

Si hoy, por circunstancias especiales (que no juzgo ocasión propicia estudiar), Sevilla, mejor dicho, Anda-

lucía es la región que mayor contingente de toreros lanza á la arena, no es esto, á mi ver, razón de peso á inclinar en su favor la balanza, ya que la sultana del Guadalquivir no es, ni con mucho, la que mayor número de corridas dá, como tampoco el argumento aducido, y por muchos considerado de importancia suma, el que el mayor número de ganaderías pastan en aquellas feraces y poéticas campiñas, ni menos todavía sean más inteligentes los hijos de la tierra de María Santísima.

Esto habido en cuenta, diré que siendo el arte cosmopolita, no puede ser patrimonio de unos pocos el derecho á la gloria, ni tiene razón de ser tampoco exclusivismo semejante, pues si bien el mayor número aumentar suele el esplendor, uno solo, en ocasión determinada, es suficiente á eclipsar el brillo formado por la pluralidad.

Y dejando ya este punto pasemos á lo principal.

Todo matador de alternativa está en su perfecto derecho, y esto es punto indiscutible, en dispensar á un novillero cualquiera la distinción de alternar con él en una corrida formal; de modo que desde el crítico momento de despachar el primer toro queda investido de iguales atribuciones que el que le apadrinara, y como consuecencia lógica en perfecto derecho á transmitir las á quien tenga por conveniente.

Esto, que nada tendría de particular cuando fuese uno solo el circo que diese la reválida, pudiera convertirse en semillero de disgustos y dudas si en todas las plazas tuvieran lugar actos de índole análoga, porque efectuándose con variantes de algunos segundos la consumación de la ceremonia, ninguno de los chicos *doctorados* cedería en lo que juzgaba derechos inalienables. ¿Qué hacer en este caso? ¿Acudir á la antigüe-

dad que como banderillero pudiera ostentar? ¿Y si ocurría lo propio? Además, las alternativas concedidas en circos distintos, exceptuando el de Madrid, hoy reputado, por la mayoría de los diestros, escritores y aficionados como único autorizado para ello, ¿tendrán fuerza legal bastante á dar título de prioridad sobre quienes alcanzaron la investidura en la plaza de Toros de la corte?

No sé si me he explicado, y en la duda pondré un ejemplo: el día 15 de abril Lagartijo, por ejemplo, recibe la alternativa en la plaza de Albacete y el día 14 de junio del mismo año Frascuelo en la de Madrid. Ahora bien; el día 20 de agosto los matadores citados toreañ juntos en Alicante: ¿cuál de los dos debe figurar como más antiguo en los carteles? Yo (perdóneseme la inmodestia por afirmación tan absoluta), en puesto de Frascuelo, no cedía, así me emplumasen, á la absurda creencia por algunos sustentada de que la alternativa concedida en Albacete (ó en otra plaza cualquiera) da prioridad sobre la de Madrid; y ante conflicto tal ¿qué resolución adoptar? pues la rescisión del contrato de uno de los dos matadores. ¿Y esto sería factible en los meses en que las corridas de toros alcanzan el período álgido, en esa época en la que los diestros que algo valen sólo viven en el redondel ó en el ferrocarril? Contesten, pues, los interesados.

Si en todos los circos que se celebran corridas dan alternativas, pisoteando la jurisprudencia establecida por la costumbre autorizada por tácita aprobación de escritores de viso, toreros de fama y aficionados inteligentes, dentro de poco será punto menos que imposible poderse entender, no sólo el público, sino los diestros mismos; esto amén de que siguiendo la pendiente cualquiera ostentaría el título de matador de cartel,

así no hubiese toreado más que en un par de capeas.

Puede ocurrir también que dos matadores con alternativa, uno recibida en provincias, el otro en Madrid, aquél antes que éste, tuviesen que torear en esta plaza; ¿quién iría entonces por delante? Yo (hago la anterior protesta), así como en aquel caso dije que no cedería por nada la validez absoluta del acto realizado en Madrid, en este defiando la prioridad de aquella, por más que semejante doctrina esté en abierta y notoria contraposición con la legalidad y la justicia, y si se me pregunta por qué tal divergencia de pareceres, contestaré sin vacilar que la falta de unidad de criterio en el asunto autoriza el obrar así, ya que hoy día, en asuntos de tauromaquia, todo el mundo procura arrimar el ascua á su sardina, sin cuidarse para nada del vecino, que en este caso es el público que paga.

¿Que semejante teoría llevada al terreno de la práctica acarrearía espantosa confusión? Conforme, porque ella sería la causa que obligase á buscar una pronta solución.

Esa especie, vertida por alguien con intención deliberada, cual es la de que la exclusiva de la plaza de Madrid indica menosprecio á las de provincias y desdén para los aficionados, es tan absurdo y tonto creerlo como el decir que los elefantes vuelan, y quien tal asegure sólo merece el calificativo de... alma de cántaro.

No es que sea partidario de que la supremacía en la concesión de alternativas esté en Madrid, no, nada de eso; lo soy, sí, de que la tenga aquella plaza en la que más corridas se celebren durante el año, y como de los antecedentes consultados resulta con un crecido número sobre las de Sevilla, Barcelona, Murcia, Valencia y demás de primer orden la de Madrid, de ahí

que afirme que sólo ésta está autorizada para dar validez á la alternativa.

Si ésta es concedida en una plaza de provincias y no tiene fuerza legal alguna cuando el agraciado toree en Madrid, ¿á qué darle importancia á una cosa, que para nada sirve? ¿que es un detalle que puede favorecer á un empresario? En tal caso, conforme; pero por Dios santo no saque nadie tal á relucir en la presente cuestión, porque sería poner de manifiesto su mala fe.

Un caso práctico que por casualidad recuerdo en este momento: el Boto recibió de manos del Minuto en la plaza de Toros de Valencia (no tengo presente la fecha, pero hace bastante tiempo), la investidura de matador, y que yo sepa, no lo ha efectuado todavía en Madrid; el 22 del actual septiembre el Algabeño *fué armado caballero* por el Gallo en la plaza de la corte; ¿va el Boto por delante del Algabeño? Nunca, no solamente en Madrid, pues ni en provincias habrá quien se atreva á sostener contrasentido semejante. ¿Entonces para qué ha servido la práctica de tal ceremonia en aquél? ¿por el *placer* de titularse matador (á medias)?

Yá ven, pues, los partidarios de la idea de que cualquier plaza es buena para doctorar neófitos, las consideraciones que así al correr de la pluma resultan en contra, sin contar otras muchas que un estudio detenido del asunto harían asomar á la superficie.

Por ello, pues, creo y firmemente aseguro que ninguna razón de peso existe para autorizar la deficiente parodia que miras interesadas patrocinan.

No puede existir preterición de ninguna clase; es un mito la creencia de menosprecio á plazas y aficionados de provincias el señalar una que única y exclusivamente tenga autoridad indiscutible para ello, siempre que sea la en que mayor número de corridas se verifi-

quen al año, ya sea Madrid, Sevilla, Barcelona, Valencia, Murcia, etc., etc., ora se titule Albacete, Zafra, Vinaroz, Yecla, etc., etc.

Si el hábito no hace al monje, si el título no dá saber, ¿qué importa que algún *maestro*, obedeciendo abrumadoras exigencias, dé la alternativa á una nulidad? ¿qué importa el número cuando el mérito no existe?

Si cierto es que sólo un maestro puede conceder el título, cierto é indubitable es que el público y solamente el público lo legalizará con su opinión. Todo lo demás son paños calientes y medias suelas que á nada práctico conducen. Desaparezca, sea en la forma que fuere, esa especie de dualismo que tanto involucra la cuestión, y *¡á vivir tropa!* como dijo el labrador del cuento, que el que valga trabajará y ganará dinero, palmas y cigarros; y el que no, al montón con él por los siglos de los siglos.

¿Qué mayor castigo para un torero que la carencia de contratas?

EL CESANTE H

---

---

## BANDERILLAS DE FUEGO

---

Las banderillas de fuego son la deshonra más grande que puede caer sobre una ganadería; la mancha que enloda antiguos laureles; la pantalla que algunos empresarios patrocinan para mejor encubrir sus tra-pacerías; la puerta falsa usada por diestros ansiosos de vengar añejos resentimientos; la trompeta que pre-gona la mala fe de un ganadero; el *inri* colocado sobre la cruz que hace tiempo lleva con resignación el aficionado.

Con el socorrido recurso de las banderillas de fuego pueden pasar por toros de lidia bueyes envejecidos en el ejercicio del arado; desperdicios de torada vendidos á precio de carne; alimañas asquerosas elevadas á una condición impropia é inmerecida.

Atentos uno y otros al negocio, día llegará, dado caso que el público continúe transigiendo, en que sólo pisarán el ruedo monas microscópicas ó bueyes de carreta; que los ganaderos no serán otra cosa que mer-caderes egoístas, los empresarios comerciantes de mala ley, los diestros avarientas sanguijuelas, el público

montón de párias humillado á los pies del déspota que sin compasión le explota, y el arte débil reminiscencia de lo que fué, una nebulosa perdida en el campo sin límites de los recuerdos.

Y que de tan caótico desorden nadie será culpable más que el que paga, es un axioma de innecesaria demostración.

Porque, ¿cuál es la finalidad buscada al emplear las banderillas de fuego? El mayor cercenamiento de facultades de un toro que durante el primer tercio dejó, por su mansedumbre, de recibir el necesario castigo.

¿Y un toro manso es de lidia? ¿Un buey de carreta, sólo porque tenga buen trapío y lámina, debe el público aceptarlo como bueno?

No se diga, no, que los toros son como los melones, porque medios sobrados tiene el ganadero para conocer las condiciones de las reses, y aunque en absoluto le sea imposible apreciar el resultado, en un noventa por ciento de los casos las probabilidades están en su favor.

Una res *¿vendida?* por dos mil pesetas (ahí es nada) debe ser buena en toda la extensión de la palabra, y no un chivato sin cuernos, ni edad, ni poder, ni bravura, etc., etc., porque los veinte reales que cuesta el tendido de sombra es cantidad más que suficiente á permitir á todo empresario la presentación de una corrida de primera, y siendo así, la introducción de un buey ó dos no es otra cosa que un engaño que el público no debe—bajo concepto alguno—admitir, ya que la mala fe encuéntrase siempre ojo avizor para caer sobre el ignocente pagano y estrujarle el bolsillo sin compasión.

Conocida ya la tendencia, es deber del público ponerse frente á frente de los especuladores, y así como

éstos buscan tan sólo el logro de sus deseos; aquél debe obrar de idéntica manera y defender—permítaseme lo vulgar del concepto—como gato panza arriba el dinero que de tan buena fe se gasta.

¿Por qué el empresario, siempre pródigo en consignar en el cartel-programa notas y más notas, todas en perjuicio del aficionado, no dice: «Los toros son de primera, escogidos por el ganadero y pagados al precio que ha tenido por conveniente?» Porque eso sería lo justo, legal y lógico, y como el significado de tales palabras es desconocido—á sabiendas—por los que están interesados en una corrida, ocurre lo contrario de lo que debe ser, siempre por culpa del público, que no sabe colocarse en su terreno, y de ahí que no disminuirán abusos tales, sino que irán en aumento interín el que paga mire el asunto con marcada indiferencia, siempre en contra de sus intereses y grave perjuicio de la afición.

Pues bueno fuera que el público gastara el dinero por presenciar *una corrida de toros* y luego resultara un buñuelo porque al ganadero, atendiendo indicaciones de los espadas, pretensiones del empresario y escuchando la voz del negocio, le diese la gana de enviar dos semitoros, tres desechos y un manso! ¡Pues bueno fuera tuviera que aceptar como de primera una corrida defectuosa porque á un empresario le diese la gana de estrujar el limón hasta lo inverosímil! ¡Pues bueno fuera tener que transigir con las atrevidas imposiciones de algunos diestros que descaradamente señalan la ganadería y condiciones que deben reunir las reses que se les echen!

Si contra el vicio de pedir hay la virtud del no dar, únanse, y de una vez para siempre, los aficionados de buena fe y luchen sin descanso hasta, si no cortar de

raíz abuso tanto, arrancar al menos algunas de las deficiencias que sordamente van minando la base, y ya que no la ruina del edificio, al menos su desmoronamiento traerán.

Aparte escrúpulos monjiles que á nada práctico conducen, confesemos con noble lealtad que las banderillas de fuego es un espectáculo, además de contraproducente, inhumano y repugnante en grado superlativo.

Un toro hermosísimo, bien armado, de bonitísima pinta, de inmejorable trapío, pisa la arena; el público, entusiasmado, tributa un aplauso al ganadero que tales reses cría, porque ignora que aquél, al enviar bicho semejante, sabe de antemano que tan flamante capa encubre una cosa ruin y despreciable, y que lo mandó confiado en que la buena impresión evita conjeturas y sospechas.

Aquel toro, conceptuado como manso desde el día de la tienta, suple el puesto de una res buena; el público, desilusionado, pide ¡fuego! ¡fuego!, creyendo con ello suficientemente castigado al ganadero, sin comprender que, tanto éste como el empresario, sonríen con soberano desdén, uno al sentir los estallidos de los cohetes, el otro al enterarse del caso.

Si dirigimos la atención hacia otro lado veremos á los maestros trabajar con fe, á los peones con entusiasmo y á los picadores con desesperación, á fin de que el manso tome tres puyazos, mejor dicho, le pinchen tres ó cuatro veces de mala manera, y aquellos acosos inverosímiles, aquel alanceamiento llevado á cabo contra lo prevenido por el arte, en menosprecio del público que pagó religiosamente el importe del billete y escarnio de la autoridad, hace tragar el anzuelo y que pase por toro de lidia un buey de labor y redondeen su fama, reputación y negocio los que viviendo

y enriqueciéndose á costa de los aficionados les dan con un canto en las narices siempre que de atenciones se trata.

Si el toro es cobarde, ¿por qué empeñarse en atajarle los pasos tapándole la salida, echándole los caballos encima, no hiriendo con la pica para que la falta de castigo le obligue á crecerse, y ni aun así quiere embestir y huye y más huye espantado de verse delante del bulto? ¿Por qué admitir semejante parodia que tan bajo pone el nivel de los sentimientos de los amantes de la fiesta? Una res que no ataca, una res que no afronta la lucha, una res que no busca á quien la provoca, una res que huye del peligro, que se asusta de todo, que se duele al castigo; á una res cobarde y mansa, en una palabra, es indigno acosarla castigándola á traición, y tan censurable proceder sólo merece fuertes censuras, tantas quizás como merecer pudiera quien hostigara con tesón á una vaca de las que van por la calle para el suministro de leche, por si conseguía hacer despertar los instintos de fiera.

Espectáculo repugnante es el que el toro ofrece dando terribles saltos y haciendo contorsiones inverosímiles al sentir sobre el morrillo el cruento dolor producido por el fuego de las banderillas; ¿y todo para qué? pues para que llegue á la muerte hecho un ladrón; para que el diestro, aun queriendo, no pueda desarrollar ninguna faena con la muleta; para que se presencie una desgracia; para que el público, temeroso de una catástrofe, grite con insistencia ¡á la olla! ¡á la olla! para mantener en cruel tortura los ánimos todos; para que el arte no se vea por ningún lado; para que el empresario pueda meterse en el bolsillo unas miserables pesetas; para que el público distraiga el pensamiento del camino que á la verdad conduce arrastrado por el ruido

de los petardos y el humo de la pólvora; para eso y solamente para eso sirven las banderillas de fuego.

Ya que hoy, por desgracia, las complacencias y debilidades del público autorizan la lidia de becerros sin respeto alguno, con los que algunos diestros juegan y se divierten, engañando á los paganos con desplantes, adornos y chirigotas que están completamente divorciados de la verdad que el arte encierra, útil, conveniente y necesario fuera que los encargados de defender nuestro espectáculo trataran por cuantos medios la imaginación les sugiriese arrancar de la fiesta aquellos extremos que, por viciosos, no tan sólo la perjudican, sino que sirven de puerta falsa al abuso y al engaño.

No perdiendo de vista la finalidad que se busca con la aplicación de tan improcedente medio, y siendo por otra parte asaz problemático el resultado que con las banderillas de fuego se obtiene, abstracción de los ya enunciados, dicho se está lo conveniente de su desaparición, acto que de realizarse evitaría engaños y quitaría á los sistemáticos detractores de las corridas de toros argumentos con que combatir tan brillantísima cuanto irremplazable fiesta.

EL CESANTE H

---

---

## PARA OTRA VEZ

---

Francamente, creí que el asunto que motiva el presente articulejo había pasado á la historia, pero veo que estoy equivocado por cuanto colea aún, y no de mucho há, sino de hace pocos días precisamente.

El caso es que algunos *aficionados* aseguran que el toro cuarto de la corrida del 23 de Mayo, que fué retirado al corral por haber salido á la plaza con el cuerno izquierdo partido por la mitad, no debió ser devuelto, ya que su *presunta* inutilidad es caso cuestionable y de dudosa solución.

¿En qué punto firme cimentan sus razonamientos los que esto afirman? ¿Qué jurisprudencia establecida invocan para asegurar que el toro aquel no estaba inútil y por consiguiente era de lidia?

Pues en que teniendo el cuerno derecho, ó sea el de la muerte, sano y bueno, debió seguirse la brega, ya

que el Guerra en la conferencia tenida con el presidente así debió asegurarlo, toda vez que éste volvió sobre su acuerdo (la continuación de la pelea) para acabar como había empezado, esto es, ordenando por segunda vez fuese el bicho al corral, ganándose por tal vacilación, hija de la ignorancia, la bronca que por largo rato atronó el espacio.

Prescindiendo de ciertas consideraciones y razonamientos, pues á cualquiera se le alcanza el móvil que impulsa á muchos para argumentar en cierta forma, planteemos la cuestión tal cual debe serlo, encerrándola en sus verdaderos límites.

¿Es de lidia el toro que sólo tenga útil el cuerno derecho, si ó no? Si lo es, tienen razón los que afirman que aquel estropeado no debió volver al corral, y en lo sucesivo los ganaderos deben guardar para corridas de cartel toros á quienes les falte el cuerno izquierdo, los empresarios adquirirlos sin temor alguno y los públicos no protestar cuando por la puerta de toriles asome una res en semejante disposición; y si no lo es, el presidente no debió oír razones de ningún género; debió hacer cumplir su primera orden, justa y legal, desechar prevenciones infundadas, y en vez de silbidos hubiera escuchado aplauso sincero de los buenos aficionados al ordenar retirar un toro que no era de lidia.

Dice el párrafo 2.º del artículo 10 del Reglamento ¿vigente?: «Lo mismo sucederá cuando los toros ofrecidos tuvieran que substituirse por otros de diferente ganadería, á menos que se hubieran inutilizado á última hora, substituyéndolos con otros de las más acreditadas, etc.»

¿Qué es lo que quiere decir «á menos que se hubieran inutilizado á última hora?» ¿Qué clase de *inutilidad*

es la que un toro puede adquirir momentos antes de pisar la arena?

Yo creo, y como yo muchos, que la única causa que puede producir aquélla, es la rotura de un brazuelo, de una pata ó un cuerno, accidente que puede ocurrir con facilidad por la continuada excitación al ganado para la más pronta y fácil operación del enchiqueramiento.

Ahora bien; el empresario de una plaza de Toros está, como cada hijo de vecino, sujeto á las quiebras inherentes á todo el que se dedica á la explotación de un negocio cualquiera; y si por desgracia, en el acto últimamente citado, un toro se inutiliza, como el público que religiosamente satisface el importe de la localidad no tiene nada que ver, para el acto de la lidia reclamará, y con sobrada razón por cierto, el número de reses anunciado en carteles. Podrá lamentar el percance, pero conformarse con la falta, ¡jamás!

Y esto que con facilidad puede ocurrir, lo tiene previsto el mencionado Reglamento en su artículo 18, párrafo 2.º: «Se reseñará un toro más de los anunciados en el cartel, aunque sea de distinta ganadería», etcétera, etc.; y claro está que al autor ó autores del susodicho documento no pudo pasarles desapercibida la clase de inutilidad que un toro puede adquirir en chiqueros.

Si el toro á quien le falta un cuerno por habersele rotó antes de pisar la arena constituye un quebranto en los intereses de la empresa, la ley de la compensación viene en su ayuda redactando el artículo 12: «Si después de comenzada la función tuviese ésta que suspenderse por cualquier causa, la empresa *no* devolverá á los concurrentes el importe de sus localidades, *ni* podrán éstos exigir indemnización alguna.»

¿Se quiere otro dato? Pues ahí está el artículo 23: «El empresario no tendrá derecho á soltar más toros que los anunciados, *por más que hayan dado poco juego ó sido retirados al corral por haberse inutilizado en la lidia.* Si la *inutilización* hubiese tenido lugar *dentro del chiquero*, sin ejecutar suerte alguna con el cornúpeto, *será éste retirado al corral y substituído por otro*», etcétera, etc., etc.

¿Se quieren datos á favor de la empresa? Pues léase el 95: «No se lidiará mayor número de toros que el anunciado, *ni será substituído por otro el que se inutilizare en la lidia.*

Ahí tienen los aficionados el pró y el contra de la cuestión; ahí tienen, entresacados del Reglamento, los artículos que en tal cuestión deben tenerse á la vista; ahora estudien con detención el asunto, y libres de pasión, con sereno juicio, dicten el fallo que estimen en justicia, pero sin perder de vista el importe ó valor de la localidad; el sacrificio que hacen abonando crecida suma por presenciar un espectáculo que la mayor parte de las veces, por las condiciones de los elementos constitutivos, está en razón inversa de su elevado importe.

Es posible que en una tarde haya una ó más reses inutilizadas en el redondel, y ya que el público perdería en accidentes de tal naturaleza, justo es no admita subterfugios ni componendas que reducirle puedan el espectáculo, obligándole á transigir con fórmulas contrarias en un todo á la justicia y equidad.

Un toro con un sólo cuerno—así sea el derecho—no es de lidia, así como tampoco debe serlo el tuerto ó reparado: un toro que se inutilice antes de salir á la plaza, no debe el público admitirlo, porque bastantes postergaciones experimenta en sus derechos para que

accepte otras nuevas que algunos *desinteresados* pretenden sentar en el campo de la afición como axiomas indiscutibles.

Nada... nada... ¿se inutiliza en el redondel? ¡paciencia y conformidad! ¿Se inutiliza de puertas adentro? ¡al corral! ¡al corral! ¡al corral! Tal es la opinión de

EL CESANTE H

---

---

## LA PRESIDENCIA

---

Las corridas de toros, regla casi general, son presididas por personas que difícilmente sabrán distinguir un toro de una vaca, cuanto menos conocer las prácticas del arte. De ahí que su gestión durante el corto tiempo que ocupan la poltrona presidencial, sea una continuada serie de equivocaciones y desaciertos, que ora producen silbidos y broncas, ora preparan el camino para conflictos de orden público.

Y es que ciertos personajes, en el mero hecho de desempeñar un cargo oficial cualquiera, considéranse aptos hasta para traducir la Biblia.

Veinte pares de bemoles tiene la misión de presidir una plaza en día de corrida, y sin embargo, la casi totalidad de los que aceptan el cargo no saben lo que se pescan, puesto que juzgan cumplimentada la misión, presentándose, en hora oportuna, en el palco, y siguiendo *ad pedem litere* las insinuaciones del público.

Y esto, como fácilmente se comprenderá, además de los inconvenientes que ofrece, posee el más culmi-

nante entre todos, cual es el desprestigio que al arte reporta, porque con una autoridad que desconoce por completo el terreno que pisa y que no solamente ignora, sino que ni aun sospecha la existencia de ciertas *martingalas* que favorecen á todos menos al que se gasta el dinero, dicho se está, que más bien será la fiesta una merienda de negros que espectáculo agradable, de solaz y entretenimiento, en el que al par que la gallardía, valor y serenidad del hombre ante la fierra, admírase la matemática exactitud de las reglas y preceptos que los maestros que fueron han legado á la posteridad, y con cuyo fiel cumplimiento tan fácilmente el hombre rinde al bruto.

¿Por qué los presidentes no pasan á los tribunales las certificaciones que resulten falsas, respecto á la edad y demás condiciones de las reses? ¿Por qué permiten pisen el redondel esos caballos completamente inservibles, que inconscientemente conducen, quizás á la muerte, á un desgraciado que embraza la vara por ganar dos pesetas? ¿Por qué en tiempo oportuno no se reconocen los caballos, y durante la corrida no hay en sitio debido quien pueda evitar los cambios y ocultaciones?

Siguiendo el procedimiento que, por lo general, tiene lugar hoy día, esto es, pasando todo por alto, admitiendo como bueno bajo palabra, las corridas de toros no solamente marcharán de mal en peor, sino que caminarán á paso acelerado hacia la muerte.

Esto supuesto, resultan inútiles por completo cuantos reglamentos y disposiciones se invoquen, ya que todas las personas que en las corridas intervienen, hacen lo que les dá la gana á ciencia y paciencia de la autoridad.

Puesto que sobre la afición impera el afán del lucro,

no le queda al aficionado otro camino que pedir á la autoridad fiscalice, hasta con exageración si se quiere, todos los actos, operaciones y detalles por insignificantes que parezcan y que poca ó mucha analogía guarden con la fiesta, á fin de neutralizar los instintos de agiotaje imperantes, evitando al propio tiempo que el espectador, en momentos de justo enojo, tome la justicia por su mano.

Comprometido es el cargo de presidente de una plaza de Toros, y por eso no debe aceptarle quien no sea aficionado é inteligente; y ya que la costumbre obliga á los ediles á presidir la fiesta, antes que exponerse á burlas y sonrojos siempre mortificantes, rodéense de buenos asesores, no de esos faroles que por entrar gratis en la plaza desempeñan cualquier papel, sino de los que á su reconocida competencia reúnen la buena condición de gastarse el dinero para presenciar la corrida.

Si un mal entendido sentimiento de dignidad veda á muchos abrazar semejante determinación, tengan en cuenta los que así opinan que un alcalde podrá ser también médico famoso, un talento privilegiado, una lumbrera del foro, todo lo que ustedes quieran, y más; pero que en cuanto á conocimientos taurómacos será una nulidad. ¿Y es acaso bajeza, implica menosprecio para su persona y prestigio, que un cualquiera, que ni aun hablar sepa, le de veinte vueltas en cuestión de toros?

Por otra parte, la pasión ó amistad puede entrar en mucho en las decisiones presidenciales; ¿y quieren ustedes decirme lo que desde el palco puede hacerse en beneficio del torero preferido, del ganadero amigo ó del empresario simpático?

Bien sea en un sentido, bien en otro, bajo el cual

se mire la cuestión, siempre resultará que la gestión del presidente, secundada con celo é interés por el alcalde de plaza, puede aumentar el esplendor de nuestra fiesta redundando también en beneficio del público pagano.

Y una de dos: ó se pone remedio eficaz á la enfermedad, ó preparémonos á presenciar, en días quizá no lejanos, acontecimientos de extraordinaria gravedad que tal vez sean de fatales consecuencias.

EL CESANTE H

---

---

## PARA MEJOR OCASIÓN

---

Recuerdo haber oído referir que cierto día estuvo un rey visitando las renombradas bodegas de Jerez, y al ensalzar, cual se merecía, el dorado y riquísimo vino que el cosechero diera á beber á S. M., hubo aquél de exclamar poseído de inmensa satisfacción. ¡Oh, señor! El vino que V. M. acaba de probar, no vale nada comparado con el que guardo *para mejor ocasión*.

Y aquí de la moraleja de lógica aplicación al trabajo de algunos matadores.

No contentos con señalar á su trabajo un precio exorbitante; no contentos con señalar ganadería; no contentos con imponerse á las empresas de mil maneras y bajo puntos de vista distintos; no contentos con encerrar en estrechísimo círculo á todo el mundo, remachan el clavo practicando en el redondel aquellas suertes que menos exposición encierran para la endiosada personalidad.

Llega el toro al último tercio, noble y acudiendo con facilidad; pues ahí del *maestro*: pase natural, redondo, de pecho, altos, de telón, bajos, cambiados; mil posturas y monerías; sonrisa guasona al escuchar las palmas de los ilusos, y por último una estocada á volapié, delantera y con tendencias por entrar de largo y cuarteando para mejor salvarse del encuentro con el pitón

derecho de la res... y á devolver sombreros y recoger cigarros.

Y es que algunos matadores, ensoberbecidos por el orgullo y tonta fatuidad que cuatro ignorantes con sus estemporáneos aplausos han contribuído á que brote en el fondo de su pecho, desprecian semejantes demostraciones, y burlándose descaradamente de quienes se humillan ante tan falsa reputación, hacen lo que les dá la gana, importándoles un comino ni el arte ni los derechos de quien, quizá haciendo un grandísimo sacrificio, deja el dinero en la taquilla confiado en que va á presenciar algo de mérito é importancia.

Si esa parte de público, por desgracia bastante numerosa, que pospone el arte á la afección personal; si esa parte de la prensa indiferente ó parcial no abandona el camino que sigue, mal... mal... y cien veces mal. Las corridas de toros serán, dentro de algunos años, anacronismos de un arte que tan brillantes páginas ostenta en su historia.

La actual temporada taurina casi llega ya á la mitad de su vida, y entre el considerable número de reses estoqueadas por los más afamados diestros, no debe haberse presentado ninguna á la suerte suprema en condiciones favorables para practicar la suerte de recibir ya que en las revistas al objeto examinadas no aparece relatado.

¿Quiéren ustedes decirme qué indica esto en los encargados de despachar toros que, según confesión, han llegado á la muerte en inmejorables condiciones? Pues simplemente quiere decir que el matador, en tan supremo instante, ó ha tenido miedo ó ignoraba la manera de realizarla, y en ambos casos, censurables bajo todos conceptos en los que ostentan el título de *espa-*

*das de cartel*, es la nota más humillante que aplicárseles puede.

*Si la familia no quiere* (como me dijo en cierta ocasión un afamado maestro para darme á comprender la falta de valor), ocioso será decir que la vergüenza y la dignidad mandan no presentarse en sitios donde el peligro está siempre en contacto íntimo, en evitación de hacer un papel poco en armonía con lo que más estima ó debe estimar el hombre; y si por ignorancia, debe dejar el título bajo de la cama, estudiar las *asignaturas* que le falten, y una vez sabidas, presentarse ante los públicos á ganarse como es debido fama, dinero y aplausos.

Eso de que dichos públicos no saben lo que se piden, como un conocido espada dijo hace poco al ser duramente censurado por un mal conato de la suerte de recibir, no cuela, perdóneseme lo vulgar de la expresión, ya que testigos presenciales aseguran bajo sus honradas firmas que el diestro en cuestión no solamente adoptó mala colocación al citar, sino que, por *prudencia*, no esperó cual debía, echóse fuera, resultándole, por precisión, la estocada caída y atravesada.

¡Valiente salida de pie de banco!

Si verdaderamente creen que el público es ignorante (cosa que pongo en duda), es deber del matador hacer el trabajo que las condiciones y estado de las reses demanden, para que acostumbrándose los espectadores á presenciar suertes distintas en el último tercio, comprendan el por qué unos bichos *deben* matarse recibiendo, otros á volapié, otros á paso de banderillas, etc., etc. ¿Es posible que en la conciencia de algunos maestros dejen de levantarse atronadores gritos, recriminándoles la falta de buena fe en el desempeño de su misión por la notoria ingratitud para con el pú-

blico y el censurable proceder para con los compañeros que ocupan humilde escalón del elevado sitio de la fama se sienta? ¿Es posible dejen de sentir agudísimas punzadas en el santuario del pecho, cuando perciban el importe de la contrata y recuerden la clase y condiciones de las reses por ellos estoqueadas parangonadas con los bichos despachados por los de segunda ó tercera fila?

Pero no son ellos los culpables; en medio de todo están en su perfecto derecho; al que no quiere caldo, tres tazas, ya que, llegada la ocasión, lo toma sin escrúpulo ni protesta alguna.

Si aplaudimos á diestros que á volapié despachan cientos de toros durante una temporada, sin que en ninguno de los que á propósito son practiquen la suerte de recibir, no formulemos quejas, pues el trabajo de ellos será consecuencia de nuestra incomprensible conducta; porque el que tiene hambre y se deja arrebatar la comida por el primer advenedizo que á ello se atreve, no tiene ni derecho siquiera á levantar los ojos para mirar al usurpador, conformándose, cual miserable esclavo, con el mendrugo que el déspota arroja con orgullo á la faz de quien le adora.

Si aplausos merece el diestro que mata arrancando desde cerca y por derecho á las reses aplomadas, censuras merecerá tan sólo cuando el bicho llega al trance final con facultades en los remos y acudiendo con nobleza si el matador no consuma la suerte por excelencia; y como el que paga no debe conformarse *porque sí*, prodigue sin compasión las silbas y guarde los aplausos y ovaciones... para mejor ocasión.

EL CESANTE H

---

## EL CARTEL

---

Desde luego se comprenderá, al leer el epígrafe de estas líneas, que no voy á referirme á la forma más ó menos artística que hoy ostentan los que anuncian las corridas de toros, modo de confeccionarlos, ni menos al precio que resultan, pues todo esto debe tener completamente sin cuidado al público, siempre que en aquél figuren los requisitos todos que en tales documentos deben existir.

Es otra mi idea, y creo (perdóneseme la inmodestia) será acogida favorablemente por el público, toda vez que éste debe estar ya harto de *camamas* y embustes y dispuesto á no dejar pasar nada mal hecho, pues la experiencia le ha demostrado que unas veces por *pitos*, otras por *flautas*, se gasta las pesetas y al fin, al menos en la mayoría de los casos, sale engañado y, francamente, esto es muy doloroso.

El cartel de toda corrida de toros (como el de otra función cualquiera) es, mejor dicho, debe ser un documento legal, por el que la empresa, á cambio de una cantidad determinada, se compromete á dar al público

un espectáculo que debe estar en razón directa del fabuloso precio á que expende los billetes.

Como al que obra de buena fe no le duelen prendas, dicho se está que á ninguna empresa deben dolerle tampoco, pues de lo contrario sería demostrar que sólo se trataba de adquirir el dinero del espectador y luego hacer lo que se le antojase. Este proceder, impropio é ilegal, debe estar, no hay duda, comprendido en algún artículo del Código, y, por lo tanto, quien lo realizara sujeto á responsabilidad.

Bajo este supuesto debe el cartel que anuncia una corrida de toros, si es que de buena fe quiere obrar, contener, además de los detalles generales, la edad de las reses, haciendo constar que han sido compradas como de primera, y por consiguiente con todos los requisitos y condiciones que las tales deben reunir, espadas que han de estoquearlas y personal que forme las cuadrillas, con sus nombres, apellidos y *notes*.

Ahora bien; como hoy día las corridas de importancia, particularmente las que se verifican en las capitales de provincia, suelen celebrarse cuando dichas ciudades visten de gala, digámoslo así, bien sea conmemorando un acontecimiento histórico, bien sea realizando esos certámenes que dan vida al comercio y preponderancia á la industria, bien sea por fomentar la afluencia de gentes ó por otras mil causas distintas, santo y bueno que la empresa, con objeto de llamar la atención, emplee esos carteles, prodigios de buen gusto, verdaderas obras de arte, y en las cuales sería casi imposible figurasen todos los detalles, por el mucho espacio que robar pudieran á otros elementos más llamativos; pero esto no debe ser óbice para que en los prospectos que al público se reparten dejen de consignarse de la manera más clara y terminante. ¿No

van enumerados de una manera detalladísima los precios á que cada localidad se expende? ¿Por qué no consignar, pues, lo que el público desea saber? ¿Hay en esto algún inconveniente? ¿Existe alguna ley que lo prohíba? ¿Es que el que compra no tiene derecho á saber lo que le entregan?

La autoridad superior de la provincia es la que autoriza el espectáculo, desde el momento que el cartel ha merecido su superior aprobación, y dicha autoridad nunca, jamás debe consentir que se abuse de la buena fe del público, y para ello debe obligar á la empresa consigne cuantos detalles crea pertinentes.

Si tan sólo se anuncian seis *magníficos toros de la acreditada ganadería de D. Periquito de los Palotes*, la puerta de escape queda abierta, porque presentando en el redondel seis *chotos*, en el mero hecho de tener cuernos y... rabo, cualquiera dice, al ser interrogado, que aquello es un *toro* y no un conejo; debe consignarse la edad, á fin de evitar engaño, tanto á la empresa como al aficionado, pues si aquella obra con lealtad al comprar las reses y el ganadero trata de ocultarlo, medios sobrados existen para averiguarlo, pues aficionado hay que, viendo el ganado en los corrales, señala á cada bicho la suya sin equivocarse, y esto lo saben perfectamente bien todos los que algo entienden de toros.

Si de esto pasamos al personal de las cuadrillas, tendremos: que es indispensable de todo punto figuren en el cartel con nombres y apellidos, pues el que paga debe saber y estar enterado de quién va á trabajar, y no quiere contentarse solamente con el nombre del espada, porque si bien es cierto que hoy las cuadrillas en la forma que están constituidas son casi garantía de que el personal que se presenta en el ruedo es idó-

neo para el caso, no obsta para que en un momento dado, ya sea por accidente desgraciado, ó por desavenencias con el maestro, ó *por otra causa*, deje de trabajar alguno de los peones ó jinetes que el público conoce, reemplazándoles por cuatro desgraciados á quienes se les paga con dos pesetas.

Figurando todo el personal, nadie podría llamarse á engaño al ser sustituido un diestro cualquiera, siempre que la empresa, con la posible antelación, lo manifestara al público, detallando las causas que motivaron el cambio, siempre que éstas fuesen justas y el sustituto de la propia categoría del sustituido, porque de lo contrario el abuso quedaba en pie.

Debe, pues, la autoridad exigir la redacción del cartel en la forma indicada, no tolerando la más leve transgresión en el asunto; deben, pues, las empresas, por decoro propio, no repartir prospectos si falta alguno de los mencionados detalles, y el público no debe aceptar como válido cartel que deje libre la puerta falsa á la empresa y encerrado al público en estrecho círculo de hierro.

Enhorabuena que ponga el precio que crea por conveniente á las localidades, pues dueña es de hacer de su capa un sayo; enhorabuena que por cuantos medios estén á su alcance procure sacar el mayor partido posible; enhorabuena que transija con cuantas imposiciones vengan, tanto de los ganaderos como de los diestros, eso allá ella, pero al público que le diga lisa y llanamente lo que piensa darle. Este es el proceder que debe observarse cuando los tratos se hacen con lealtad.

¿Que por un tendido de sombra se exigen cinco pesetas? Convenido. El aficionado se sacrificará gustoso porque abrigará la convicción de que va á presenciar

una *corrida de toros*. ¿Que resulta un bufuelo? Pues duro y sin compasión contra los que, abusando de la credulidad del espectador, le sacan el dinero valiéndose del engaño, y al que así obra, la ley y la autoridad deben entenderse con él. ¿Que la empresa compra y paga religiosamente toros de primera y luego resultan impropios para una corrida de cartel? Pues aquélla, que ha sido la primeramente engañada, á fin de dejar á salvo su buen nombre y su dignidad, que apele. ¿Cómo evitar hablillas y murmuraciones en este caso? Pues haciendo constar en los carteles que el ganado se ha adquirido sujetándose á dichas formalidades. Así la responsabilidad gravitaría por completo sobre el ganadero y la empresa quedaría en buen lugar.

Todo lo que no sea obrar así es tocar el violón, es hacer un negocio algo dudoso, es dar á comprender al público que se trata de engañarle con promesas que luego resultan fallidas.

La autoridad no debe consentir un espectáculo cuando se anuncia de una manera ambigua; la autoridad no debe permitir informalidad alguna, porque con esto sale perjudicado el que paga, y esto, francamente, hablaría muy poco en favor de los que por su cargo deben hacer respetar la ley, la justicia y la legalidad.

DESPERDICIOS

Valencia y Abril 95

---

---

# LA ALTERNATIVA

---

(FANTASÍA TAURINA)

Son las tres de la tarde de un espléndido día del mes de Junio.

La atmósfera límpida, tibia, transparente; el cielo diáfano y radiante de belleza; mucha luz, mucho calor, mucha alegría y el entusiasmo y la satisfacción estereotipados en todos los semblantes.

¿Y cómo no, si es día de toros?

¿Cómo no, si dentro de una hora pisará la arena el *primer veragua* y de manos de afamado maestro recibirá la *alternativa* un joven torero?

Inmensas oleadas de gente brotan por las bocacalles que afluyen á las inmediaciones del circo.

Centenares de personas agólpanse á las puertas. Apreturas, pisotones, juramentos, risas, óyense en confusa mezcla; todos quieren ser el primero en entregar el billete al interventor y penetrar cuanto antes en el *templo del arte*.

Allá en el interior percíbese rumor de voces, silbidos, golpes, carcajadas.

Poco á poco y por las puertas que dan salida á los tendidos, de las que brota un continuo hormigueo de personas que toman distintas direcciones al pisar la primera grada, llénase la plaza.

Minutos antes de que la corrida empiece no se distingue localidad alguna desocupada. Los espectadores semejan piezas de un inmenso mosaico.

Todo, absolutamente todo, está ocupado por un público impaciente, que hasta tanto *asome* el presidente entretiénese en comentar las condiciones de tal ó cual res, según lo que hizo en el acto del apartado; en dirigir miradas á las beldades que ocupan los palcos, ó en depurar con el crisol de la crítica los quilates de saber que el neófito *se trae*...

Pero ¿qué significa tan infernal gritería y tan ensordecedores silbidos?

Es que el presidente penetra en el palco, saluda al público y agita el blanco pañuelo, dando con esto la orden para que la fiesta dé principio.

La entusiasta, poética y divina, sí señor, divina marcha de *Pan y Toros*, déjase oír.

El gozo no cabe ya en el pecho de los aficionados. Simulado el despejo aparecen las cuadrillas en el redondel...

¡Virgen Santísima, qué salva de aplausos! ¡Madrecita de mi alma, qué espectáculo más sublime!

Los rayos del astro-rey al reverberar en la nevada espuma de las olas; el plácido rielar de la luna en las rizadas ondas del lago; el fugitivo titileo de las estrellas al entremezclarse jugueteón en las cristalinas linfas de la fuente, no pueden compararse jamás con los torrentes de luz y colores que en caprichosos giros y fantásticos tornasoles escapan de los bordados que lucen los *chicos*; y hasta el sol, por un milagro de Dios,

aumentó en aquellos momentos su potencia lumínica tan sólo para dar mayor animación al cuadro y puedan los seres que pueblan la corte celestial admirar con deleite, á través de las azules persianas del firmamento, el espectáculo más hermoso que en el mundo existe.

El que dentro de breves momentos pasará á la *categoría* de espada, está trabajador; desde que el primer toro pisó la arena es objeto de todas las conversaciones; le han cedido algunos quites, quites que na llevado á cabo con seguridad, con elegancia, con verdadero arte; aquellas largas con que sacaba al toro del sitio del peligro eran dignas de un maestro, y ni una vez siquiera intentó efectuarlo con esas medias verónicas, hoy tan en boga y que tan dignas de crítica son.

Llega el momento supremo.

Los clarines anuncian al público que el solemne acto va á tener lugar; un silencio sepulcral reina en la plaza, tan profundo, que podrían escucharse los latidos de muchos corazones.

El *maestro*, el veterano en las lides taurómacas, el que en su cuerpo ostenta numerosas cicatrices, que son otros tantos heraldos que pregonan su valor, pues todas fueron recibidas con honra, empuña el estoque y muleta, y arrancándose la montera con la diestra mano, dirígese al neófito.

Recíbele éste también con la cabeza descubierta, y tomando de manos del veterano los *chismes* de matar, brinda y dirígese al toro.

Con el capote sujeto al palo con la mano izquierda, llega impassible, sereno, á tres pasos de la cabeza de la fiera. Párase completamente cuadrado frente á ella; tiende la muleta, perfilada con la cadera izquierda, y espera la acometida; arranca el bruto, dale el primer pase natural; repite con uno de pecho muy ceñido,

para terminar con uno en redondo... Quédase la res parada, jadeante; el novel matador se perfila, recoge el engaño y ármase con el estoque.

Allí, en el centro del redondel, una fiera, ansiosa por destrozar, muje de rabia y coraje, y frente á ella, completamente solo, un arrogante mozo la desafía con aire altanero, con serenidad, con la sonrisa en los labios; sus pies están unidos y el cuerpo erguido; alargu un poco la muleta llamándole, parte el toro con celeridad, el engaño va guiándole la cabeza hacia el terreno de afuera, los pies no los ha movido absolutamente para nada, humilla el animal, siguiendo el movimiento del rojo trapo, y el estoque queda clavado.

Da la fiera algunos pasos, se tambalea y al fin cae con estrépito.

El rumor producido por el continuado tableteo del trueno al retumbar por entre las fragosidades del monte; el gigantesco estampido de cien cañones disparándose á la vez; el pavoroso estruendo del huracán al luchar desesperadamente con las embravecidas olas del Oceano, son tenues é imperceptibles ruidos comparados al producido en aquel momento por los aplausos que el público tributaba al joven espada, que de una manera tan brillante inauguraba su entrada en el arte de Montes y Pepe-Hillo.

□ DESPERDICIOS

Valencia 15 Febrero 93.

---

---

## EN EL CALLEJÓN

---

No se sonrían ustedes al leer el título de este artículo, pues no voy á tratar de ninguno de esos cuadros que en las estrechas callejuelas de una población cualquiera se desarrollan entre comadres. No, nada de eso; pienso, dadas mis aficiones y la índole del periódico, hablar de lo que ocurrir suele en ese espacio de terreno limitado por un lado por la valla y por el otro por la barrera, y en el que con frecuencia se desarrollan escenas que, empezando con la nota cómica, terminan algunas veces en lo trágico, gracias á la intempestiva visita de un berrendo de larga y afilada cuerna, que ora siembra el espanto entre los muchos que estorban en sitio que no debieran ocupar, ora les hace pagar con creces el gusto de presenciar desde tan cerca los distintos lances de la lidia.

En la corrida de novillos celebrada en Madrid el día 3 del actual, el quinto de la tarde, llamado *Sortijo*, perteneciente, como los demás, á la ganadería del duque de Veragua, salió con muchos pies, colándose á las primeras de cambio en el callejón, siguiendo á un capote, y después de romper una tabla de la valla.

Como toda la gente de pelo trenzado tomase el olivo, promovi6se el gran lío, aumentado por el pánico que la presencia del veragüeño produjo.

El bicho emprendió carrera por el callejón, y en la desbandada cupo la desgracia al cabo de areneros de ser alcanzado, volteado y lanzado al redondel, resultando con una herida de cuatro centímetros de extensión en el muslo izquierdo, contusiones de segundo grado en el codo del propio costado y vértice de la cabeza, lo que le produjo ligera conmoción cerebral.

Ante semejante desgracia cabe preguntar: ¿es factible la evitación de tales accidentes? Sí, porque si el citado individuo hubiera estado ocupando el lugar debido, según lo que se desprende del artículo 98 del Reglamento vigente para las corridas de toros, el desgraciado lance no hubiera ocurrido.

Va degenerando en escandaloso abuso la mala costumbre de permitir la estancia entre barreras de algunos aficionados, que en el mero hecho de ser amigos de la empresa sitúanse á ciencia y paciencia de las autoridades en tal sitio, bien por el tonto capricho de la exhibición, bien por hacer creer la existencia de una cosa que no existe en la totalidad de los casos.

Colocados algunos burladeros junto á la barrera y teniendo cada uno de ellos destino señalado para ser ocupado única y exclusivamente por los que por razón de su cargo deben guarecerse allí en instante crítico, si al número señalado se le agregan varios hombres más que en determinado momento buscan la salvación en sus tablas, resulta que los que en los extremos están quedan tan desamparados, que la cornada es inevitable caso de que el bicho fije en ellos la mirada; y como en tan críticas circunstancias el instinto de conservación sobrep6nese á cuantas consideraciones

existen, el que libre de los alcances de los pitones se halla, aférrase al terreno alcanzado, resistiendo los empujones del que en peligro se encuentra.

Debiendo estar la valla libre de estorbos, á fin de que no encuentre entorpecimientos para salvarla el diestro que perseguido de cerca corre afanoso en su busca para guarecerse en el callejón, los que de bruces sobre ella se encuentren pueden tal vez servir de obstáculo, ocasionando una desgracia con su aparente impasibilidad, pues si bien es cierto que algunas veces un sombrero lanzado en tiempo hábil ó una llamada oportuna librar pueden al diestro de un desaguisado si un capote no supo ó no pudo á tiempo torcer el viaje de la res, dicha coincidencia es de tan reducido valor, que no vale la pena su consideración para que influir pueda en la benevolencia.

La mucha gente sólo para la guerra es buena; de modo que cuanto menos exista en el callejón, mejor será para los que por obligación deben permanecer en él, y aun éstos situados, siempre que su misión lo permita, en los burladeros designados al efecto.

Los areneros y mozos destinados para auxilio de los picadores, una vez terminado el primer tercio, ¿quiere decirseme qué papel representan en el callejón ó descansando sobre la valla, como no sea otro que el de contravenir y pisotear el artículo 29 del citado Reglamento? Los carpinteros y dependientes de la autoridad que pasean en todos sentidos, buscando el punto más próximo á donde la res se encuentra, ¿es que no tienen burladeros y sitios señalados donde permanecer en expectación del cumplimiento del deber? Los enlazadores, repartidores de banderillas, mozos al servicio de los diestros, ¿no tienen acaso lugar donde situarse hasta el momento en que deben entrar en el ejercicio

de sus funciones? Ese considerable número de aficionados que pululan por el callejón, ¿puede decirse á qué obedece allí su presencia? ¿Es que no son bastantes tantos estorbos, que aún se consiente el tránsito por él á los vendedores de limonadas, cargados con el cajón de las botellas, cuando si en aquel momento el toro traspasa la valla aumentase la confusión y el peligro con la mercancía que por el suelo rueda?

Tanto la valla como el callejón deben estar siempre libres y expeditos, no consintiendo en éste la permanencia más que á los agentes de la autoridad, los carpinteros encargados de abrir las puertas, el inspector de servicio y alcalde de plaza; los demás, terminada su misión, deben desaparecer; sin permitirles paseo ni carrera alguna por lugar tan inconveniente.

Por consentir á todo el mundo lo que le viene en gana hacer, hánse lamentado varias desgracias, y si mayor no ha sido el número, es porque el toro, al correr por el callejón, más pronto lo hace buscando la huída, que no fijándose en los bultos, y á esto es debido el que muchos escapen de una cogida segurísima.

Teniendo presente aquello «más vale precaver que lamentar», intentemos, sin levantar mano, borrar de la fiesta todo cuanto humanamente sea posible, á fin de que sin desmerecer en su esencia deje de revestir los caracteres ó accidentes que para algunos la hacen repulsiva; y para ello, ya que la aglomeración de gente inútil en el callejón puede acarrear desgracias que aumenten el catálogo de las que diariamente nos echan en cara los antitaurófilos, pidamos á quien corresponda que por equidad, por el buen nombre del espectáculo, prohíba, pero en absoluto, la permanencia de estorbos en sitio donde el peligro es casi seguro.

Hora es ya de que las autoridades tomen cartas en

el asunto para evitar abusos que tanto perjuicio causan bien en un sentido, bien en otro; hora es ya de que abandonen esa indiferencia y mirando más por los preceptos y reglas que la práctica aconseja su fiel y exacto cumplimiento, arranquen con enérgico proceder las mil y una deficiencias de que adolecen las corridas de toros.

El alcalde de plaza debe obrar con entereza, y con el Reglamento en la mano hacerlo cumplir en todas sus partes, en la firme inteligencia que el día que la autoridad obre de semejante manera, recibirá de los buenos aficionados aplauso nutrido, leal y verdadero.

EL CESANTE H

---

---

## IMPORTANTÍSIMO

---

Habiéndoseme entregado poderes en toda regla por el valiente, afamado y simpático matador de toros, León Valiente de los Castillos (a) *El Atún*, para que le represente y en su nombre firme contratas, desde hoy se entenderán conmigo cuantas empresas quieran ajustarle.

En la imposibilidad, dado el crecido número de corridas ajustadas para este año que tiene mi matador (121 hasta la fecha), de atender á todos debidamente, y con el fin de evitarme molestias y rebajarme trabajo, he creído muy del caso circular las bases que se ha dignado remitirme, para que, llegando á conocimiento de todos, sepan á qué atenerse, en el bien entendido, que ni una sola letra se cambiará, siendo inútil molestarme con cartas y telefonemas, pues bastante atenuadas están sus exigencias y grandemente perjudicados sus intereses.

He aquí el modelo de compromisos:

Contrato por el que me obligo á torear, previo el cumplimiento de todas sus cláusulas por parte de la Empresa, en la Plaza de Toros de...

1.<sup>a</sup> Diez mil pesetas por estoquear dos toros de tres hierbas y ganadería que señale. Dicha cantidad será entregada á mi apoderado *El Cesante H* con quince días de anticipación al de la corrida, ó depositada en el Banco de España, Casa de Comercio ó de Banca de absoluta confianza.

2.<sup>a</sup> Se me darán, menos una, cuantas corridas se celebren en esta población durante la temporada (seis por lo menos), las que tendrán lugar los días que señalaré. El turno, seguido ó salteado, es de mi incumbencia.

3.<sup>a</sup> Es potestativo en mí enviar sustituto cuando tenga por conveniente, sin que tal resolución traiga aparejada anulación de contrato por parte de la Empresa.

4.<sup>a</sup> No aceptando por válida la absurda teoría referente á irresponsabilidad por faltar á lo pactado cuando fuerza mayor impone el incumplimiento á una Empresa, percibiré íntegro el importe del ajuste si la corrida se suspendiese, aun siendo por alteración de orden público, epidemia, ó lluvia, quedando á beneficio del empresario, como prueba de desinterés y consideración, las gratificaciones á que hace referencia la base 12.<sup>a</sup> del presente compromiso.

5.<sup>a</sup> Los dos matadores restantes serán precisamente más modernos, y uno de ellos designado por mí.

6.<sup>a</sup> Como quiera que en el público pudiera haber hombres de tan mala fe, supina ignorancia y perversos instintos, que obligaran con injustas protestas, ó broncas, propias únicamente de seres sin educación, á que el presidente impusiera alguna multa á mí, ó á mi gente, por faltas imaginarias, cometidas en el redondel, la Empresa queda obligada á satisfacerlas, caso de ser impuestas, de su bolsillo particular.

7.<sup>a</sup> Perteneciendo las reses á las ganaderías que indique, me reservo también el exclusivo derecho de elección para el turno de lidia.

8.<sup>a</sup> No procediendo que estoquee reses que no haya escogido, por si ocurriera una desgracia á cualquiera de los otros matadores, irá agregado á mi cuadrilla un espada de alternativa; pero como, por su categoría, no debe percibir únicamente el haber que le asigno como simple peón de brega, la Empresa lo gratificará con dos mil pesetas, ejerza ó no sus funciones como matador. Es conveniente, en evitación de ciertas consecuencias, que el Presidente sea amigo de la Empresa para que suspenda la corrida y mande despejar por la Guarda civil al primer intento de bronca.

9.<sup>a</sup> Como por desgracia se ha extendido prodigiosamente la costumbre de dar corridas llamadas de beneficencia, y no pudiendo rehusar compromisos con personajes de alta alcurnia y grandes influencias, con objeto de cubrir el expediente y queden en buen lugar mis sentimientos caritativos, la Empresa me abonará seis mil pesetas en conceptos de viajes y fonda, resarcíendose ella de este pequeño desembolso con el importe del 75 por 100 de lo recaudado que exigirá por arriendo de local.

10.<sup>a</sup> La empresa se obliga formalmente á no permitir la entrada en la plaza, la tarde que yo toree, á otros periodistas que á los revisteros ó escritores taurinos que sean amigos, debiendo regalarles la Empresa, para mejor asegurar el resultado, un palco ó media docena de asientos de barrera.

11.<sup>a</sup> Es indispensable que la Empresa tenga á su cargo el servicio de caballos cuando yo trabaje, y como medida de precaución, las dimensiones de hierro y topes de las picas serán las que oportunamente indicaré.

12.<sup>a</sup> Siendo de justicia la propina á picadores y banderilleros, por ganaderos ó contratistas, la Empresa se incautará de su importe, haciéndome entrega de él para la inversión que estime conveniente.

13.<sup>a</sup> Asimismo queda obligada la Empresa á tener constantemente á mi disposición, mientras permanezca en la población, un coche, que, si bien de alquiler, será de los llamados «de lujo».

14.<sup>a</sup> Los gastos por comida y hospedaje corren de cuenta de la Empresa, abonándome en metálico los devengos que no tengan lugar por haberme convidado los amigos.

15.<sup>a</sup> Bajo ningún concepto puede el Empresario ultimar la organización de una corrida sin mi intervención y aquiescencia.

16.<sup>a</sup> El personal y las reses para novilladas serán el que yo indique.

17.<sup>a</sup> Asimismo se compromete la Empresa á entregarme la víspera de la corrida cincuenta entradas con asiento de barrera de sombra y diez palcos.

18.<sup>a</sup> El arriendo para la venta de refrescos y agua en el interior de la plaza será por el tipo que yo señale, adjudicándose al industrial de mi recomendación.

19.<sup>a</sup> Las banderillas y divisas que sean necesarias se adquirirán precisamente del comerciante ó constructor que nombre, debiendo satisfacerse al precio que se les señale y corriendo por cuenta de la Empresa los gastos de transporte.

20.<sup>a</sup> Los gastos que ocasione el presente contrato los satisfará la Empresa, así como también los que pudieran originarse, dado caso de que por falta de cumplimiento de aquella á cualquier extremo de los consignados me viese precisado á llevar el asunto á los tribunales de justicia.

Conformes en un todo ambas partes, lo firman con los testigos, etc., etc., etc.

Sé que grandemente se perjudican los intereses y atribuciones de mi matador el valiente, simpático, hermoso é inteligente *Atún*, con las condiciones que presenta; pero, su afán constante por defender el arte y la deferencia que el público se merece, le han obligado (y realiza gustosísimo) á rebajar considerablemente el importe del ajuste, haciendo caso omiso, al propio tiempo, de algunos insignificantes derechos ó atribuciones que antes fueron potestativos con el matador.

Hora es ya de que se conozca de qué pie cojean algunos que se creen generales en tauromaquia cuando difícilmente llegan á segundos tenientes de la Escala de Reserva de dicho arte.

Ya lo saben, pues, las empresas: el mejor y más barato de todos los matadores de toros es mi poderdante. Su noble y desinteresado proceder destruye, por falso, el *esto se va* que ha dicho no se quién, y en la fundada esperanza de que los demás diestros seguirán por el camino trazado, alentémosles con nuestro aplauso para que, cuanto antes, llegue el ansiado día y...

¡Bom!... ¡chim!... ¡chim!... ¡Adelante, señores, adelante!... No desaprovechar la ocasión... ¡Bom!... ¡chim!... ¡chim!...

EL CESANTE H

---

---

## ¿PEQUEÑECES?

---

De tal suelen ser calificados algunos detalles que en las corridas de toros pasan desapercibidos, gracias á la indiferencia de los aficionados; detalles que aunque en apariencia no parezcan gran cosa, no dejan de revestir excepcional importancia.

El actual Reglamento para las corridas de toros, invocado y puesto en vigor por las empresas en todos aquellos extremos y ocasiones que pueda favorecerlas, queda en desuso, en completo olvido cuando al público pueda beneficiar, y tan irritante desigualdad debe desaparecer, porque la ley para todos ha de aplicarse de la misma manera.

Desde el momento que el aludido Reglamento concede á la autoridad superior de la provincia facultades para aprobar ó rechazar el cartel, según esté ó no redactado con sujeción á lo prevenido, queda convertido en la salvaguardia, en el escudo que proteger debe los intereses de todos por igual, y si por negligencia ó

desidia así no lo ejecuta, merece las más acerbas censuras quien por virtud del cargo que desempeña debe ser justiciero por obligación.

Los caballos que existen en la cuadra dispuestos para la corrida deben ser reconocidos por profesores veterinarios, certificando con arreglo al resultado que el examen diere, para aceptar los útiles y rechazar los inservibles, porque muchos están en la errónea creencia que en el mero hecho de ser caballos de toros, todos son admisibles, como si la vida de un hombre fuese cosa baladí y no mereciera un poco de interés por parte de quien está en el ineludible deber de vigilar, en previsión de los accidentes funestos ó desgraciados que pudieran ocurrir.

El reconocimiento de los toros, á fin de comprobar lo dicho ó consignado en el cartel, es otro de los extremos esenciales, porque se dan casos en que se anuncian *hermosos* y *escogidos*, y luego resultan... lo que Dios quiere, y en tal caso, siendo el engaño manifiesto, pudiera el público que paga tomarse la justicia por su mano.

Debe procurarse que las empresas pongan, para el debido conocimiento y satisfacción del público, un cartelillo ó aviso en el que consten las señas de las reses, estado de sanidad y orden en que serán lidiadas.

Los efectos y útiles que tienen señalado servicio en la lidia, han de estar sujetos á detenido reconocimiento, tanto para que reúnan las condiciones debidas, como para evitar abusos que redundan en perjuicio de unos y por tanto en beneficio de otros.

El corte de la lanza en las varas de castigar estará sacado á lima, no preparado con piedra de afilar. Según la estación, y tanto si son toros como si son novi-

llos, ha de tener la longitud acordada, porque la más leve transgresión puede acarrear perjuicios considerables.

La forma de los topes es otro de los extremos que á simple vista parece que no merece la pena de fijarse en ellos, y sin embargo es de grandísima importancia su examen.

Si son de poco diámetro puede alargarse el palo, pillar al toro desde más lejos, pinchar bajo, herir con mayor profundidad y menos exposición de rasgar; en una palabra, que la suerte se consuma de mala manera, pero con ventaja para el picador y en perjuicio del ganadero, porque en tal caso sería necesario que el bicho fuese codicioso y de poder para llegar al caballo. Ahora bien; si el hierro tiene la debida longitud y el tope es de forma reglamentaria, á la res no puede tomársela desde tanta distancia porque aquél correría sobre la piel, rasgándola; sería preciso entrar recto, señalar en lo alto del morrillo y cargar bien sobre el palo, empujando al propio tiempo hacia afuera indicando la salida; en una palabra, la suerte se practicaría con arreglo al arte, y este tercio, que está destinado única y exclusivamente á castigar al toro quitándole poder, no se convertiría, como hoy sucede, en censurable mechadura, destrozándole el brazuelo con objeto de que llegue á la muerte sin poderse tener en pie.

Parece cosa sin importancia alguna, es más, se aplauden cual si fueran suertes de relevante mérito, esos recortes que, tanto los maestros como los aprendices, prodigan sin cesar; recortes que debieran ser castigados con fuertes multas, porque la res que codiciosa corre tras el engaño, al desaparecer éste de su vista revuélvese ligera con ansia de coger, y la contracción violenta que sus músculos sufren estropéanla

en la espina dorsal y en los remos, y esto es censurable, pues para pararla, aplomarla y quitarle pies están las verónicas.

A los peones, cuya misión estriba principalmente en correr á los toros por derecho, según las indicaciones del jefe de redondel, no debe permitirles el público, ya que quien debe no lo hace, que recorten, porque con semejante sistema pierden las reses las buenas condiciones para los dos tercios restantes.

Ya que en las atribuciones de la autoridad está el no permitir que los caballos mal heridos sean montados de nuevo, ofreciendo al público el repugnante espectáculo de verles arrastrar por la arena, pisoteándolas, las interioridades todas, deben los espectadores recordar que así se haga, caso que el alcalde de plaza no ordenase la conducción á la cuadra de las caballerías que se encuentren en la dicha situación, y sin que tenga presente al ordenarlo así indicaciones particulares que trataran de conseguir lo contrario, porque sobre ellas está la vida de un hombre y el respeto y consideración que se merece quien paga.

Las banderillas van de día en día creciendo en longitud, así como los arpones de las mismas, y ya que el segundo tercio deja muchísimo que desear, no aumenten el tamaño del nierro, porque si á toros jóvenes, de poco poder y apurados en demasía, en el primero (hoy cosa corriente) se les ponen tres pares de palos que los castigan de un modo atroz, en el último es imposible la suerte de recibir, porque el bicho se encuentra ya sin poder mover el rabo, y entonces, y como consecuencia de ello, caben disculpas y atenuantes para el matador.

Y basta por hoy, pero antes de terminar diré que ya que se invoca el Reglamento cuando favorece y se

rechaza cuando perjudica, sea la protesta del aficionado en todas ocasiones la valla que contenga la afición y afán de lucro que predomina en diestros, empresarios y ganaderos.

EL CESANTE H

---

---

## ¿REGIONALISMO?

---

Hace tiempo, muchísimo tiempo, que en mi cerebro se agita la idea de escribir algo respecto á los toreros de la tierra, pero consideraciones fáciles de comprender para quien conozca mi modo de pensar, mantenido un día y otro día en los pobres trabajos que he lanzado á la publicidad, me lo vedaron, no porque el miedo á ser zaherido entrase en mi ánimo, sino porque prevenido en contra por las falsas apreciaciones vertidas por quienes están muy lejos de la verdad, formaran atmósfera, que si bien momentáneamente, pusiera en tela de juicio la imparcialidad é independencia de apreciación de que tanto me enorgullezco (fuera falsa modestia) y que ha sido, es y será el norte de mis juicios y móvil que guíe mi pobre pluma siempre que sobre tauromaquia emborrone cuartillas.

Así es que, aunque alentado constantemente por algunos amigos para que abandonase tal preocupación, encontrábame reacio para dar un paso á todas luces digno, legal y equitativo, sólo por el temor al qué dirán, temor que mirado bajo cualquier punto de vista

es absurdo, porque en puridad de verdad, la práctica de un acto de justicia no debe amedrentar á nadie, porque no pueden existir espíritus mezquinos y sentimientos tan rastreros que vean, ni menos sostengan, pueda existir doblez ni falsía en quien palmarias pruebas tiene dadas de verdadera independencia, máxime cuando ni siquiera conoce en la totalidad de los casos á quien coloca en el lugar que debe hallarse sin que miras egoistas se lo ordenen, sino obedeciendo á los impulsos de un corazón no sombreado por la mancha de la dádiva ó remuneración.

Hoy que circunstancias excepcionales allanan el camino para que la verdad marche con desembarazo, hoy que acontecimientos recientes han demostrado hasta la saciedad que las preocupaciones desaparecen cuando la lógica llama á las puertas del sentido común, justo y oportuno es que, empuñando esta mal templada pluma mía, jamás vendida ni deshonrada por la adulación y la mentira, trace en breves líneas las consideraciones que se desprenden á la simple lectura del epígrafe que encabeza este articulejo.

No es nuevo y por tanto á nadie debe extrañar que los que han tenido la suerte de ver la luz primera en una población donde nacieran hombres que después fueron notables por algún concepto, se envanezcan y se sientan orgullosos al decir «fulano es paisano mío»; así es que, mírese por donde se mire, semejante satisfacción, tonta si se quiere, pero siempre halagüeña, puede convertirse en estímulo que influir suele en la prosperidad de aquel determinado lugar.

Y esto, que hablando en tesis general está reconocido por todos, aunque en menor escala, cabe aplicarlo en otro orden de cosas más secundario ó inferior.

• Por ser cosa universalmente reconocida, aceptada

con ciego entusiasmo y defendida con tesón por la casi totalidad de los españoles, ocioso es decir que las corridas de toros forman, digámoslo así, parte integrante y constitutiva de cada uno de los nacidos en la Península, y de ahí que se tenga en gran estima á quienes al peligroso arte de lidiar reses bravas se dedican; y que tal afirmación no es hija de mi entusiasmo por la fiesta, lo demuestra, entre mil ejemplos que la historia ofrece, la manifestación hecha por el pueblo de Madrid cuando el afamado *Frascueto* tuvo una cogida terrible que puso su vida á las puertas de la muerte; el duelo casi nacional por el desgraciado fin del *Espartero*, y otras y otras cien que no pudiendo citar de memoria dejo de señalar, porque el poco tiempo que falta para mandar estas cuartillas á la imprenta me obliga á prescindir de la busca de citas, que en último resultado sólo servirían para hacer pesada la narración, sin darla por eso mayor autoridad, ya que en el ánimo de todos gravita la verdad de lo que consignado queda.

De modo que aunque el torero no pueda ser calificado—á no ser que á sabiendas quiera caer en el ridículo quien tal afirmase—como personalidad cuyos hechós puedan dar mayor impulso á la marcha de la civilización y el progreso, no está fuera de sitio afirmar que por su nombradía, fama y número de corridas toreadas, reportar puede beneficio para la población en que reside.

Si á esto se agrega que prácticamente tiene demostrado que puede alternar con los preferidos de quien en sus manos tiene el poder contratarle ó no, claro es que el sentimiento ingénito en todo aficionado y el orgullo del paisanaje ó región deben conceptuarse lastimados, ofendidos, postergados injustamente, y por tanto en perfecto derecho á colocarse frente á frente

de quien despreciando deseos legítimos y atendibles, sufre las consecuencias de actos no realizados por él.

Es más; la no contrata de un diestro hijo de la localidad cuando corridas de alguna importancia se celebran, no implica solo desaire al referido, sino que constituye también un reto lanzado al rostro de los aficionados que haciendo productivo el negocio ven defraudadas sus esperanzas, destruidas sus más doradas ilusiones, y francamente, la continuada repetición de hechos semejantes trae aparejado el retraimiento, la muerte de la afición y un disgusto sordo, pero lento, contra quien así obra, y que tarde ó temprano se traduce en actos originarios de contratiempos y pérdidas imposibles de contrarrestar.

Ese espíritu de regionalidad, ese amor digno de aplauso, por noble y respetable, hacia la tierra que nos vió nacer, es un factor importantísimo, de poderosa é incontrastable influencia, que lenta, pero continuamente, lucha por el engrandecimiento, buen nombre y fama de quien demuestra algún adelanto ó descuella de otro modo cualquiera en el arte, oficio ó carrera á que se dedica, y aunque envidias ó pasiones puedan enturbiar ó alterar en parte el concierto tácito que á su alrededor resuena, es difícil, por no decir imposible de destruir; esa aureola formada por la simpatía ó la satisfacción de un orgullo legítimo, no puede romperse sin que produzca en el corazón de los paisanos herida dolorosa, y aunque las oleadas de la crítica tenaz, mejor dicho, ensañamiento insidioso, cében-se en él, aunque venganzas de hechos ó acciones añejas sostengan por algún tiempo en la apariencia justo castigo, cuando la catástrofe se avecina, cuando amenaza inminente ruina, el espíritu de regionalismo, tanto tiempo dormido, no muerto, como pudiera creer-

se, alza potente su voz, clama por la reconquista de sus inalienables derechos, momentáneamente perdidos, y aquellos ayes, aquellos lamentos, emanación pura y noble de un corazón que de veras ama á su país y por consecuencia distingue á sus hijos predilectos, producen la necesaria y oportuna reacción en quienes de un modo inconsciente ó cegados por el brillo de falsos raciocinios, abandonaron un camino que ahora con gozo indecible tornan á emprender.

Cuando un diestro, siendo susceptible de alternar con otros, es postergado solamente porque sí, preterición semejante, al par que desaliento, causa animadversión y hasta celos si se quiere, que acaban por conspiraciones de fatales consecuencias cuando el *olvido* tiene lugar en el punto donde el diestro reside.

En igualdad de circunstancias—esto es, colocados unos y otros en el terreno del arte,—siempre debe concederse la preferencia al de la localidad, pues empezando porque la satisfacción de la aspiración anhelada arrastra á la plaza aun á los menos entusiastas, y terminando porque de tal modo se mira por la ciudad, ya que parte del dinero recaudado queda en ella y por tanto refluye en beneficio del comercio, resulta conveniente por todos conceptos la contrata del hijo del país.

Por axioma tengo lo enunciado, y de ahí que me retraiga de apuntar nuevas consideraciones.

Las corridas de toros son hoy un negocio como otro cualquiera, y si bien antiguamente se perseguía el lucro como hoy, la diferencia notable que las separa de aquéllas las hace más susceptibles del bastardeo, tanto por lo escamada que anda la afición, como por lo cara que resulta la vida, lo crecido de las contribuciones, el precio escandaloso de las localidades, la no interrump-

pida serie de *camelos* tragados por el que de buena fe se gasta el dinero, etc., etc., me autorizan á decir que es pertinente creer que puestos frente á frente intereses encontrados, trate cada cual de recabar para sí el mayor número posible de ventajas, y ya en este terreno, bueno es tener en cuenta que si el espíritu mercantilista impera, si el negocio es lo único que se busca, en su perfecto derecho están los regionalistas en luchar por la consecución de sus aspiraciones, máxime cuando semejante manera de pensar redunde en beneficio del asentista ó empresario, quedando para aquellos la fútil vanagloria de un capricho satisfecho.

No debe, pues, causar estrañeza que yo, el más insignificante é inútil de los escritores taurinos, alce mi débil y desautorizada voz en defensa de los toreros de la tierra y trate de romper lanzas en pro de una causa justa, aunque tengo para mí que habrá sus críticas, porque algo debe existir en el fondo del asunto cuando otros más autorizados lo han dejado en el olvido; pero esto no obstante, entusiasta defensor de la verdad y la justicia, marcharé impertérrito por la senda trazada, importándome un comino lo que seres egoístas puedan decir.

¿Quién no recuerda el interés de los aficionados de la corte por concederle á *Cúchares* el calificativo de madrileño y á los sevillanos igual tesón para hacer pasar á tan afamado matador por hijo de la rica perla del Guadalquivir? ¿En nuestros días, no leemos á cada momento artículos encomiásticos, bombos sorprendentes por lo exagerados, á favor del diestro nacido en la ciudad donde tales periódicos se publican? Ahí están los sevillanos, ahí están los madrileños, ahí los zaragozanos; y entre tanto los de Valencia, donde existe un matador de empuje y tronío, donde hay algún banderillero de primera fuerza, donde vegetan matadores

de novillos que se llevan de calle á esa turbamulta de harapientos coletas que cual plaga de Egipto invaden las plazas de provincias, donde peones de brega existen capaces de alternar sin desdoro con Juan Molina, ¿qué hacen? ¿qué interés se toman para hacer lo propio que los periodistas de otras regiones? ¿Es que la mala fe ciega de tal manera que sus turbulentas oleadas apagan los sentimientos de justicia, la práctica de la verdad? ¿Y se titulan aún imparciales é independientes? *¿Risum teneatis?*

El defender la candidatura, digámoslo así, de los toreros del país, ¿implica acaso abdicación de los sentimientos, principios y doctrina que el escritor tenga profundamente arraigados en el santuario del pecho? No, cien mil veces no. Yo me precio de ser imparcial é independiente en asuntos taurinos; yo me envanezco por haber defendido un día y otro día el arte ante todo y sobre todo; yo he sostenido larga campaña—y lo que te rondaré, morena—en defensa de los intereses del público; yo, que antes que la personalidad invoco las bases inmutables sobre las que el arte se cimenta, yo que defiendo con tesón el dinero que dejo en la taquilla, atropello por todo, desprecio habladurías que ningún perjuicio pueden causarme, y salgo al palenque dispuesto á defender el derecho que los toreros valencianos tienen á ser contratados—en igualdad de condiciones—para trabajar en su país, antes que esa nube de coletas que sin cesar invaden un terreno que jamás debieron pisar.

Pero con el mismo calor, con idéntico entusiasmo, manifestaré que lo cortés no quita á lo valiente, y que una cosa es apoyarles y otra hacer la crítica, fuerte sí, pero razonada, que debe siempre acompañar al trabajo desarrollado.

Hechos recientes, con la lógica terrible de los ya consumados, robustecen la verdad inconcusa que anotada queda, y así como en justicia creo defendible aquel extremo, de la propia manera juzgo necesario emplear el segundo.

Justo es aplaudir el mérito, justo es ensalzar y considerar los conocimientos cuando se traducen en manifestaciones reales y tangibles, como vergonzoso, antilegal é ilógico es tratar de imponerse cuando la personalidad endiosada encuéntrase huérfana de circunstancias que puedan hacerla valer; porque no es bastante la adulación, la amistad ni el espíritu de regionalismo á borrar deficiencias palmarias, injusticias absurdas y garrafales, ya que esa aureola fugaz y pasajera, formada por la ignorancia y ceguedad de algunos pocos, más que de timbre preciado debe ser tenida por mancha indeleble caída sobre la fama de quienes al arte y al público se deben. Por eso he creído siempre que la idolatría por un diestro cualquiera es lo que á muchos les hace ver lo blanco negro; que en su obstinada y voluntaria ceguedad pospongan el arte á la afición personal y sus intereses á la tonta vanagloria de ver á un hombre determinado en el redondel.

Es obligatorio, pues, en los aficionados valencianos y en todos en general, trabajar, á semejanza de lo que en otras regiones ocurre, para que los diestros del país sean los primeroş, en igualdad de circunstancias, en pisar la arena de nuestra plaza de Toros, pero no olvidando jamás que determinación semejante pueda librarles, ni por asomo, de las censuras á que se hagan acreedores.

Roto el hielo, desvanecida la duda, la razón impera como soberana legítima. Hechos prácticos lo corroboran; el espíritu de regionalismo, marchando por sen-

das misteriosas y desconocidas, ha demostrado que sobre las preocupaciones está la afición, que los fantasmas que la imaginación se forja huyen cuando la luz invade el aposento que por teatro eligieran, y así como el miedoso al reaccionarse raciocina respecto á sus temores, de la propia manera el pensador estudia las inesperadas lecciones que la realidad pone de manifiesto.

No hay, pues, que darle vueltas: lo que debe ser, es; entre un matador que viene y hace lo mismo ó menos quizás que otro del país, marchando luego á su terreno adormecido por los aplausos y alegre por el dinero ganado, y el que permanece en la localidad, la elección no es dudosa: el comercio y la industria prefieren á éste, y el aficionado, que nada pierde, le prefiere también, porque la íntima satisfacción que experimenta en aplaudir á un paisano, borra en parte el mal efecto que deficiencias en el trabajo pudieran producirle.

Siendo la misión de la prensa reflejar la opinión, para mejor encauzarla debe, sin valerse de sofismas, argucias ni malas artes, exponer lisa y francamente lo que justo y correcto considere; criticar el trabajo sin ensañamientos, omisiones ni palabras de sentido dudoso que involucren un asunto claro como el agua, y ya que la opinión hase manifestado favorable á la presencia de diestros valencianos en el redondel, ya que de un modo ostensible el espíritu de regionalismo despertó potente, vigoroso, unánime, pongámonos de su parte, contribuyendo á la hermosa obra de reparación que de tan brillante manera se inicia.

Mucho queda por decir, pero la falta de tiempo me obliga á terminar. Esbozada está la cuestión, hechos quedan sobre el lienzo los primeros trazos; ahora, plumas mejores que la mía lleven la obra á término feliz.

El arte antes que nada; defensa continuada de los intereses del público, protección decidida á los toreros de *la millor terra del mon*. Hé aquí en pocas palabras condensado el bello ideal de

EL CESANTE H

---

---

## AL DESCUBIERTO

---

Entre los innumerables accidentes que tienen lugar en una corrida de toros, uno de los que impresiona más fuertemente el ánimo del espectador es la caída al descubierto que los toreros de á caballo experimentan por consecuencia de su profesión.

La inminencia del peligro, la imposibilidad de movimiento ágil y desembarazado por lo pesado del traje y hierros que viste el picador, y lo crítico de la situación, resultado de lo imprevisto y rápido de la caída, causas más que suficientes son á producir violenta sacudida de nervios, inevitable sospecha de próxima desgracia, presentimiento terrible que hace asomar al rostro del espectador señales indelebles de miedo y angustia.

Porque, francamente, es situación en extremo comprometida encontrarse tendido sobre la arena, á una vara de distancia de los pitones de un toro, sin más auxilio que el que el conocimiento, ligereza y oportu-

nidad del maestro pueda proporcionar con el capote.

Afición grande (ó necesidad extrema) debe sentir quien á la buena de Dios monta un caballo, impotente para sostenerse en pie, lanzándose á la arena del circo, donde un berrendo viejo y sabiendo mucha gramática parda, espera se le pongan delante objetos que destrozar.

Ese hombre que por mezquina cantidad se juega la vida, no ha medido lo transcendental de su determinación ni sospechado los gravísimos trances porque ha de atravesar, ya que los *maestros* que en el redondel están dispuestos á perder la vida si es preciso para salvar la de un compañero, con la mejor buena fe del mundo practicarán quites que más que tales merecen el nombre de cargas, pues que en vez de llevarse la fiera del terreno peligroso, la enseñan (por ignorancia) el punto á donde debe acudir para cornear á satisfacción y producir víctimas.

Porque no basta que los matadores acudan en confuso tropel á sacar el toro, dando por resultado muchas veces que al meterse en terreno prohibido son tropicados, pierden la defensa y salen por pies, dejando, como es consiguiente, al jinete en las astas del toro; no, ignorancia semejante, en vez de resultados favorables sólo acarreará desgracias, quizás por partida doble, y en caso tal gravísimas censuras, responsabilidades inmensas caben al jefe de redondel por su impericia.

La costumbre, hoy generalizada, de colocarse al costado izquierdo del picador cuatro ó cinco toreros y otros tantos mozos de plaza, dá por resultado la más espantosa confusión en una de esas caídas en las que picador y cabalgadura ruedan cada uno por su lado, y en tal compromiso, solicitada la atención de la fiera

por crecido número de objetos, su arrancada á punto determinado es dudosa y lógico sospechar acuda al que más cerca tenga, y en tal caso, ¡desgraciado picador! si no herida, al menos vapuleo seguro recibirá en pago á su temeridad.

¿Quién es entonces el responsable? ¿A quién hacer cargos? Al espada, á éste y solamente á éste, porque si los peones ocupan puestos que no deben, si los del servicio de plaza se meten en camisa de once varas, él, como jefe indiscutible del redondel, ordenará que cada cual esté en el lugar correspondiente, y si no es obedecido, antes que por debilidad consentir transgresión alguna, el auxilio que reclamará al alcalde de plaza, quien lo concederá en el acto, servirá para meter en cintura á quien por hacer el farol rebasa el límite de sus atribuciones.

El matador es quien debe ocupar el costado izquierdo del jinete y el único que se necesita para con una larga arrancar al toro de junto á la víctima; pero ya que hoy son por lo menos dos los espadas que despachan la corrida, conforme que al que no le corresponda estoquear aquel toro se sitúe en terreno oportuno por si acaso fuese necesaria su intervención.

La buena colocación, indispensable para realizar las suertes sin riesgo alguno, observada durante el primer tercio, no sólo le dá mayor brillantez, si que también siembra la confianza en el ánimo del picador; y esto habido en cuenta, su trabajo resultará de provecho y mérito porque abrigando el convencimiento de que un diestro hábil é inteligente está pronto á salvarle, antes que en nada pensará en cumplir con su deber y no buscará, fuera de tiempo, la manera de preparar la caída, fiando la salvación en las tablas, sobre las que nada angustiado,

todo ello con perjuicio notorio del arte y del prestigio personal.

Porque es absurdo pensar que el picador debe confiarse cuando sabe que al verse indefenso en el suelo, la ignorancia y aturdimiento del espada acaba el quite tirándole el toro encima; porque es absurdo pedirle trabaje á conciencia cuando se le obliga á salir montado en un rocinante, mezquino andamio de cañas y papel de estraza.

Haciendo el quite con largas, la salida del toro á los terrenos de fuera es segura y la predisposición para que acuda hacia donde el otro picador se halla, infalible; el orden de la lidia sorprendente y nula la pérdida de facultades, porque no sufriendo continuados destronques por los recortes prodigados cuando el quite se hace con el capote á dos manos (entiéndase que hablo en tesis general), la fiera se mantiene fresca, perdiendo únicamente y poco á poco el poder que el castigo debidamente aplicado le va cercenando.

Si el matador desatiende detalles de tal importancia y fía, digámoslo así, la finalidad del quite á lo censurable de la ejecución, en tal caso sólo podrá decirse que la fuerza bruta, no el arte y el conocimiento, son los que consuman la suerte, y esto, en verdad, no cuadra en quien se halla investido con el título de maestro.

Que conseguido lo que se deseaba, esto es, evitar la desgracia, los medios empleados para ello son lo de menos, conforme, porque en absoluto tal es la solución buscada; pero como semejante proceder no encaja ni en los medios conocidos para burlar á la fiera, ni en las condiciones que debe ostentar el lidiador, hijas de sus conocimientos, antes que la necesidad apremie empleará aquellos que aportando idéntico resultado, guardan perfecta analogía con lo que el arte de lidiar

reses bravas preceptúa; reglas y preceptos investidos de autoridad indiscutible, sancionada desde los periodos incipientes de las corridas de toros.

Si hoy la mayoría de los picadores clavan la lanza en cualquier sitio del toro y sufren el batacazo con estóica resignación, esperando del arrojido de los mozos de plaza su salvación, es porque de este modo resultan mejor librados que fiando en el quite de algunos espadas, es porque de esta manera cubren mejor el expediente; y aunque el arte se resienta y la afición padezca ¿qué importa?

Con caballos imposibles, con *maestros* que ni el dictado de aprendices merecen, las caídas al descubierto continuarán siendo semillero de desgracias, tema que fuerza dará á los argumentos de los antitaurófilos para zaherir con tenaz insistencia nuestra fiesta favorita.

Y entre tanto ¿qué hacéis vosotros, los que en primer término estáis llamados á luchar sin descanso en la extrema vanguardia por el esplendor del arte? Pues saliros por peteneras cuando tratáis (¿sic?) puntos de trascendental importancia; tocar el violón cuando debierais fustigar sin piedad á todo diestro que abandona el buen camino abusando de la hidalguía del que se gasta el dinero; emplear la falsedad y sofisma para ensalzar á quienes difícilmente rebasan el límite de las medianías; inventar absurdos garrafales para entorpecer, tarea vana, la marcha que la buena doctrina sigue en el ánimo de los aficionados libres de pasión. Y semejante proceder, ilógico á todas luces, demuestra, ó ignorancia ó mala fe en quienes antes que el arte colocan las afecciones personales, empleando para conseguir sus deseos, esto es, destruir la verdad, razonamientos y discursos que se dan de cachetes con la justicia. ¡Qué gloria tan grande convertirse en paladín

del engaño! ¡Qué cruel desencanto para los que fiando en las promesas de un programa ven que la realidad ocupa el polo opuesto! ¡Pobre arte, cuán malparado sales de manos de algunos que titulándose tus defensores trabajan sólo por labrar tu ruina!

EL CESANTE H

---

---

## EL CABALLO

---

Es de los caballos destinados á las corridas de toros de los que voy á hablar; de ese noble bruto que traídoramente se le lleva á la muerte, como muchos sensibles pregonan; de ese *útil* cuadrúpedo que con los ojos vendados es conducido al sacrificio.

El caballo de toros, débil armazón de huesos y piel, mísero andamio de ridícula osamenta, ha sido y será para los *sensibleros* la nota característica sobre la cual cimentan los más tontos y hueros razonamientos y la parte vulnerable contra la que han dirigido acres censuras.

La muerte de algunos caballos tísicos ha levantado tempestades de protestas, haciendo tronar las voces de sesudos personajes y á los miembros de ciertas sociedades, arrancando gritos y ademanes de bien fingido espanto, cuando todo el mundo sabe á qué carta quedarse en semejante asunto.

No todo lo que reluce es oro, no todo lo que se dice son misas; de modo que no empujar, caballeros, como dijo el andaluz del cuento, y vayamos por partes.

Concedido que es dolorosa la muerte de un animal que bajo ningún concepto la merece, máxime si se tienen en cuenta las circunstancias á que es debida ó motivada; conforme de toda conformidad que resulte algo duro tal espectáculo; pero de esto á tenerlo por repugnante, bárbaro, incivil, hay muchísima distancia.

El primer tercio, mejor dicho, la suerte de varas, es de todo punto indispensable en la lidia de reses bravas porque está destinada á quitar facultades y poder al toro; de modo que pensar en la supresión resulta ridículo, ya que las distintas suertes que en los dos restantes se practican no podrían llevarse á cabo, y para realizarlas es indispensable la clase de *torear á caballo*, ya que otra forma de más apropiadas condiciones no se conoce para el caso.

La vara de castigar, manejada por mano hábil, por jinete consumado é inteligente, adornado de cuantos requisitos la práctica ha demostrado de absoluta é indispensable necesidad en los que á tal profesión se dedican, es la salvaguardia ó escudo que defiende la vida de la cabalgadura; de modo que la matanza de caballos estará en razón inversa de la importancia ó méritos del picador.

Si éste se hállese en posesión de los conocimientos necesarios, el primer tercio sería una continuada serie de brillantes y vistosos lances, y no un panorama de asquerosidades y anacronismos artísticos.

A que desaparezca del espectáculo esa mancha que lo empaña deben tender las aspiraciones de todos los buenos aficionados, no consintiendo la más leve é insignificante adulteración.

Partiendo del principio axiomático de que picar no es pinchar en cualquier sitio del toro á cambio de po-

rrazo y caballo muerto, empezarán por exigir que los picadores sean gente idónea, á fin de que castigando al toro, sin estropearle, eviten en lo posible, con el inteligente manejo de la mano izquierda y apretando bien con la derecha para sacarse por delante á la res, el poco agradable espectáculo de ver llegar el bicho á la cabalgadura, destrozándola con terrible fiereza.

Colocada la puya en lo alto del morrillo, se puede sujetar la cabeza á la fiera, la vida del caballo no estar amenazada de tan inminente peligro, y aunque sea muy difícil encontrar hombre alguno capaz de resistir el encontronazo para evitar aquella consecuencia, las facultades físicas del jinete, multiplicadas por el conocimiento del arte, le darán una supremacía tal vez suficiente á contrarrestar el poder del toro.

Si para salir á la plaza se montan caballos que no pueden tenerse en pie, ni el arte, ni las facultades, ni los conocimientos del jinete servirán para maldita la cosa, desapareciendo, por inutilidad de aquéllos, los buenos deseos de todos y cayendo de lleno en el mar sin límites por el que navega el abuso.

Si deber de todos es procurar que el arte no decaiga, no menos obligatorio resulta el compromiso de evitar aquello que rebasando los límites de la legalidad revista á nuestra fiesta con los nauseabundos pingajos de lo asqueroso.

Esos caballos que sin poder sostener la silla tienen que aguantar el considerable peso del picador y que poco menos que arrastrando pisan la arena, obligándoles á mover sus atrofiados é inútiles remos ora la espuela, ora los terribles golpes de vara que un mozo de plaza les propina sin cesar; que se derrumban con estrépito aun sin llegar á besarles el toro, comprometiéndose con su inesperada caída la vida de un infeliz

que sale á picar por dos pesetas y diez céntimos, no debe consentirlos el público, porque el dinero no se gasta para ver desencuadernar hombres, no por herida del bicho, sino por lo que es más triste y reprochable, por defender, obedeciendo órdenes terminantes, las egoistas y ambiciosas miras de empresarios sin conciencia; esos caballos que con las tripas colgando producen náuseas aun al estómago más privilegiado al ver el repugnante surtidor que salpica las tablas con la titánica violencia que los ferrados cascos le imprimen, y que aún son sujetados para que de nuevo le ponga el picador frente á los pitones de la res, no debe bajo ningún concepto permitirlo el público, porque, sobre el sórdido interés están las atenciones que se merece, ya que con desprendimiento llena las taquillas de plata; á esos picadores que obstinados, ellos sabrán por qué, en montar caballos moribundos, entreteniéndolo la lidia, haciendo pasar tiempo, debe el público silbarles y el alcalde de plaza imponerles un correctivo para que semejante afán por *cumplir con su deber* se mantenga en los justos límites.

Porque el caballo, aun considerado como cosa inútil, *no debe tenersele* en tan poco, ya que como elemento intermediario en la consumación de una suerte vistosa, salva la vida de un hombre cuando en confuso grupo ruedan por la arena, mereciendo por semejante servicio un poco de atención por parte de quien la fiesta presencia, no sirviendo de atenuante la consideración á lastimar intereses ajenos.

Siendo notorio el interés que el aficionado en general se toma por arrancar de nuestra fiesta los detalles que por ser poco ó nada agradables la hacen repulsiva á los ojos de muchos, el mal concepto irá desapareciendo al comprender el justo interés de aquéllos, y así como

hoy es mirada con prevención por algunos, trabajando con incansable celo hasta conseguir el expurgo de lo que la hace odiosa, tal vez se consiga que mañana digan sus detractores: «Semejantes detalles, hijos del egoísmo, en nada perjudican al buen nombre de la fiesta, puesto que su existencia es debida únicamente al abandono ó desidia de las autoridades encargadas de velar por el más fiel y exacto cumplimiento de lo prevenido.»

Tales razonamientos, en boca de los que las corridas de toros critican, serán de valor inestimable para favorecer su aumento cuanto sea posible, porque aminorada la parte repugnante, abrirán fácilmente camino al entusiasmo, acabando por convertirse en partidarios acérrimos los que hasta hoy fueron sus más encarnizados enemigos.

La muerte, más ó menos aparatosa, que los caballos reciben, es lo que á muchos impresiona de un modo desfavorable, y como la tal es susceptible de reforma, si no lo bastante á borrar por completo sus malos efectos, al menos reducirlos á su más mínima expresión, creo que empleando todos los medios que se juzguen pertinentes, debe el aficionado procurar que las autoridades tomen cartas en el asunto, para que alentando y patrocinando tan simpáticas corrientes, obren con energía, no consintiendo el más pequeño abuso de los muchos que hoy tienen lugar en los circos durante el primer tercio, y muy especialmente en el servicio de caballos.

EL CESANTE H

---

---

## LOS PELOTEROS

---

Es costumbre harto arraigada en las novilladas, la de soltar *para los aficionados* que gusten bajar al redondel, dos ó más toros embolados, que en la casi totalidad de los casos son unos respetables *abuelos* con más gramática parda que raciones de hambre pasamos los cesantes; toros que no haciendo otra cosa que dar vueltas al redondel entre un enjambre de desarrapados, aprovechan la ocasión de encontrar al alcance de los pitones uno de aquéllos para de un testarazo romperle media docena de costillas, dando con ello motivo á los antitaurófilos á que pongan las corridas de toros de oro y azul, como vulgarmente se dice.

Ningún provecho, ningún resultado práctico para la afición se consigue con dicho espectáculo, y no creo que las empresas logren beneficios dignos de ser tomados en consideración; de modo que por este lado y sin temor á lastimar intereses, la autoridad superior de la provincia obraría muy cuerdamente y merecería plácemes mil si en uso de sus atribuciones y escudando sus actos en lo taxativamente consignado en algunas

Ordenanzas municipales, prohibiese corridas de tal índole, toda vez que los *aficionados* que salen al redondel son menores de catorce años (al menos en un noventa por ciento), no tienen por ocupación ú oficio la lidia de reses, ni mucho menos están dirigidos por persona competente: antes al contrario, aquellas oleadas de chiquillos que cual nube de moscas giran, corren, huyen, se revuelven, chocan entre sí como las olas de encrespado mar que el ábrego azota, ó como fantástico ejército de pavorosos espectros que en desenfrenada danza se pisotean, se trituran, se apabullan y destrozan, no ofrece otro espectáculo que el poco edificante de ver dar vueltas por el aire y caer sobre la arena algunos pequeñuelos, los que son devueltos, minutos después y casi moribundos, á los brazos de una desolada madre, la que en las terribles sacudidas que su corazón experimenta y entre el océano de lágrimas que de los ojos brota, lanza terribles maldiciones á los toros, á los toreros, á los aficionados y á las autoridades que permiten tales escenas de barbarie.

Y ese dolor sin igual que la madre siente al besar con afanoso delirio el casi yerto cuerpo del hijo, y cuya vida defiende con el calor de sus besos, es justo, muy justo, sin que á ella le quepa la más mínima parte de culpa en la desgracia que la atormenta, pues toda la responsabilidad gravita sobre las autoridades que no velan, cual deben, por la tranquilidad y sosiego de los vecinos.

Esos espectáculos groseros y repugnantes no se diga, no, que están autorizados con la presencia de los aficionados á toros, pues de seguro no asisten á presenciar asquerosidades tales el dos por ciento.

Es preciso desterrar de las plazas de Toros las moji-

gangas que al arte avergüenzan y el bárbaro espectáculo de los peloteros que le deshonran. El arte no gana nada, absolutamente nada, con ello: antes al contrario, se desprestigia, pierde muchísimo y acarrea sobre sí pruebas y datos que acabarán por hacerlo odioso y repulsivo.

¿Qué deleite, qué placer, qué agradable pasatiempo puede sentirse al contemplar como una y otra vez son volteados, pisoteados y conducidos á la enfermería chicuelos sin conciencia del acto que han realizado y con absoluta carencia de raciocinio que les permita sospechar las consecuencias que sobrevenir-puedan?

Aquellas risas y chacotas con que el público celebra el porrazo, el golpe formidable, ¿qué concepto merecerán á los que critican nuestra fiesta favorita?

No se diga, no, que las corridas de toros ó novilladas *formales* deben colocarse en el mismo orden de consideraciones, porque entonces habría que hacer lo propio con el albañil que desde un andamio colocado á incómensurable altura planta sobre la cúspide del templo el signo de la redención, y que al más leve descuido atraviesa el espacio, estrellándose contra las piedras de la calle; porque entonces habría que suprimir las compañías acrobáticas, porque el artista que sobre delgada cuerda practica arriesgados ejercicios pudiera venir al suelo y romperse la cabeza; porque entonces habría que suprimir las carreras de caballos porque el jinete pudiera ser despedido de la silla, quedando cadáver en la pista.

¿Pero á qué aducir ejemplos si en el ánimo de todos está que lo que se realiza sin orden ni concierto y con absoluta carencia de las reglas y preceptos que rigen á las artes todas, ha de ser deficiente, contrario á lo natural y opuesto á la lógica?

El toreo es un arte como otro cualquiera, tiene sus reglas fijas, invariables, y quien no le practica con arreglo á ellas no es torero, y por lo tanto no debe permitírsele se coloque ante un toro.

Los *peloteros* ni aun pueden ser considerados como elementos de enseñanza, como algunos dicen: porque ¿qué es lo que puede intentar con semejantes bichos el que siente verdadera vocación por el arte? ¿Qué suertes pueden practicarse con unos animales rodeados por abigarrada chiquillería y sin condición alguna de lidia?

Aquella batahola, aquella espantosa confusión, aquel terrible desorden que reina en el redondel; el continuado correr del toro buscando sitio por donde escapar al martirio que se le hace sufrir, ¿permite acaso que nadie intente algo de provecho?

Créanlo cuantos por facilitarse una distracción, una tregua á sus trabajos ó un lenitivo al tedio y mal humor, acuden á la plaza el día que se celebran tales funciones: no asistan á ellas, porque además del poco favorable concepto que merecerán de los buenos aficionados, ayudan inconscientemente á desprestigiar lo que tanto se ama, y tan grandísimo interés hay para que no decaiga; mírenlas con despreciativa indiferencia y acabarán por desaparecer de nuestras plazas de Toros esas nubes que velan en parte la brillantez de nuestra fiesta y no tendrán que lamentarse desgracias que, si bien somos ajenos á ellas, no dejamos de tener alguna parte de culpabilidad, tanto por haberlas sancionado con nuestra presencia, como por haberlas fomentado y protegido con nuestro dinero.

Si dejamos este punto y dirigimos la vista á las becerradas, que tienen lugar siempre con un fin benéfico, y en las que toman parte gentes que si poseen muy

arraigado en el santuario de su pecho el noble sentimiento de la caridad, encuéntranse en cambio huérfanos de conocimientos taurinos, ¿qué perspectiva es la que el cuadro ofrece? ¿Son acaso más simpáticas las tintas que le dan vida y animación?

No, mil veces no.

Así como soy partidario de que ningún diestro tome parte gratuitamente en las corridas de beneficencia, por razones que están al alcance de todos y que no creo pertinentes en este lugar, de la propia manera soy enemigo de que las puertas de la plaza se abran para otros que no sean toreros de profesión.

Aunque en dichas novilladas se lidian animales destinados al Matadero, y por tanto sin condiciones para la brega, y aunque esto parece redundar en abono de los que por entusiasmo y bellos sentimientos salen á pisar la arena, creyendo que no siendo toros de casta el peligro no existe, no debo conformarme con tal proceder, muy digno, sí, pero al propio tiempo improcedente á todas luces, máxime cuando los peligros subsisten desde el momento que el toro embiste, porque no poseyendo arte alguno los que en el redondel se encuentran, carecen de conocimientos para librarse al menos del encontronazo que estropea ó inutiliza á un hombre, y entonces tienen lugar las amargas reflexiones que en momento de loco entusiasmo no acudieron á la imaginación.

Además, es tan exigua la cantidad que en tales funciones se recauda líquidamente, que aun prescindiendo de que el céntimo siempre es grato al necesitado, no vale la pena de que por ello pierda la vida un hombre ó quede inútil (abstracción hecha de todo sentimiento egoísta).

De modo, que dejando á un lado lo meritorio de la

acción y mirando la cuestión bajo su verdadero punto de vista, las novilladas hechas en beneficio de un ser que gime en la horfandad ó la miseria más espantosa, al propio tiempo que la mitigan en parte, pueden abrir cruenta herida en el corazón de personas hasta entonces felices, destruyendo la paz y alegría de otro hogar.

Sin dejar, pues, de considerar á las corridas de toros como fuentes inagotables de caridad, organicéense en buen hora cuantas crean necesarias para aliviar la miseria de una viuda cargada de familia, de un amigo inutilizado, de unos huérfanos desvalidos; pero para ello búsquese á gente del *oficio*, manifiésténles el objeto de la función, no se les pida trabajar gratis, pues nunca los toreros se han negado á rebajar considerablemente el importe de sus ajustes cuando la caridad hacia ellos ha vuelto sus ojos preñados de lágrimas, tendiéndoles al propio tiempo la temblorosa mano que en nombre de Dios pide una limosna.

De este modo, y así como hoy asisten cuatro chiquillos á la plaza, guiados sólo por el afán de tirarse al redondel al primer descuido, dando lugar con su atrevimiento á que los representantes de la autoridad desempeñen un ridículo papel, obrando de otra manera, los aficionados contribuirían con su óbolo á la obra de caridad con tanto mayor placer, toda vez que al propio tiempo satisfacían su deseo; no habría quizás que lamentar desgracia alguna, no se presenciarían espectáculos poco edificantes, el toreo continuaría siendo lo que debe ser, y sus enemigos no tendrían medios de zaherirle, y el objeto principal, ó sea la obra benéfica, realizada por completo y con mayores beneficios de los que hoy se consiguen.

Creo, sin género alguno de duda, que tal deben sentir los aficionados; y siendo así, con un pequeño esfuer-

zo, con una poca voluntad, podrían desterrarse de las plazas de Toros esas funciones origen de desgracias, semillero de disgustos y causa de algún grave conflicto.

EL CESANTE H

Valencia 23 Diciembre.

---

---

## EL COLEO

---

Es para muchos el acto de colear á un toro cosa de importancia secundaria, sin duda porque abrigan la convicción de que la res no sufre con él ni pierde facultades, cuando precisamente ocurre todo lo contrario, por ser una de las suertes que mayor destronque las hace experimentar, y de ahí que los inteligentes aconsejen que el tal debe únicamente emplearse en circunstancias críticas y por el tiempo indispensable á que el diestro que en peligro se encuentra pueda ponerse á salvo.

Generalmente suele practicarse para libertar á los picadores de una cornada en esas caídas en las cuales al quedar al descubierto y no obedecer el bicho al engaño, el espada ó quien está al quite echa mano del único recurso posible, y para ello se acerca al animal y agarrándole por la cola, y colocándose junto á las ancas hace fuerza en sentido vertical, impidiendo de este modo la cogida, toda vez que en casi su totalidad neutraliza los esfuerzos de la fiera.

Esta, al sentirse molestada, se revuelve con afán de

coger, y entonces el diestro, con el cuerpo cerca de los pitones de ella, sujetándola fuertemente por la cola y siguiendo la marcha giratoria que emprende, prolonga la suerte el tiempo necesario, finalizándola, por regla general, cuadrando en la cabeza.

Es suerte lucida y de aplausos seguros.

Demuestra en quien la practica certero golpe de vista para adelantarse al peligro, y es de mérito y bastante exposición, porque distintas veces he presenciado salir como disparado rodando por la arena el que quiso colear por no poder resistir la rapidez del movimiento, ó por haberse asegurado mal, y en este caso el buen deseo proporciona una desgracia, hija únicamente de las deficiencias del toreo.

El coleo, no considerado como suerte, porque en realidad no lo es, puede practicarse con toda clase de toros; es un accidente de la suerte de varas en la mayoría de los casos; accidente cuya principal resultancia es salvar la vida de un hombre, y por lo tanto, lo mismo la hace peligrar el toro cuando es boyante, revoltoso, parado, etc., etc.; de modo que las condiciones especiales de la res para nada influyen en su ejecución.

Aunque en una corrida de toros preséntanse ocasiones mil en que cada individuo realiza actos de temerario arrojo y soberano desprecio de la vida, actos que le colocan á dos dedos de la muerte, no entusiasman tanto algunos de ellos, no electrizan tan mágicamente al espectador, sin duda por ser menos aparatosos, como él que representa ese momento, asaz pequeño por necesidad, en que un espectáculo grandilocuente se desarrolla ante las atónitas miradas del espectador.

Un toro de poder, duro, pegajoso, derriba con estrépito caballo y jinete; el picador, sin tiempo para deses-

tribar, queda sujeto por la cabalgadura y expuesto á una cornada, ya que el bicho, ciego por el coraje, derrota sin cesar.

Colocado el desgraciado jinete entre el caballo y la valla, hace esfuerzos inauditos, en vista de lo inminente del peligro, para cubrir su cuerpo con el cuello y cabeza del moribundo animal, tirando violentamente de las riendas.

La ceguedad del toro, que loco por la rabia no sólo emplea sus potentísimas armas, si que también con pies y manos castiga á su víctima, aumenta el peligro, ya que va derivando, en su terrible furor, hacia el lado que menos dificultades opone á su furia, é inconscientemente se acerca al sitio que el picador, preso por indestructible cepo, contempla con mirada recelosa como los pitones, á dos palmos de su cuerpo, suben y bajan al cornear.

Ve los esfuerzos que hace el matador para llamar la atención del toro con el engaño hacia el terreno de fuera; contempla al público de pie sobre las gradas, preso de espanto, inclinarse hacia adelante, con los ojos desmesuradamente abiertos, los labios descoloridos y la respiración fatigosa, identificándose en el peligro, haciéndose solidario de su temor y ansiando por momentos que el astado bruto sea apartado de allí; en sus oídos repercuten los angustiosos gritos que parten de distintos puntos de la plaza, gritos que producen en su cerebro ruidos cavernosos; siente que el corazón acelera los latidos, hasta que por último respira con satisfacción al ver que el espada, convencido de que el toro no obedece, agárrase á la cola, y con tal fuerza tira de ella, tal daño sufre el animal, que por necesidad abandona la víctima y acude á defenderse de aquel estorbo que tanto le perjudica.

En imponente grupo giran el diestro y la res, el servicio de redondel acude presuroso y á fuerza de tiros saca al picador sano y salvo de bajo del destrozado é inerte caballo. Sacude aquél tres ó cuatro veces los hombros, levantando los brazos por el codo, sin duda para cerciorarse de que está libre de rotura y amoldarse á las espaldas la brillante chaquetilla, que al rodar por el suelo se descompuso; sonríe de satisfacción mientras recibe de manos de un mono sabio el abollado sombrero; envía una sonrisa de satisfacción *  su matador*, que de tan grave peligro le ha sacado, y al propio tiempo que saluda al público marcha con apresuramiento, imprimiendo fuertes sacudidas   todo el cuerpo, en busca de nuevo caballo y preséntase otra vez en suerte y quizás   sufrir de nuevo las mismas crueles emociones que acaba de experimentar.

Aquella cruel ansiedad, aquella mortal zozobra que durante breves segundos ha destrozado el corazón de los espectadores,  no obtiene crecida y satisfactoria recompensa con la indecible alegría al ver al toro sujeto de tal manera que ni casi moverse puede? La ruidosa ovación que al espada se tributa, sincera, leal,  no es la mejor recompensa que so arse puede?

El coleo pasado, esto es, continuado sin necesidad, qu tale mérito   importancia si al desaparecer el peligro sigue el diestro agarrado   la cola del bruto, porque demuestra la intención deliberada de estropearle, y esto para los inteligentes es motivo de censura.

Es imposible exista aficionado alguno que no haya tenido ocasión de presenciar coleos ya silbables, ya aplaudibles; así es que juzgo innecesario relacionar ninguno, pues es suficiente saber que tal acto realizase únicamente para salvar la vida de un compañero, y que por lo tanto representa una envidiable nota más  

las muchas que ostentan los toreros en sus brillantes historias.

Teniendo en cuenta que el coleo debe practicarse única y exclusivamente en caso de notoria exposición, dicho se está que ésta tanto puede presentarse durante el primer tercio como en los demás; así es que cualquiera que sea la ocasión, debe llevarse á cabo por absoluta necesidad, teniendo siempre presente cuanto respecto al mismo queda dicho.

De los muchos que he tenido ocasión de presenciar, ninguno me demostró tan palmariamente lo útil y convenientes que son, así como la indispensable y necesaria oportunidad que debe precederles, como el que en la segunda corrida de feria del año 91 tuvo lugar en Valencia, hecho por Juan Molina á su hermano Lagartijo.

Convenientemente preparado el primero de la tarde, llamado *Regatero*, del duque, arrancóse Lagartijo, cayendo de espaldas al encontronazo. El bicho metió la cabeza, la cornada era segurísima, cuando, rápido como el pensamiento, Juan se agarró tan fuertemente á la cola del animal, de tal modo le sujetó, que falto de facultades casi pudo tocar el pecho del matador, quien con gran serenidad habíase cogido al pitón derecho.

Por más que también acudieron Ostión y Antolín y con los capotes trataban de sujetar la cabeza al toro, era poco menos que inútil, ya que tan bien sujeto estaba.

Que es siempre muy conveniente la intervención de un capote, no creo necesario demostrarlo, porque en el primer momento la fiera, ciega en el objeto que la atrae, no se dá cuenta del daño que se la causa, y entonces desempeña importantísimo papel; pero una

vez distraída del sitio del peligro y pronta á girar buscando al que la sujeta, entonces ya su intervención desaparece y queda en guardia, digámoslo así, por si ocurriese el accidente probable de que el coleador cayese, bien por resbalar ó por escapársele las manos.

Creo, sin género alguno de duda, que las palmas y ovaciones que mejor deben saber á los diestros son aquellas que se les tributan por un público ebrio de entusiasmo, electrizado por el sublime acto de libertar á un compañero que indefectiblemente iba á ser destrozado por los acerados pitones de un berrendo; acción-doblemente meritoria por cuánto al realizarla expónese á perder su vida.

Si alguna vez en las corridas de toros encuentro justificadas esas gigantescas muestras de admiración y entusiasmo condensadas en aplauso prolongado y nutrido, sin duda que la tal será cuando con los ojos humedecidos presencio la consumación de un coleo hábil, inteligente y oportuno; porque la tensión en que el espíritu ha permanecido breves segundos sufriendo mortal congoja y lacerando los pulmones en fuerza de contener la respiración, autoriza, pasado el peligro, á cobrarse con creces los suplicios experimentados. Y de qué mejor manera resarcirse que en pie sobre el asiento, dejando escapar por los ojos oleadas de entusiasmo, dirigirse al que tal hizo, y al propio tiempo que se le arroja el sombrero, clamar balbuciente: ¡Olé los toreros de inteligencia y de mérito! ¡Bendita la madre que al arte dió héroes!

EL CESANTE H

---

---

## OIDO A LA CAJA

---

El presidir una corrida de toros es la cosa más fácil y la más difícil. Ocurre en dicho espectáculo lo que en todas las cosas de la vida; son fáciles después de conocidas y sumamente difíciles cuando se ignoran; de ahí que el que se presente en el palco presidencial, ora sea Gobernador, ora Alcalde, ó simplemente concejal, si no sabe lo que lleva entre manos está expuesto á sufrir las grandes *broncas* y á contribuir con su torpeza é ignorancia á que el pueblo soberano, en uso del indiscutible derecho que le asiste, haga ciertas demostraciones que algunos califican de poco cultas.

Nada más lejos de la verdad que semejante aseveración, porque el que paga quiere que se le sirva bien; porque el que paga no debe permitir que se le engañe, y si el que preside ignora lo que es una corrida de toros, antes que presentarse en el palco, donde tan sólo le aguardan disgustos y quizás responsabilidades, debe renunciar á dicho cargo y quedarse en casa quietecito ó marcharse al café.

Reciente está todavía la imponente manifestación

que en cierta plaza se hizo por no haber obrado el presidente con conocimiento de causa; doloridos estarán quizás todavía algunos diestros y mozos de mulas por los convincentes argumentos que los espectadores les dirigían; y todo ¿por qué? pues por la ineptitud que en algún toro demostró quien presidía la plaza.

Enemigo soy de que el público lance al redondel asientos, botellas, ladrillos, etc., objetos que casi siempre hieren al que menos culpa tiene; pero al mismo tiempo que esto digo, comprendo también ser cosa poco menos que imposible contener en los justos límites al torrente que se desborda, á la enorme avalancha que de inconmensurable altura rueda con vertiginosa rapidez hacia el precipicio.

Cuando en la atmósfera se acumulan los nubarrones, cuando el ambiente se hace por momentos irrespirable, el calor aumenta, el bochorno sigue en progresión ascendente y se respiran grandes oleadas de electricidad, es que la tormenta está próxima á desarrollarse con pavoroso ímpetu; tal sucede en el campo de la afición. Un día y otro día vese chasqueado el espectador; un día y otro día es víctima del engaño; un día y otro día se encuentra burlado; un día y otro día lanza innumerables quejas, sin que los llamados á poner remedio hagan otra cosa que reir y burlarse de aquello que juzgan, en su ceguedad, como jermiadas ó inofensivos desahogos de la impotencia; un día y otro día pide lo que en justicia le corresponde, y como está ya cansado de ser despreciado; como unas veces por culpa de las empresas, otras de los ganaderos, otras de los diestros y otras por todos á la vez, ha optado por reconcentrarse, ha ido almacenando en el santuario de su alma todos los engaños y sinsabores que durante largo tiempo le han tirado al rostro; ha

encerrado en el fondo de su pecho cuanta hiel le han hecho tragar, y como ya el recipiente está lleno, como al dilatarse los gases al sentir el calor de la indignación necesitan una salida y de no tenerla amenaza estallar el depósito en fragmentos mil, de ahí que, no hallando otra forma más apropiada para demostrar el disgusto que les domina, acaben, al ver alguna injusticia, por lanzar al ruedo todo lo que á mano encuentran, sin que en aquel crítico momento de ceguedad é indignación la razón les permita raciocinar con acierto.

Bien mirado se fundan en parte.

Destrozo de plaza para castigar el bolsillo del empresario; lanzamiento de asientos y botellas para impedir que los diestros obedezcan una orden mal dada, y silba terrible, epítetos duros al que se mete á mandar en cosas que ignora por completo.

¿Tiene razón el público en obrar de semejante manera?

Conteste cada cual según su conciencia le dicte.

Si el presidente es una autoridad local, desde el momento que toma asiento en el sillón del palco pierde tal carácter, no es tal autoridad, es únicamente el ordenador de la buena marcha del espectáculo y por lo tanto, el principio de autoridad no queda rebajado, no es pisoteado, no sufre desprestigio alguno si el público le silba ó apostrofa. ¿Conserva tal carácter? pues pónganse los medios para que no se le silbe ni avergüence.

¿Tiene acaso obligación de ser inteligente en toros? No y no.

Un alcalde puede ser un médico famoso, un abogado experto, un ingeniero inteligente y al mismo tiempo ser también un mal aficionado á toros.

¿Desmerecerá algo en el buen concepto del público

porque no sepa lo que es un recorte? No y mil veces no. ¿Puede quedar rebajada su dignidad, empañado su buen nombre porque se le tribute imponente silba y le repitan hasta la saciedad el estribillo de «No lo entiende, no lo entiende?»... No y no, porque los que tal dijieran demostrarían no tener ni aun sentido común.

El que preside debe por lo tanto ser persona inteligente si desea obrar con acierto y evitarse broncas fenomenales, porque no sólo le incumbe la dirección del espectáculo, sino que también debe intervenir todos cuantos actos con él se relacionan y estar enterado de cuanto de puertas en adentro ocurre.

¿Se cuidan hoy los presidentes de adquirir la certificación del estado de las reses, ganadería á que pertenecen, pelo y orden en que deben lidiarse? ¿Están enterados de que el ganado dispuesto para la lidia es todo de recibo? ¿Saben, acaso, al sentarse en el sillón, si los caballos son á propósito y si han sido reconocidos? ¿Saben si los hierros de las garrochas son de la longitud adecuada según la época y si los topes tienen la forma prevenida? ¿Al agitar el pañuelo ordenando dé principio la función, saben ya cuáles son los derechos y deberes de cada uno de los individuos que hay en el redondel, para hacerlos cumplir sin contemplación alguna?

¿Sabe el presidente que desde el momento mismo que envía el tercer aviso al espada, éste y toda su cuadrilla deben retirarse para que los cabestros se lleven el toro al corral, y no consentir los repugnantes espectáculos que se presencian al ver mechar á un toro pinchándole á mansalva? ¿No saben que semejante proceder por parte de algunos matadores, además de criminal, es un acto de grave desobediencia y por lo tanto digno de severo castigo?

Cosa difícil es en verdad presidir una plaza de Toros por las muchas y absurdas pretensiones de los ignorantes; pero estas dificultades no tienen razón de ser si el presidente lo entiende y sabe con oportunidad ordenar lo necesario en las distintas fases porque el espectáculo atraviesa.

De presidir la plaza un hombre ignorante llegará un día en que el público, harto ya de sufrir con resignación estóica tanto abuso, acabe por cometer una barbaridad y entonces serán los lamentos.

DESPERDICIOS

---

---

## ¡¡AL CORRAL!!

---

Palabra fatídica, frase terrible que debiera sonar en los oídos del matador de toros con más lúgubre sonido con que las agudas notas de la trompeta apocalíptica repercutirá el día de la suprema reparación en los del que en su vida tuvo la conciencia con más sombras que manchas ostenta traje de cocinero de figón.

Y esto que debiera ser, no es, pues cansado estoy de ver retirarse al estribo de la valla, pero tan frescos y satisfechos, á ciertos matadores que hoy se estilan, después de haber dado muerte, pero de una manera vergonzosa, al toro que sin traerse nada de particular pudieran matar en forma debida, y que el presidente, visto el mucho miedo, crasa ignorancia y poca vergüenza domostrada, ordena salgan los cabestros y retiren del redondel aquella víctima de la ineptitud de un diestro que, excepción hecha del traje, ni tan sólo sirve para mozo de cuadra.

¡Al corral!... ¡Qué vergüenza para un torero!... ¡Qué bochorno tan grande para el que, puesto en el redondel frente á un toro, con muchas *hechuras*, mucha *tri-*

*pita*, y por cobarde é inepto, el público le obliga á retirarse y por inútil le despidel

¿Cabè mayor deshonor para un militar que la nota de cobarde? No. Pues mayor deshonra debe ser para el matador de toros á quien le manden el toro al corral.

Mirada la cuestión bajo ciertos puntos de vista, no encuentro atenuante alguno, porque aun en los casos más desfavorables, recursos debe tener todo el que sabe lo que lleva entre manos para poder salir airoso de su empresa; y si no, debe esconderse en un rincón donde nadie le vea, después de arrojar, cual nueva Magdalena, las *galas, fachenda, tronío* y demás *aquel* que se traía y que tan malparadas quedaron en el momento crítico.

Si difícil es regular el tiempo necesario para dar muerte á un toro, por las condiciones especiales que puede presentar en el trance final, nada dificultoso creo poder señalar plazo prudencial que á juicio del que preside el espectáculo pueda buenamente concederse; y si transcurrido éste el toro no está en disposición de ser arrastrado, sin contemplaciones de ningún género se ordenará el tercer toque de aviso, y entonces, si tienen lugar esos espectáculos vergonzosos que hoy se presencian, tanto por parte del matador clavando estoques hasta en las pezuñas del animal, como el resto de la gente, que provista de todas armas pincha á mansalva; antes que consentir esto, repito, el alcalde de plaza, cumpliendo el mandato presidencial, ordenará al matador que se retire, y si no obedeciese, por desacato á la autoridad y por desprecio al público, lo mandará á la cárcel terminada la función, imponiéndole una fuerte multa, la que previa la debida publicidad, para mayor vergüenza del diestro, se dis-

tribuirá entre los pobres ó establecimientos benéficos.

Este proceder, además de ser un castigo por desobediencia á la autoridad, sería una justa reparación al público, que no se gasta el dinero para que le engañen. Bastantes engaños sufre ya por otros conceptos.

¿Qué se diría del picador que después de haber estado *desgraciado*, como hoy dicen algunos, en vez de *maleta* y muy *maleta*, al sonar el clarín ordenando el cambio de tercio se empeñase en seguir picando, sólo porque su trabajo había sido hasta entonces una lamentable serie de marronazos?

¿Qué se diría del banderillero que al ordenar el cambio de tercio intentase seguir pareando, sólo porque en el turno debido no hizo otra cosa que salidas en falso, trazar en el espacio con las banderillas signos cabalísticos, y si metió los brazos fué tan sólo para clavar los palos en cualquier sitio, saliendo de estampía en busca de las tablas, lanzándose de cabeza al callejón?

De seguro que la *ovación* sería colosal, amén de otra cosa peor que pudiera seguirse.

Si á éstos el público se les echa encima, ¿por qué no se extrema semejante rigor con el que creen ó llaman maestro? ¿No cobra por su trabajo una cantidad que no guarda justa relación con la mísera retribución de aquéllos?

Nada... nada... El trabajo debe estar en relación directa de la ganancia é importancia y *tronío* que se *traiga* el *mataor*; todo lo demás son paños calientes que para nada sirven.

El público que paga y acude con afán á presenciar su fiesta favorita, después de haber llenado de plata las taquillas, debe imponerse hasta abolir en absoluto tales actos de barbarie y escenas tan repugnantes,

actos y escenas que sirven de argumentos incontrovertibles á los que critican las corridas de toros.

Para ello es preciso que así como el cambio de los distintos tercios se anuncia á son de clarín, los avisos respectivos se den en la propia forma, y lo que hoy para muchos pasa desapercibido, entonces no sería ignorado, resultando de ello que la orden del alcalde de plaza veríase confirmada y robustecida además por la opinión del público, quien con su actitud imponente evitaría que la gente del redondel, por un resto de vergüenza (¿sic?), intentase actos impropios de ser realizados por hombres que gastan pelo trenzado.

Si hay complacencias subsistirán los abusos; si hay vigorosa energía podrán cortarse de raíz chapucerías tales; de todos modos, nadie es culpable más que el público, y á él toca obligar á los diestros que trabajen á conciencia.

Obrando así, el arte será lo que deba ser, y si los aficionados continúan encerrados en ese círculo de fría indiferencia que hoy les envuelve y siguen de hinojos prestando idólatra adoración á los falsos ídolos, no se quejen nunca de que son engañados, porque entonces, parodiándolo, les repetiré aquella célebre frase que de labios de su madre escuchó el débil rey de Granada:—«¡Llorad como débiles mujeres la pérdida de lo que no habéis sabido defender como hombres!»

EL CESANTE H

---

---

## LOS AVISOS

---

«No se rompe por delgado, sino por gordo y mal hilado», dice un antiguo refrán, verdadero en un todo, como ocurrir suele con la mayor parte de ellos; y digo esto á propósito de lo que se contesta por algunos cuando al hablar del último tercio se nombran los *avisos*, pues mientras hay partidarios que patrocinan la idea de que sean dados por toques de clarín, otros opinan debe seguir la costumbre actual, esto es, avisar por conducto de los alguaciles.

Esta divergencia de apreciación en la forma ó manera de hacer saber al espada que va transcurrido el tiempo prudencial que debe emplear para dar muerte á la res, demuestra que los que la segunda fórmula defienden no están lo suficientemente capacitados de la importancia del asunto.

Si el presidente da el primer aviso á los *diez* minutos de haber desplegado el matador la muleta frente al toro, puede ocurrir que se encuentren en el extremo opuesto del redondel, y mientras el alguacil va en busca de lugar á propósito y llama á un peón cual-

quiera para que sirva de correo á la noticia, han pasado, quizás, dos minutos más, y como al público no le consta cuando la autoridad presidencial se puso al habla con el alcalde de plaza ó encargado de transmitir las órdenes, armará bronca por la tardanza, porque es evidente que ha de computar la advertencia desde el momento que nota—si es que hay quien se fije en ello—los movimientos y ademanes que aquel subordinado hace con brazos y bastón desde la valla; lo propio sucederá respecto al segundo, y en cuanto al tercero nada hay que decir, pues ocurre con sospechosa frecuencia que los cabestros, aun abiertas las puertas del toril en el acto mismo de tener orden para ello los encargados, tardan media hora todavía en pisar el redondel, dejando más que tiempo suficiente al espada para hacer cuanto quiera con la res, encubriendo su criticable conducta con el oficioso barullo que la cuadrilla promueve al ver abierto el chiquero.

Los pocos aficionados que han tenido la curiosidad de consultar el reloj notan semejante retraso, y claro es, critican la tardanza del presidente, atribuyéndola, no á las causas enumeradas, sino á simpatía por el matador, afirmándose más y más en sus creencias al ver lo pesada que resulta la operación de sacar los *abuelos*, y de ahí que la malicia de los que pagan, creyéndose víctimas del abuso, por los continuados fracasos que lleva experimentados, señale como culpable de faltas á quien ni en sueños puede habersele ocurrido la idea de que en un acto tan sencillo, á simple vista, cabe la falsía y la doblez.

Ocurre también con frecuencia que muchos espectadores, abstraídos en la contemplación de lo que ocurre en el redondel, pierden la noción del tiempo, no se aperciben del que pasa ni parado mientes en las señas

del alguacil; así es que sin obedecer á otras causas que á sus instintos, no pudiendo juzgar con certeza, toda vez que la memoria no les puede facilitar datos legales, hablan según la pasión les dicta, y mientras éstos alegan precipitación en la presidencia, aquéllos, al contrario, la acusan de parsimonia, arrancando de aquí las alabanzas ó censuras que tan sin ton ni son se tributan por la mayoría de los que asisten á la plaza.

Es también muy conveniente para los espadas que los avisos no sean casi secretos, como hoy sucede, porque bien pudiera ocurrir que disgustados sus enemigos por el buen trabajo hecho durante la lidia, trabajo que les impediría la censura y silbidos injustificados, hicieran hincapié en la tardanza en ser avisado sacando partido de ello para desprestigiarle sin fundamento alguno.

Ya que la justicia debe aplicarse por igual, en evitación de torcidas conjeturas y afirmaciones destituidas de fundamento, varíese la forma de avisar, empleando para ello los toques de clarín, para que todos se aperciban, y si una vez hecha la tercera señal, aunque los mansos no estén en el redondel, el matador no se retira de la cara del toro, atribución tiene la autoridad para castigarle fuertemente.

Empleando este sistema desaparecerían muchas dudas y las enconadas discusiones respecto al proceder de la autoridad no tendrían lugar, ni mucho menos esas maliciosas suposiciones y esos dañinos comentarios que algunas veces comprometen la seriedad y buen nombre de los presidentes.

¿Qué razón poderosa hay en contra para que los avisos al matador sean dados por el clarín? ¿No se anuncia la salida del toro en esta forma? ¿No se em-

plea igual medio para que dé principio el segundo tercio? ¿No indican el tercero las notas de aquel instrumento? ¿Por qué, pues, variar de sistema en un acto de tal importancia? Francamente, no lo comprendo.

Ya sé yo que es altamente mortificante para un diestro que se encuentra frente á un toro de esos que hacen sudar, que le digan: «el presidente que abrevie usted;» y como idéntica sensación sufrirá al oír el clarín, ó algo mayor en este caso si se quiere, siempre es conveniente se le avise en la forma dicha, porque en ciertas circunstancias el temor á escuchar las fatídicas notas puede servir de acicate al amor propio.

Si el presidente ordena avisar antes de tiempo, el público todo se apercibe, y entonces la silba á su ignorancia ó precipitación disminuye, ó borra quizás la impericia del matador, sucediendo lo propio en el caso contrario; de modo, que puesta la presidencia en esta alternativa, por precisión ha de amoldar sus decisiones á la más severa imparcialidad, obteniéndose con ello beneficio en pro del arte y aplauso sincero de la opinión.

Objétase por algunos que aun reconociendo lo dicho como verdad indubitable, es de necesidad en ciertas ocasiones no tener la cuerda tan tirante, *no hilar tan delgado*, y como los argumentos de que se valen para defender tan peregrina teoría no descansan sobre un terreno firme, ayudan, tal vez sin quererlo, á que en el ánimo de muchos se arraigue con mayor tesón la idea de que los avisos deben darse á toque de clarín.

Dice el artículo 70 del Reglamento vigente para las corridas de toros: «A los *quince minutos*, contados desde que se coloque el matador ante el toro, aquél se retirará al estribo de la barrera y dejará la res para

que sea conducida al corral.— *Un toque de clarín* anunciará haber pasado dicho tiempo y servirá para que el puntillero muestre al público desde el callejón la *media luna*, para ludibrio del espada, etc., etc.»

Muy bien; es imposible ni más claridad ni más concisión. Pero se me ocurre una pregunta: ¿es suficiente el tiempo señalado para poder dar muerte á toda clase de toros? Sí y no: y digo esto, que para algunos parecerá paradógico cuando en verdad no lo es, porque antes de dar contestación es necesario tener en cuenta muchos detalles y circunstancias.

Partiendo del principio de que el torero que se encuentra delante de la res con estoque y muleta es un matador de cartel, con su correspondiente alternativa, un *maestro*, en una palabra, adornado con todas cuantas buenas condiciones quieran concedérsele, aunque el bicho reuna las peores y más dificultosas, los quince minutos á que hace referencia el citado artículo 70 son tiempo más que sobrado para darle muerte; pero al contrario, si es uno de esos muchachos que con gran dosis de valor, mucha serenidad y exiguos conocimientos van rodando por esas plazas matando por cuatro cuartos toros viejos y resabiados, entonces aquel lapso de tiempo se me figura corto y dignos por mil conceptos, no sólo á la benevolencia del público, sí que también á una prórroga prudencial.

Reses claras, nobles y acudiendo bien al engaño, se las ha despachado en un minuto cuando el matador, no queriendo poner cátedra, ha empleado solamente los pases indispensables para cuadrarlas, y cinco ó seis cuando al ser muy huída y recelosa, ha trabajado á conciencia con objeto de abreviar, cumpliendo al propio tiempo con lo prevenido.

De todas maneras, los recursos que el conocimiento

de las reses y del arte facilitan al diestro, le servirán para que sus oídos no perciban el punto largo del clarín, y si muchas veces ocurre que para despachar un toro que reúne todas las favorables condiciones apetecidas se tarda un tiempo excesivo, es debido, en primer término, á que el matador, conociéndolas, abusa de la muleta para que el público se entusiasme con tantos primores y filigranas y le ovacione por aquel trabajo extra.

Diez minutos es tiempo más que suficiente para despachar á un toro que se presenta en buen estado, haciendo un trabajo que arranque aplausos, y si es dificultoso é impide, como es natural, la fina labor, ahí de los recursos que el arte enseña.

Muchas más razones pudieran aducirse que demostrarían hasta la saciedad la conveniencia de que los avisos se dieran por toque de clarín, pero en vista de que este articulejo va resultando algo extenso, terminaré diciendo: teniendo en cuenta los derroteros que al arte se le obliga á seguir, deber de los buenos aficionados es fijarse en todo, por nimio que parezca, estudiándolo con detención hasta conocer los ocultos resortes que tuercen la ordenada marcha del espectáculo.

EL CESANTE H

---

---

## CASO DE CONCIENCIA

---

Hemos llegado á encontrarnos en una situación tan difícil, que es de todo punto imposible entendernos.

Por un lado, censuras á los ganaderos, por creerles únicos causantes de los abusos que tienen lugar; por otro, amparo y protección, defensa á capa y espada de los criadores de reses bravas; aquí, fuerte clamoreo de quejas y denuestos contra la gente de coleta; allá, tempestad de aplausos y alabanzas; el humo del incienso y el rumor de la adulación á los empresarios amalgamándolo con las quejas é imprecaciones contra los que explotan el negocio; gritos y silbidos, aplausos y lisonjas, y en tan infernal batahola, en tan caótica confusión el espíritu del aficionado fluctuando indeciso, incierto, imposibilitado de acogerse á una ú otra opinión.

¿Quién tiene la razón? ¿Quién defiende la mejor causa?

Podrán los ganaderos decir que son víctimas de las exigencias de diestros y empresarios; podrán los toreros y las empresas pregonar que están uncidos al carro

de la ambición de los criadores de reses bravas; podrán afirmar los que toman parte en la formación y desarrollo de una corrida, cada cual en su esfera de acción, que están cohibidos, avasallados y triturados por los demás; podrán alegar todos que las *exigencias* del público les tienen á mal traer ocasionándoles pérdidas, disgustos y contratiempos; podrán ciertas publicaciones poner la proa á unos para mejor defender á otros, sea ó no justa la defensa ó el ataque; podrán, por último, los partidarios de distintas personalidades alimentar odios y rencores, mentiras y farsas con la exclusiva idea de ensalzar al ídolo respectivo en detrimento del contrario; pero todas esas razones, todas esas excusas, no serán suficientes, no, á torcer la opinión, hoy generalizada, de que sólo el egoísmo guía el espíritu de quienes para mejor conseguir sus afanes han de sembrar el descrédito de los demás si quieren alcanzar lo que se proponen.

Diestros convertidos en empresarios y en tratantes de ganado; diestros que alucinados por el negocio avasallan á todo el mundo con escandalosas imposiciones, despreciando el arte y consideraciones que el público se merece; ganaderos que sólo tienen de tales el nombre; ganaderos que de un buey inválido piden con sin igual frescura seis ó siete mil reales, mas derechos de cabestraje y otras gabelas; ganaderos que se rodean de media docena de parásitos que por llenar la barriga escriben bombos y más bombos; empresarios que sólo atienden al mayor lucro, que patalean y se desesperan cuando la recaudación de taquilla no alcanza la cifra ambicionada; periodistas vendidos, permítaseme el símil, al oro de los ingleses, esto es, al que más paga, sin que para nada tengan en cuenta las palabras vergüenza, integridad, justicia, etc., etc.; aficio-

nados *memos*, que, fiados solamente en lo dicho en el programa, acuden cual mansos corderos á la taquilla dejando para mejor ocasión la práctica de sus derechos, á pesar de haber sido engañados cien veces... he ahí los elementos constitutivos del cuadro; he ahí el bosquejo de lo que ocurre.

Y es preciso desengañarse; la enfermedad no desaparecerá como no se apliquen cáusticos enérgicos, sin que manos expertas practiquen las debidas operaciones, pues mientras se siga el diagnóstico hasta hoy empleado, antes que decrecer la dolencia irá en aumento por ser de las calificadas «graves», amenazando destruir el cuerpo, ya que la gangrena hase iniciado en él.

Es preciso de todo punto un esfuerzo sobrehumano; es indispensable atajar, hasta destruirlas, tan peligrosas banderías, caiga el que caiga; es indispensable poner de manifiesto ante los ojos del aficionado la realidad por grandes que sean las desnudeces que deban exhibirse y abrirle los ojos para que conociendo el asunto á fondo meta en cintura á los que hasta hoy le han tenido como objeto de especulación.

Ni que los ganaderos digan que si es blanco ó si es negro; ni que los diestros exclamen que si son pitos ó son flautas; ni que los empresarios manifiesten que si fueron fritas ó fueron asadas, hay que parar atención, porque cada cual dice únicamente aquello que redundar puede en beneficio propio.

Y entretanto, al público, ese huérfano infeliz, esa mina abierta constantemente á la codicia de todos, ¿quién le defiende? ¿quién vela por sus intereses?

Pocos, muy pocos por desgracia son los que apartados del campo de la adulación, sea á favor de Juan ó de Pedro, trabajan en favor de él, así es que, aban-

donado entre encarnizados combatientes, es siempre víctima inocente de la venalidad de todos. *Cosa* sin voz ni voto, cuando es el factor principal del negocio; *paria* á quien por compasión, después de haberse gastado el dinero, se le dispensa la limosna, el inmenso favor, la grande distinción de presenciarse la fiesta... ¡y nada más!

Siendo el interés del público la satisfacción de una ilusión, de un capricho, de una necesidad del espíritu, no debe creer en quejas ni exclamaciones de nadie, porque deben tenerle sin cuidado, y sí sólo atender al punto capital, esto es, á que se le den buenas corridas y baratas, y para ello única y exclusivamente se dirigirá á la empresa, que es á quien directamente beneficia.

Ahora bien; si ésta ha de pasar por las horcas caudinas de diestros y ganaderos, allá ella, porque el que paga no debe conocer á nadie más que á la referida entidad.

De modo que tiren por donde mejor les plazca los que se dedican á explotar circos taurinos; las cartas se transparentan y el juego es imposible; el público no debe mirar más que á las empresas, y por tanto á ellas dirigirá sus ataques y censuras; si le chasquean, ellas serán las chasqueadas en último extremo, porque el retraimiento más absoluto pondrá en peligro el capital aventurado en el negocio.

Buen género y barato es lo que todos buscan. ¿Quieren ustedes decirme el calificativo que aplicarse debe á quien lo recibe malo y caro? Pues ese mismo ó peor merecerá el aficionado que fía en promesas y bombos de cartel.

Adelante, pues, sin vacilar: ya que todos conspiran contra el bolsillo del aficionado, sea éste quien des-

preciando razonamientos encaminados tan sólo á involucrar la cuestión por los que, ora se inclinan á favor de unos, ora de otros, atentos siempre al negocio; lancen, con el retrainiento, solemne mentís á todos en general, no dejándose alucinar ni por falsas promesas ni por arranques de fingido coraje de cuatro veletas siempre girando á favor del aire que mayores beneficios reporta.

EL CESANTE H

---

---

## UNA INTERVIEW

---

El acreditado semanario taurino *El Tío Jindama*, que es buen conocedor del paño, por más que no olvida aquello de «vivo entre gente honrada, pero la capa no parece», exclama con cándida sencillez: caballeros, ¿por qué el Empresario no exhibe el recibo con la firma del ganadero?

Y pregunta tan inocente y trivial ha sulfurado de tal modo á ciertos señores, que soltando la lengua han dicho... ¡Jesús, y mil veces Jesús, lo que han dicho!

¡Andal... ¡andal que vuelvan otra vez *Recorte, El Barquero, El Taurino de Valencia, El Chiquero de Zaragoza*, á meterse en lo que no les importa.

¡Bien, mil veces bien merecidas tienen las *palizas* que les van soltandol

Como yo también tengo afición á emborronar cuartillas y desde el primer momento comprendí la *plancha* que se habían tirado, quiero darme pisto mezclándome en el asunto y para mejor triturar á esos escritoritos, nada como celebrar una conferencia con un empresario de plaza de Toros... y dicho y hecho.

Después de varias súplicas solicitando tal *honor*, llegó el día deseado; penetré en la casa, me hice anunciar como representante de las acreditadísimas é ilustradas revistas *El Bombo*, *El Incensario*, *El Esclavo*, etcétera, etc., diciéndome que aguardase un momento, pues el señor estaba jugando al chamelo.

A las cinco horas y tres minutos de espera salieron los amigos y entonces, ¡oh dicha! llegué á presencia del Empresario.

Prescindo de los preliminares de rúbrica y entro de lleno á reseñar la interview (ó como se llame).

*Ya.*—¿Ha visto usted, D. Fulano—le dije casi doblando una rodilla en el suelo,—lo que dice *Recorte*, en *El Tío Jindama*?

*Empresario.*—Ese *Recorte* ¿es quizás algún novillero que desea le contrate?

—No, señor, *Recorte* es un escritor taurino...

—No me hable usted de semejantes...

—Mire usted, D. Fulano, que además de *El Tío Jindama*, asienten á lo dicho *El Barquero*, *El Taurino de Valencia*, *El Chiquero de Zaragoza*...

—¡Tal... ¡tal... ¡tal... ¡tal... pues todos esos no pintan *na* y que no vengan cargándome mucho... ¿y qué es lo que dice *Recorte* y los otros, vamos á ver?

—Pues mire usted (entonces temblaba yo como un azogado), quieren que los empresarios enseñen el recibo del ganadero...

—¡Valientes...! (Dios mío y qué palabrita dijo). ¿Qué les importa á esos (¡ya, yal), que una empresa haga con los ganaderos ó deje de hacer? Y tan melón será usted...

—No, por Dios (dije temblando más y más), D. Fulano, yo no soy de *esos* y tanto es así, que ya he dicho en público que han hecho una plancha y que nada les importa...

—Vamos, dijo calmándose un tanto, veo con satisfacción que es usted un hombre de talento, un afa-  
mado escritor y un buen *aficionao* y que no forma  
parte de esa *cuadrilla* que siempre andan á vueltas  
con ¡el esplendor del arte!... ¡derechos del público!...  
¡abandono de la autoridad! y otras majaderías por el  
estilo.

—Sí, señor, es verdad, me apresuré á balbucear.

—Pues bueno, usted hará algo. Ya sabía yo que  
era usted un gran escritor y un buen *aficionao*, y la  
verdad, extrañaba mucho no hubiera venido á verme  
más pronto... pero aun se puede arreglar... vamos,  
síntese usted, encienda este puro y... hablaremos co-  
mo buenos amigos.

Me acomodé en un sillón, encendí el aromático ve-  
guero y relativamente tranquilo, dije:

—Pues, sí, D. Fulano, esos *desperdicia tinta*, ni  
saben lo que quieren, ni lo que se dicen; yo, franca-  
mente, deseo darles un recorrido, y como no tengo con-  
fianza en mis conocimientos, he venido á molestar á  
usted para que me diga lo que debo escribir...

—¡Bien *pensao*! cuando yo digo que usted es un  
hombre de talento... pero espere usted,—dijo suje-  
tándome por el brazo derecho al ver que sacaba papel  
y lápiz,—antes quiero que pruebe un vinillo de Jerez...  
¡canela fina!

—No, muchas gracias...

—¿Qué es eso, ya quiere usted ponerse moños con-  
migo?...

—No, por Dios, D. Fulano, no crea usted semejan-  
te cosa en mí... es que...

Nos atizamos unas cuantas *lamparillas*, ¡y qué vi-  
nillo, madre mía, qué vinillo!

—*Güeno*—dijo el Empresario después de un buen

trago (no fué pequeño el mío)—empiece usted por decir que á ninguno de esos *tíos* que escriben de toros les importa lo que nosotros, los empresarios, hagamos; que nuestros arreglos con ganaderos y diestros son cosas que pertenecen á la vida *privá* y *naide* debe meterse donde no le llaman, que estando satisfecho el público, y prueba que lo está ya que llena la plaza una y otra vez, á *naide* hemos de atender... y sino, vamos á ver, si el ganadero me dice, hombre, tengo unos cuantos burriciegos y escalabraos de las *patas* ¿qué voy á hacer yo? pues punto en boca y hoy por tí y mañana por mí: acepto; pongo en el cartel que los toros son *escogíos*, hermosos y demás: suelto en segundo lugar un burriciego (ó sin burri) y largo para último un *perniquebrao* ó doloroso: Total ¿qué? cuatro silbidos, media docena de narañjazos y después ¡ná! todo el mundo á la calle.

Ya vé usted. ¿Vá á perder el ganadero los toros que necesitan gafas, muletas ó no tienen cuernos? Además, y esto que quede entre los dos: todo lo que no sea ganar 30.000 pesetas en una corrida, no es trabajar.

—Alegan también no se qué respecto á los carteles, puyas, caballos, veterinarios...

—¡Valientes *lilas*! ¿Si querrán saber ellos más que yo? Pongo en el cartel lo que me conviene... y Cristo con todos. Además, los maestros veterinarios ven el ganado y yo con ellos; ¿no es bastante que me digan á mí que los bichos están en condiciones?

Eso de las puyas son infundios de cuatro guasones ya que un *mataor* no vá á consentir se pique un toro de facultades con lanza *pequeña* y tope grande, antes al contrario, que es lo que debe ser, y si ellos fueran empresarios de caballos veríamos entonces qué hacían.

—Alegan también que la autoridad...

—Mire usted, *compare*, con los que mandan conviene estar bien y el hombre de talento ha de procurarse amigos aunque sea en el infierno. ¿Comprende usted?

—De modo que usted opina...

—Pues opino que los periódicos de toros no tienen derecho á meterse en lo que nosotros hagamos, y si continúan como han empezado, tal vez la autoridad les meta mano ó que les suelten un par de garrotazos, así como el que no quiere la cosa ¿usted me entiende?

—Es que dicen también que el dinero que el público se gasta...

—Y á ellos ¿qué? lo pagan de su bolsillo? Pues estamos frescos con esos *tíos Quitolis* que por meterse en todo hasta en los charcos pondrán el pie!

Satisfecho del resultado de la entrevista, y después de haber apurado otra copa, á punto de salir, le dije:

—Con que, D. Fulano, ¿me permite usted que publique el contenido de la conferencia?

—Pues ya lo creo, es más, dígales usted en mi nombre á esos *peleles*, que trabajan en balde, pues mientras dispongamos de billetes para regalar, tendremos á nuestra disposición periódicos y mejores escritores que ellos.

Lleno de satisfacción abandoné la casa del simpático y rumboso empresario, con media docena de puros en el bolsillo y la formal promesa de que á contar de la primera corrida en adelante, tendré entrada franca en la plaza de Toros.

Y como dejo derrotados en toda la línea á *Recorte*, *El Barquero*, *Teorías* y *Posturas*, me froto las manos de satisfacción y riéndome de tales inocentes, se despide de ustedes, suyo afectísimo

---

## DURO Y A LA CABEZA

---

Pláceme sobremanera la valiente campaña que la prensa taurina ha emprendido en defensa de la postergada suerte de *recibir*, campaña que no debe cejar ni un minuto tan sólo hasta tanto se consiga su gloriosa resurrección. \*

Si los llamados á practicarla hacen oídos de mercader á las continuadas excitaciones que se les dirigen; si despreciando sanos consejos siguen impertérritos por el camino que hoy marchan, dando á comprender con ello que tienen en poco al público á quien se deben y de quien han alcanzado lo que son; si ninguna consideración guardan á los que se gastan el dinero por ver trabajar á conciencia y callan un día y otro día al verse tan continuamente chasqueados, tengan en cuenta tales diestros, que ya los aficionados se van cansando de tanta *maulería* como á diario presenciaban en los que mayor interés debieran demostrar por conservar en toda su pureza las reglas y preceptos de la tauromaquia; si los diestros que por sus condiciones y conocimientos no se paran en el mal camino

que siguen y meditando en las consecuencias que pueden avecinarse no retroceden, y, cual otro hijo pródigo, regresan al camino del que jamás debieran haberse separado, tengan muy presente que lo que hoy es movimiento casi imperceptible, quizás mañana sea vertiginosa carrera; que si hoy son algunos cientos de verdaderos aficionados los que se lamentan y luchan sin resultado á causa de la inferioridad numérica, quizás mañana sean miles y miles, todos, tal vez, los espectadores que llenen el circo, y entonces ¡ay de esos ídolos de ruín barro y engañoso oropell ¡ay de esos endiosados diestros, pues así como el soplo del niño derrumba el edificio construído con naipes, así caerán de su pedestal combatidos por el formidable huracán de los silbidos!

Las enormes sumas que se cobran por mal estoquear dos toros que en la mayoría de los casos no pasan de ser unos simples cuatrefíos; lo escandalosamente subidas de precio que están las localidades y la falta de la práctica de las mejores y más airosas suertes del toreo, han contribuído á sembrar la semilla del disgusto; y como el que de verdadero aficionado se precia no solamente lo siente, sino que trabaja con fe, con entusiasmo, para que fructifique y produzca abundante fruto, de ahí el que la atmósfera que los periódicos taurinos han creado vaya por momentos haciéndose más densa y compacta, y que los aficionados, unidos en apretado haz, se apresten á la lucha, lucha que será sin tregua ni cuartel.

Dentro de pocos días dará principio la temporada; dentro de pocos días los circos volverán á llenarse de aficionados; dentro de pocos días empezará el verdadero suplicio para el que, no disfrutando de posición desahogada, siente correr por sus venas sangre de

buen aficionado; dentro de pocos días empezarán las privaciones para muchos al quitar un real de aquí, un céntimo de allá, hasta reunir lo necesario á cubrir el importe del abono, abono que tantos sacrificios le cuesta é hijo de tantas privaciones es.

¿Deben conformarse los que tantas penalidades y escaseces se imponen por satisfacer su afición, en ver un día y otro día matar toros al *volapié* y casi siempre con tranquillos? ¿deben conformarse con ver banderilleros que rara vez encuentran toro en cualquier sitio del redondel? ¿deben conformarse en ver rasgar y picar en los bajos á gentes que no tienen de picador más que el traje? ¿pueden conformarse en ver siempre sacar á los toros en los quites con malas medias verónicas? ¿pueden conformarse en ver que la gente toda del redondel recorta y más recorta sin ton ni son?...

No, y mil veces no.

Aquel dinero que ha gastado y que tantas gotas de sudor derramó por adquirirlo; aquel dinero que representa alguna privación, ora de café, tabaco, y quizás parte de la comida, no debe entregarlo á cambio de una localidad que le permita ver tan solo un *buñuelo* tras otro *buñuelo*, sino de una corrida en la que pueda presenciar el toreo verdad, las suertes verdad, no la mentira y el chapuz; y si el que lo gasta se encuentra en regular posición, no debe, bajo ningún concepto, consentir tanto abuso, tanta camama.

La afición, el entusiasmo, el amor que al espectáculo se profesa, no debe ser plancha de plomo que grave sin cesar sobre el cerebro del aficionado impidiéndole discurrir; antes al contrario, debe ser el poderoso acicate que sin cesar le hostigue á pensar en ello hasta conocer los mil y un tranquillos y mentiras que existen, y una vez conocidas, protestar con energía

hasta imponerse á los que tan sólo quieren *momios*.

¿No se obliga á tomar el *retiro forzoso* al mal cómico, al ruín cantante? ¿pues por qué no se hace lo propio con los mismos toreros? ¿No son ambos unos artistas? ¿por qué esa benevolencia para unos, y tan extremado pero justo rigor para los otros?

Hay que desterrar rancias y tontas preocupaciones; hay que fustigar sin piedad con las disciplinas de la crítica á todo el que se lo merezca, sin contemplación de ningún género, ya sea alto, ya sea bajo, á los primeros con mayor motivo, y esto compete á los periódicos, y al público en general corresponde demostrar su desagrado con silbas tan tremendas y fuertes, que resuenen por largo tiempo en los oídos de aquel á quien se tributen.

La suprema suerte ya casi de hecho ha quedado desterrada de los circos; hoy nadie *recibe* un toro. ¿Será por ignorancia? pues estudiarla. ¿Será por miedo á sufrir algún desperfecto *en la fachada*? pues unas tijeras y á cortarse el pelo que sobra.

El pan, pan, y el vino, vino. Nada de ambigüedades, nada de medias tintas. ¿Es torero? pues debe saber practicar todo cuanto se conoce en dicho arte. ¿Desconoce algunas cosas? pues no es tal artista, y entonces ya sabe lo que le toca. ¿No lo ignora y sí es que tiene miedo de practicarlo? pues silba con él, porque nadie debe cobrar un trabajo hecho á medias.

Las amistades, las simpatías, se dejan á la puerta de la plaza al penetrar en ella, para recogerlas al terminar la función; en el interior del circo el aficionado no debe ser más que el juez recto y justiciero que aplaude ó silba según el trabajo que se haga.

Obrando de esta manera y unidos como un solo hombre los verdaderos amantes del espectáculo nacio-

nal, servirán de columna indestructible al hoy vacilante edificio, el que de continuar en la forma que hasta aquí, amenaza desplomarse con estrépito, sepultando en sus ruínas, quizás para siempre, hasta el recuerdo de semejante fiesta.

### DESPERDICIOS

Valencia 11 Marzo del 93.

---

---

## LOS SOLARIANOS

---

No crean ustedes que voy á emprenderla con un estudio astronómico de la índole de los que han inmortalizado al autor de *La pluralidad de mundos habitados*, por más que alguna analogía guarde lo que pienso decir con la *astronomía*, ya que mi incompetencia me lo veda y la índole del periódico lo prohíbe.

Como según el sabio francés, en el terreno de la hipótesis, cabe reconocer condiciones de habitabilidad en el sol, yo, que no soy francés, ni mucho menos sabio, apartándome de estudios tan elevados, caminando por el terreno del empirismo, sentaré la afirmación absoluta, sin temor á ser desmentido, que, afortunadamente, en el *sol* hay habitantes, si bien su *vida* en tal *planeta, astro, mundo* (ó lo que fuere) es asaz (por fortuna) breve y con grandes intermitencias.

¿Que no es verdad?

Nos encontramos en los primeros días del mes de agosto del año... no importa.

Desde antes de las cinco de la mañana el astro rey tiene enfocado nuestro hemisferio, y las caliginosas

reverberaciones de su gigantesca lámpara caldean de tal modo la atmósfera, que las piedras de la calle, el asfalto de las aceras, echan lumbre, como vulgarmente se dice.

La *fresca* brisa yace adormecida entre la espesura del bosque ó columpiándose voluptuosamente sobre la nevada espuma de las olas, las que, al sentir tan dulce peso, muévense con indolente languidez.

El aire es irrespirable, el calor asfixiante; la atmósfera titilea, y á través del espacio vense brillar miriadas de corpúsculos semejantes á finísima lluvia que misteriosa corriente pone en estado de ignición.

Los pintarrajeados trovadores del bosque cruzan el espacio con abatido vuelo buscando la sombra bienhechora, mientras las escandalosas chicharras, escondidas en su elevado trono de ramaje, crisan los nervios con su monótono y estridente canto.

Son las dos de la tarde, y á las cuatro empieza la corrida. A pesar de lo anticipado de la hora, de las cataratas de sol que inundan calles y plazas, del calor que ahoga, de la falta de aire que imposibilita la expansión de los pulmones, del sudor que corre á torrentes, una muchedumbre considerable dirígese hacia la plaza de Toros.

Penetremos en la mezquita.

Con los ojos medio cerrados, que á tal obliga la radiante claridad que invade el templo del arte, veremos, allá, en el sitio en que el sol sienta sus reales, un mosaico inmenso que se mueve, se agita y bulle sin cesar.

Caprichosa bóveda de singulares ondulaciones, interrumpida á trechos, mal resguarda de los rayos solares á los *habitantes del sol*; en abigarrada y alegre confusión distínguese el antiguo paraguas de grandes di-

mensiones y vivo encarnado, medio ocultando la pequeña sombrilla de dudosa blancura; el diminuto sombrero de paja formando fuerte contraste con el de alas desproporcionadas y copa piramidal; el abanico inmenso *riéndose* á mandíbula batiente del microscópico *vano* y moderna visera de á diez céntimos, sin que ninguno de tantos artefactos neutralice los efectos que en su omnímodo poder el rey de la creación regala á los mortales.

Allí se respira fuego; los asientos queman como plancha de hierro puesta al fuego, el sudor chorrea traspasando las ropas; donde se chilla continuamente, donde se canta, bebe, ríe; donde se alborota y arman broncas de verdad; donde acude el buen aficionado, aquel cuyos haberes no le permiten comprar un tendedido de sombra; ese aficionado que una pasión inextinguible por nuestra fiesta le sujeta al potro del martirio durante tres horas, desafiando alegremente las insolaciones y ataques cerebrales: allí es donde deben dirigirse las miradas todas estudiando las consideraciones que la vista de cuadro semejante hace acudir á la imaginación.

Diez reales ha dejado en taquilla, y quizás esa cantidad, robada tal vez al alimento de sus hijos, sirva para proporcionarle un pase para el cementerio; pero no importa, es aficionado, y eso basta; acude con entusiasmo á la plaza porque abriga el convencimiento de que va á presenciar las sublimes demostraciones del arte, porque espera ver la maestría y serenidad del hombre burlar una y otra vez las fieras acometidas de un toro de cinco años, porque va dispuesto á aplaudir el mérito del trabajo, y ante tan hermosa perspectiva, ante tan gratas ilusiones que espera ver cumplidas, sufre alegre y resignado cuantas molestias se le originen.

Regocijándose de antemano con las impresiones que su alma sueña, ni se acuerda de que el sol le va tostando, ni mucho menos presente la realidad, ni cree que dentro de pocos minutos verá sumergido en el piélago sin fondo del desengaño.

Empieza la corrida, *los habitantes del sol* acomóndanse sobre los calcinados asientos. Empotrados fuertemente, el calor desarróllase de una manera pasmosa, como ocurrir suele cuando se añade combustible al hogar.

Llega el desengaño: aquello no es un *toro*, el respeto del animal está en razón inversa del mérito y fama de la cuadrilla y precio pagado por presenciar la fiesta; los hechos desmienten los ofrecimientos, fiado en los cuales asistió á la plaza, y así como el recipiente estalla cuando la salida del vapor es imposible, de la propia manera estalla también el disgusto del público, aumentando más y más por la acción de circunstancias accidentales.

Mucha es mi afición; pero, francamente, admiro la de los que, sin faltar una sola vez, asisten á presenciar la fiesta á un tendido de sol, sufriendo con estóica resignación un martirio superior quizás al experimentado por San Lorenzo.

Esos, esos son los verdaderos aficionados, y por ellos solamente, cuantos emborronan cuartillas, debieran trabajar con tesón para conseguir, si no rebaja de precios, fueran al menos las corridas una verdad.

Todo el que se gasta el dinero es digno de respeto y consideración por parte de las empresas, diestros y ganaderos, pero con mayor motivo el que á fuerza de sacrificios logra reunir el valor de una entrada de sol.

Cuando el engaño tiene lugar en quien, por su posición, no es un sacrificio, ó lo es relativo el coste del

billete, parece que la realidad no deja tan amargo escorzor en el fondo del pecho como cuando recae en quien tal vez ha pasado algunas semanas sin fumar ó disminuyendo la cantidad y calidad de la comida por reunir los consabidos diez reales.

Esto, señores, es triste y sensible en gran manera, y de ahí la necesidad de que, haciendo un esfuerzo todos á la vez, consigamos sean las corridas de toros *verdaderas corridas de toros*, que buena falta hace, pues de lo contrario vendrá el indiferentismo, el retraimiento y que el arte sea juzgado quizás por la historia como una martingala empleada por algunos para hacerse con el dinero de los ilusos.

Queda, pues, demostrado que hay *habitantes en el sol*, y si me dicen que no le ven *la punta*, responderé: —«Pues yo sí;»—ya que, bien ó mal, he salvado el compromiso con el Director y dejado satisfechas las exigencias del Gerente.

EL CESANTE H

---

## LA SUERTE SUPREMA

---

AL CONOCIDO ESCRITOR

É INTELIGENTE REVISTERO TAURINO «FRANQUEZA»

Pasa ya de castaño oscuro, reviste los caracteres todos de enfermedad crónica, la costumbre de estoquear toros al volapié, venga ó no venga á pelo, reclámenlo ó no las condiciones de las reses, sin que para nada tengan en cuenta esos toreros de salón que tanto abundan, lo que celebridades en el arte ordenaron y el público pide con insistencia.

Haciendo cada cual lo que le da la gana, burlándose del público, toreando becerros, despreciando la práctica de suertes vistosas y mérito indiscutible, siguiendo sólo el rutinarismo empírico que favorece y protege el abuso, cualquiera puede ser torero, hacerse con dinero, fama y renombre, y después dar un corte de mangas á los tontos que de buena fe se gastaron *les aguiletes* y aplauden aún, para mayor vergüenza, á quien tan sólo el afán de riquezas sostiene

en el redondel, no la afición y entusiasmo por la lidia de reses bravas.

De algunos años á esta parte, las corridas de toros han cambiado por completo, gracias á la tolerancia de los aficionados con los descarados abusos y notorias imposiciones de ciertos diestros, que si bien dignos de loa fueron por sus méritos y circunstancias, no menos merecedores son de las más fuertes censuras por haber empujado á la verdad hacia el camino de perdición, hacia la deshonra, obligándola á traspasar el dintel que tal vez conduzca al arte á su completa ruina, sentando con tal proceder precedentes funestísimos que hábilmente explotados por algunos de hoy día, les permite *ganar* dinero, deslumbrar al público con aparatosos artificios y á que las mejores suertes y por ende las más difíciles y de exposición no sean vistas por que hánlas paulatinamente relegado al olvido. ¡Proceder justo, ya que nadie protesta, haciendo caso omiso de derechos traidoramente conculcados por esos mercaderes sin conciencia que validos ora de la popularidad, ora de la falta de energía en quienes pagan, ora escudados en la necia adoración de que son objeto, no han titubeado en ponerse por alfombra el nombre de aquellos maestros que engrandecieron el arte adornando sus páginas con hechos dignos de ser cantados por la inspirada lira de los antiguos bardos!

Verdad amarga, pero verdad al fin.

Y no se me diga, no, que con intención deliberada ennegrezco las tintas; nada de eso, ya que en buena lógica, con demasiada benevolencia y suavidad está tratado el asunto. Porque ¿á quién podrá convencerse de que en el crecido número de reses muertas á esto que por los *maestros* durante la temporada del año ya espirante, no ha habido algunas docenas de ellas que

llegado hayan al último tercio en condiciones para practicar la suerte de recibir? ¿Por qué esos *maestros*, llegado el momento crítico han doblado la hoja, como vulgarmente se dice, y salido del paso con el volapié más ó menos legítimo?

Pues por miedo, sí, por miedo; ya que suenan á calabaza las razones alegadas para defenderse de un cargo justo, fundado, lógico y racional.

Vale más que con sinceridad digan lo que su conciencia les dicte y no que empeoren la situación profiriendo engañosos conceptos, siempre desfavorables para la reputación de un matador de cartel que en algo estima su honra profesional.

El volapié, que más que suerte es una consecuencia de la suprema: una suerte, digámoslo así, de recurso, debe sólo emplearse cuando las condiciones y estado de la res lo demanden, esto es, cuando por encontrarse aplomadas y sin facultades por el cansancio natural de la lidia ó castigo sufrido, no acuden al obligarlas con el engaño. Entonces y solamente entonces, es cuando el torero irá en busca de ellas; pero si el bicho acude bien, si por conservar facultades hace por el matador, es hasta un crimen de lesa afición que el diestro, aprovechando un momento que el animal cuadra, se arranque hacia la fiera, no derecho y desde corto como debe ser, sino distanciado y cuarteando para estoquear fuera de cacho.

Si lo natural es despachar las reses consumando la suerte propia y adecuada según el arte enseña y las condiciones de aquellas demandan, si así no se hace, ó es por ignorancia ó miedo; y en cualquiera de alguno de estos dos extremos, el espectador está en su perfecto derecho para decir: «Amigo mío, usted no sirve, no engañe, pues, al público y váyase cuanto antes.»

La suerte de recibir, fácil siempre que el toro conserva algunas facultades y acude bien y con nobleza, sólo resulta expuesta si el animal corta el terreno, está receloso, en defensa, es manso, se encuentra huído, anda con la cabeza por el suelo ó es burriciego; de modo que teniendo el diestro serenidad para ver llegar los toros, quedará con lucimiento con bichos de las condiciones primeramente enumeradas y aun con los que se ciñan, porque cuidando de colocarse á distancia competente y perfilado con la parte interior del cuerno derecho, ya casi la salida natural queda indicada, máxime si á la situación se la ayuda con la acertada dirección de la muleta.

Bien cimentado el cuerpo sobre las piernas, sobre todo con la derecha ya que la izquierda debe quedar algo adelantada, pues acompañó á la muleta en el pequeño movimiento de avance empleado para el cite, aguardará la acometida sin mover los pies absolutamente para nada, inclinará el engaño hacia el terreno del toro, no moviéndose hasta después de haber clavado el estoque, porque resultaría absurdo creer que la inmovilidad de pies debe subsistir consumada que sea la suerte, pues de ser así, aun resultando la estocada de muerte, la cogida es segura caso de revolverse la fiera, por encontrarse el diestro indefenso y en colocación impropia á la indispensable en toda clase de suertes.

De modo que ya lo saben los rutinaristas: ó matan los toros recibéndolos, si las condiciones de ellos lo permiten, ó silbidos y censuras escucharán tan solo de la verdadera afición.

La reacción que de poco tiempo á esta parte se va operando en la mayoría de los escritores taurinos en pró de la verdad y de la justicia; esa campaña que en

concepto de cuatro ilusos es tan improcedente, pero tomada por justa y necesaria por cuantos de veras aman nuestro querido espectáculo, no hay duda, producirá sus efectos, toda vez que el desengaño ha quitado muchas vendas, y acabará, porque la lógica lo manda, con las altanerías y ambiciones de esos microscópicos *napoleones* que se creen gigantes sólo porque el aplauso del servilismo les ha colocado en alto pero deleznable pedestal.

Hora es ya de que el que paga haga valer sus derechos: hora es ya de que el aficionado arroje con desprecio esos *bibelots* de frágil barro que en tan grande estima tuvo; hora es ya de que todos á una voz clamen porque las corridas de toros sean lo que deben ser, y en este supuesto, en perfecta armonía con lo anunciado, ya lo sabéis vosotros, los que figuráis en primer término, *Fabrilo*, *Fuentes*, *Bombita*, *Villa*, *Reverte*, *Algabeño*. O ponéis de vuestra parte los medios necesarios para arrancar al arte de la consunción en que vive, practicando cuantas suertes la tauromaquia enseña, reclamando además la presencia de *toros de verdad*, ó empuñando unas tijeras os cortáis la trenza, ya que sólo de adorno os podría servir.

La suerte de recibir encuéntrase próxima á caer en la sima del olvido; sed vosotros los que dando saludable lección á los falsos dioses, la saquéis á flote colocándola en el debido lugar, ya que traidoramente ha sido arrojada de él por los escribas y fariseos de la afición.

EL CESANTE H

---

---

## CAJÓN DE SASTRE

---

Ocurre en tauromaquia lo que en las demás artes ú oficios: esto es, que cada uno de los que en el desempeño de un acto toman parte, tiene señalado sitio ó lugar, sucediendo en la casi totalidad de los casos que de no estar en él quien debe y como debe, el trabajo se resiente y el resultado no es el apetecido.

Si á la salida del toro hay á la derecha del toril quien le llame la atención, el viaje será en este sentido, los peones lo tomarán por su cuenta, y carreras por aquí, recortes por allá, lo destroncan grandemente con intención deliberada antes de que empiece á tomar varas, de modo que al acercarse á los caballos el bicho se encuentra ya desecho y los piqueros rematan la obra á fuerza de garrochazos de mala ley, y el que pudo ser un animal bravo y noble, se convierte en receloso y huído, condiciones que van en aumento á medida que la lidia se desarrolla.

Otras veces sucede que, colocados algunos peones

frente á toriles, flamean el capote como el que no hace nada, y naturalmente, el bicho lánzase con celeridad hacia el punto que un objeto movible le llama la atención; desaparece éste tras los tableros, el animal derrota con furia contra la valla, descomponiéndose la cabeza á fuerza de derrotes y porrazos.

No para aquí la hazaña, pues otro capotito, demostrando *interés por llevarle á terreno*, le saca por la izquierda, y euando más embebido va el bruto en el capote, de mejor gana recortan, tan en corto y por bajo, que desde el tendido casi se siente el crujir de los huesos.

A todo esto, los caballos, puestos en movimiento, caminan en busca de sitio á propósito con una velocidad de cinco metros por hora, y como los peones han entrado ya en juego, tomando gusto á la cosa, toda vez que nadie se opone á ello, el baile continúa á ciencia y paciencia del público y autoridades.

El *afán de trabajar* despertado en todos obliga también al maestro, quien, por no ser menos que sus subordinados, ábrese de capa, y verónicas por un lado y navarras por otro, y telonazos por aquí y trapazos por allá, acaba su brillante faena tirándose de cabeza al callejón después de haber perdido hasta la coleta.

Entre tanto los picadores, cimbreándose en la cabalgadura, que un mono sabio conduce poco menos que arrastrando, sonríen al pensar lo descansado que les va á resultar el trabajo, y dan gracias *in mente*, por el acto de compañerismo que los peones realizan.

También ocurre con inusitada frecuencia que la gente que pulula por el redondel, deseando dar una prueba de conocimientos tácticos, desplégase en gue-

rrilla á la izquierda del picador, no en correcta formación, sino en graciosa curva, á fin de que el ala opuesta al sitio donde el toro se halla sobresalga más, sea mayor el frente y pueda el bicho recrearse dirigiendo miradas de uno á otro costado, aprendiendo de esta manera á desparramar la vista, cosa muy á propósito después para banderillar á la media vuelta y largar un bajonazo.

Resultado de todo: viciada la lidia desde el principio, descompuesto el toro, el resto ha de ser, por precisión, una merienda de negros.

Que la lidia ordenada y bien dirigida no es conveniente á muchos porque las buenas condiciones de la res, manifestadas por consecuencia de aquélla, obligarían á la consumación de todas las suertes, conforme; pero este argumento, de gran peso y validez para los tales, resulta absurdo é ilógico para el espectador, toda vez que no acepta, porque no debe, atenuantes cuya finalidad le perjudican en sus intereses, minan la base sobre que descansa el arte y conducen á la afición por senderos extraviados.

Si el conocimiento de las reses y del arte es la varita mágica que el diestro posee para sacar todo el partido posible de un toro, ¿qué opinión, qué concepto se formará del que, con ó sin intención, consiente la mala lidia?

El primer tercio, que única y exclusivamente está indicado para castigar á la res sin destrozarla, encuéntrase hoy convertido en escandaloso alanceamiento, no porque no existan picadores que sepan entrar recto y clavar el hierro en lo alto del morrillo, sino porque encontrando benevolencia y aceptación á su trabajo, tanto en el público como en el matador, procuran en toda clase de toros, especialmente en los de respeto y

poder, salir del paso con el menor riesgo posible para sus costillas.

Si el picador no necesita para su auxilio más que un capote en manos de un inteligente colocado á la izquierda, ¿á qué esas guerrillas de peones en sitios donde más que beneficiar perjudican el buen desarrollo de la acción? Que todo diestro que se encuentre en el redondel, sea cual fuere su categoría, debe estar siempre atento para con oportunidad dirigirse á prestar auxilio donde haga falta, es cosa que por sabida se calla; pero esto no quiere decir que, tanto si es necesario como si no, acudan en tropel á donde el peligro es problemático, toda vez que en previsión de él ya otro se encuentra ocupando el lugar correspondiente, y esos barullos, esos líos de peones y capotes que se notan en ciertas ocasiones, sirven tan sólo para que la res aprenda lo que no debe saber.

Si durante la brega el jefe del redondel señalara, cual debe, el turno correspondiente, prohibiendo en absoluto que nadie rebasara el círculo de sus atribuciones, contentándose en correr los toros por derecho, con objeto de cambiarles, preparándolos para nueva suerte, los herraderos que hoy vemos no tendrían lugar, la lidia marcharía encauzada por sus límites naturales, las reses no sufrirían transformaciones y el arte brillaría en toda su perfección.

Y preguntan ahora algunos: ¿por qué siendo todo eso *perjudicial* para el matador lo consiente? Pues muy sencillo: porque si el toro llega á la muerte conservando facultades, puede proporcionar un disgusto á quien no está con ganas de recibirlo, y es preciso para ello que desde el primer momento se trate de ponerlo poco á poco como una sopa, y así se evita derramar gotas de sudor y que el público se

aperciba de que de vez en cuando cambia el color.

Muchos trapos quedan todavía por sacar del cajón, y esto se hará, Dios mediante, si las ganas de trabajar no abandonan á

EL CESANTE H

---

## ¿EN QUÉ QUEDAMOS?

---

Es moneda corriente entre ciertos aficionados sacar á relucir en sus polémicas el Reglamento, cuando en verdad se desconoce en absoluto, y de no ser así no comprendo la defensa de absurdos que si á oídos de los que lo redactaron llegasen, de seguro que maldecirían hasta de la hora que tal hicieran.

Y es que aquellos señores, en el mero hecho de haber presenciado algunas corridas, haber tenido un rato de conversación con un torero cualquiera y hablado la fiesta nacional, se creen unos *Sénecas* en la materia, cuando lo que les sucede en caso crítico es que ni siquiera saben distinguir á un toro de una vaca.

Han oído, respecto al tal Reglamento, lo que algunos diestros han tenido por conveniente decir, apoyándose (pues no faltaba otro) en las autorizadas opiniones de algunos empresarios, é impotentes para conocer el camino por donde el agua va al molino, creen al pie de la letra lo que oyen, y unas veces diciendo que el consabido Reglamento adolece de innumerables defectos, otras declamando que no es documento ofi-

cial, siempre confían salir airosos cuando con razones sólidas se les ataca.

Único remedio posible: que todos supieran, como los niños de la escuela el credo, de memoria el hoy existente Reglamento para las corridas de toros.

El 14 de Febrero de 1880, el gobernador de Madrid firmó uno que al final de su artículo 106 y último, dice: «que deberá cumplirse y guardarse desde esta fecha en la plaza de Toros de Madrid, propiedad del Hospital provincial».

Ahora bien; el circo de la corte es el que dá validez á las alternativas; es, como si dijéramos, el centro docente que conceder puede un *título legal*, y si se rige por el aludido Reglamento (abstracción hecha de las veces que lo vulnera), ¿qué razón hay para que los demás de España lo rehusen?

Además, reconocidas por el Estado las corridas de toros como espectáculo público que beneficia á determinado número de personas, les ha señalado un gravamen en armonía con los beneficios que reportar pueden, y esto habido en cuenta, se deduce que los tales han de estar sujetos á reglamentación, porque de imponerles censo y no señalar á sus organizadores deberes que cumplir, equivaldría á manifestar que consentía el abuso, y esto no puede caber en la mente de nadie por las graves consecuencias que pudieran originarse.

Dice el artículo primero: «El arrendatario someterá á la aprobación del gobernador de la provincia los carteles en que se anuncien corridas de toros, que deberán contener los siguientes requisitos... etc., etc.»

¿Qué es lo que esto quiere decir? Pues sencillamente que en previsión de lo que ocurrir pueda y cerrando la puerta al abuso, nada mejor que someter á la tutela

de la autoridad, para darle carácter, el documento que el empresario entrega al público á cambio del dinero recibido del espectador.

¿Quiere esto decir que la tal autorización trae aparejado el derecho de ordenar los elementos constitutivos de la fiesta? No, y quien tal creyere no está en lo cierto.

Bajo cualquier punto de vista que se mire la cuestión, siempre resultará que debe exigirse el cumplimiento de lo prometido y como la práctica viene aconsejando de necesidad, toda vez que la doctrina sustentada encauza debidamente el espectáculo, evitando el desorden y barullo, resulta que el tal Reglamento reviste carácter oficial, corroborando esto más que nada el proceder de las empresas al estampar en los carteles lo prevenido en el artículo 12, primera parte del 23 y 95.

Si es documento oficial, las empresas están en su perfectísimo derecho al invocar aquellos artículos que beneficiarlas ó ampararlas puedan en sus intereses; pero si sucede lo contrario, no deben ni siquiera nombrarlos.

¿Anuncia la empresa una corrida de toros de muerte con reses de acreditada ganadería, espadas de cartel y personal idóneo, señalando á los billetes el precio que juzga oportuno, estampando al propio tiempo advertencias que señalan límite á las exigencias del público? Pues ahí del Reglamento en sus artículos 15, 17, 18, 20, 25, 26 y 80. ¿No se hace tal cual se ordena en un documento que unas veces se acata y otras se le trata con la punta del pie? Pues huelgan razones, sobran comentarios, son inútiles argumentos y ratiocinios.

*El Estado soy yo*,—dijo Luis XIV,—y esta frase, que

tan á la perfección retrata el despótico orgullo de un rey, debe ser, pues, pronunciada hoy, remedándola, por aquellos que, sin otra guía que la ambición, dedícanse á empresarios de circos taurinos, ya que las prevenciones y reglamentos no tienen para muchos valor alguno.

¿Y la justicia? ¿y la equidad?—dirán las almas nobles, los corazones sencillos—¿dónde están? ¡Oh!—responderán—esos bellos sentimientos no pueden existir cuando quien debe hacer caso omiso de las leyes que la necesidad ha creado para garantía de derechos sagrados.

Una de dos: ó se dice claramente que el Reglamento sirve, ó se sienta de una vez para siempre que sólo es un papel mojado y sin valor alguno, para que todo el mundo sepa á qué atenerse; lo demás son paños calientes que á nada conducen, como no sea á sembrar la confusión entre los aficionados.

EL CESANTE H

---

---

## ¡¡SUPERIOR!!

---

¡Ahí es nada lo que la tal palabreja encierra! ¡Ahí es nada lo que con ella se concede al diestro á quien se aplica por su trabajo! Y no solamente se emplea hoy á granel por fanáticos exaltados y aficionados de escasos conocimientos, sí que también ciertos periódicos profesionales han dado en admitirla, contribuyendo con tan equívoco proceder á crear reputaciones de oropel que desaparecen al ser combatidas por el viento de la crítica y de la justicia, y entonces el descrédito es mayor, toda vez que la caída, habida en cuenta la altura en que el ídolo se encontraba, resulta dolorosa en extremo.

Y es que el que defiende una mala causa vese precisado á extremar las alabanzas si quiere—aunque momentáneamente por fortuna—sostener una posición inestable.

Cuantos adjetivos laudatorios son conocidos, empléanlos con intención deliberada, sin que la conciencia les remuerda por *crimen* semejante, porque crimen y crimen inmenso es engañar al que compra un perió-

dico para enterarse de la verdad, y en sus columnas encuentra tan sólo veneno sutil que paulatinamente arrastra al camino del error el ánimo del que sin fuerzas ó conocimientos para distinguir la verdad de la mentira, bebe en aquellas cenagosas aguas con el febril afán del que desea aprender la falsa doctrina, que tan difícil le es después olvidar, porque si bien al percibir los destellos de la verdad hace alto en el camino y maldice la mala fe del que lo engañó, ya el mal está hecho y cuesta largo tiempo borrar del corazón la estela que la mentira halagüefía grabara con fuertes caracteres.

Esos espíritus mezquinos, esas almas ambiciosas, esos hombres de mala fe, esos egoistas sin conciencia que con hipócrita risa en los labios luchan, se afanan y esfuerzan por defender causas de ninguna legalidad, principios opuestos á la razón, deben ser sacados á la vergüenza pública por los que de veras amen la fiesta taurina, inutilizándolos sin pérdida de tiempo para que su hálito no continúe viciando la atmósfera que el arte debe respirar y que tan necesaria es para su existencia.

¡Superior! ¡Ahí es nada lo del ojo!

¿Qué fundamento racional encuentran para calificar de superior á un *maestro* que estuvo apático durante la lidia, que entró retrasado á los quites, que permitió á los picadores acosar y destrozar á las reses, á los banderilleros hacer salidas y más salidas en falso, á los peones capotear de mala manera y sin ton ni son? ¿Sobre qué base firme sientan afirmación tan rotunda y categórica cuando el matador encuéntrase incierto frente al toro, cuando equivoca la clase de trabajo que ha de desarrollar, cuando ignora el sitio á propósito del redondel para trabajar con seguridad, cuando los

pases no son rematados, cuando no sabe sujetar á un toro, cuando es impotente á sacarle de tablas, cuando distanciado y moviéndose pasa de pitón á pitón, cuando no se perfila, cuando arranca desde lejos, cuando al llegar á la reunión sálese del terreno, cuando vuelve la cara al meter el brazo, cuando la mano izquierda déjala muerta, cuando intenta el descabello á pulso, etcétera., etc., etc.?

No hagan ustedes reir, señores; olviden ese cúmulo de adjetivos que constituyen la base de los escritos que con atrevimiento sin igual lanzan á los vientos de la publicidad; mediten breves instantes sobre las fatales consecuencias que al arte reporta proceder semejante, lo estemporáneas y contraproducentes que resultan las alabanzas injustas, y al efectuar la debida conversión adquirirán la autoridad que sólo la imparcialidad concede al escritor veraz y justiciero.

El exacto, el fiel cumplimiento del deber no puede ser jamás tenido como cosa extraordinaria, y quien tal creyese daría palmaria prueba de poco conocimiento; así es que la energía para no autorizar ni consentir abusos por el personal de la cuadrilla cuando en el redondel se encuentra, el hacer los quites con oportunidad y sujeción á lo preceptuado por el arte, no será jamás, así se empeñen los ilusos é ignorantes, causa á darle el calificativo de trabajo superior.

Y si de tal manera se ensalza un trabajo ductil, sencillo, de fácil ejecución, empírico, digámoslo así, por la ausencia absoluta de obstáculos que pongan en tortura los conocimientos del diestro, ¿qué decir cuando el respeto y difíciles condiciones de un toro obligan al torero de vergüenza á *sudar el kilo* para quedar airoso en su cometido? ¿Qué calificativo aplicar á quien practica cuantas surtes son conocidas, siempre con ele-

gancia, serenidad, valor y vista? ¿Qué decir de quien preséntase tranquilo é indiferente ante la cara de toros de respeto y edad, dándoles la lidia ordenada, no abusando de la muleta para alcanzar palmas de los míopes, ahormando la cabeza de reses inciertas, buscando el verdadero terreno, perfilarse con el pitón izquierdo, arrancando corto, entrando derecho, indicando claramente la salida con la mano izquierda, hiriendo en lo alto y saliendo con limpieza de la suerte? ¿Qué decir entonces, cuando los pases empleados son bien terminados y con arreglo á las condiciones de la res? ¿A qué altura colocar á quien empuñando un par de banderillas prepárase el bicho sin necesidad de auxiliares, alegrando desde buen terreno, saliendo con dirección á la cabeza de la fiera, cuarteando lo indispensable, cuadrar, levantar los brazos, clavar los palos en lo alto, castigando, saliendo á la perfección de la suerte? ¿De qué calificar al matador que en un quite de verdadera exposición acude al peligro con exactitud matemática, llama la atención de la fiera, empápala con el engaño y sin apresuramiento ni barullo sácala á los terrenos de fuera con una larga que respira arte, elegancia y clasicismo por los cuatro costados? ¿Cómo calificar al que, abierto de capa, con los pies clavados en la arena, lancea á un toro moviendo los brazos para dar la necesaria salida, recogiénole al propio tiempo para repetir la suerte cuantas veces juzgue necesario? ¿Qué del diestro que por sus conocimientos y arte convierte á un buey huído en toro, obligándole á hacer una brega aceptable, ya que no decir buena?

Es de indispensable necesidad la desaparición de esa impresionabilidad que tanto perjudica, impidiendo que un sereno juicio aquilate el mérito del torero y la bondad de su trabajo; es necesario se estudie la con-

sumación de una suerte sin jamás perder de vista las condiciones de la res y preceptos del arte; es necesario no buscar con interesada insistencia atenuantes que si colocan al diestro en buen lugar, conspiran y encaminadas van contra los intereses del público; es necesario marcar con sereno pulso la divisoria que aparte el artificio del verdadero arte, no dejándose alucinar por desplantes, monerías y adornos empleados sólo para encubrir deficiencias de un trabajo censurable, tanto más cuando quien lo realiza, por su importancia, no debiera ni siquiera pensarlo.

Si la verdad que las buenas prácticas taurinas enseñan se cumple en todas sus partes, quien tal haga habrá cumplido con su deber y nada más; habrá estado bien, habrá demostrado que es un torero de ver-güenza; ¿y quieren ustedes decirme con qué razón aplican el calificativo que sirve de cabeza á este articulejo á los que ni por aproximación siquiera trabajan con arreglo á arte, y que si alguna suerte les sale bien es debido á la casualidad y no á la maestría?

Mucho cuidado, pues, con la calificación, no sea que todos resulten sobresalientes y en cambio no exista un suspenso ni por un ojo de la cara, cuando tantos, por desgracia, lucen la coleta por esos mundos de Dios.

EL CESANTE H

---

## LO QUE DEBE SER

---

Dicen algunos que al paso que vamos, los mismos que escriben respecto á tauromaquia son los que acabarán con las corridas de toros, y francamente, no le veo la punta, como vulgarmente se dice.

Si propalan aseveración tal á causa de la campaña que se sostiene en defensa de la verdad, semejantes palabras son un contrasentido garrafal; pero si van dirigidas, como no puede menos, á los que, pegue ó no pegue, ensartan alabanzas y más alabanzas, tanto á diestros como ganaderos y empresarios, en ese caso, francamente, veo con sentimiento el fondo de verdad que semejante afirmación encierra.

Que es muy triste el espectáculo que al público ofrecen algunos periódicos cuyas columnas están repletas de bombos, no hay que ponerlo en duda, y proceder tal, ejerciendo de torpe puntillero, acabará por matar á la escamada afición que, harta ya de pasteles, ansía encontrar platos bien sazonados que arreglen el relajado estómago, y de ahí que aceptando con placer y dulce satisfacción esas publicaciones en las que sólo campea la justicia, saboreen con fruición sus sanas doctrinas, sus saludables preceptos, dejando al alma

bañarse con deleite en aquellas transparentes y salutíferas aguas.

Si la guerra que se hace á unos y otros es justa, legal, entonces los argumentos empleados, aunque pequen de duros, darán resultados favorables; y si, por el contrario, es sólo la adulación el arma que se esgrime, en ese caso el endiosamiento que tal proceder trae aparejado produce para los encomiadores el desdén, la indiferencia, el desprecio.

Y que suficientemente castigados quedan por su malicia, no es necesario intentar demostrarlo siquiera, porque está en la conciencia de todos los aficionados.

De día en día va en aumento el número de los que adoptaron por divisa *en materia de toros lo que veas*, y, aunque triste es decirlo, el tal aforismo, á pesar de ser verdad y de respirar escepticismo por los cuatro costados, no queda otro remedio que aceptarle sin la más leve atenuante, porque quien por primera vez lo pronunció, de seguro que viendo desde muy lejos, sospechó el estado á que la prensa taurina (no toda por suerte) había de llegar; esto es, á pisotear por el lodo su noble y elevada misión, convirtiéndose en heraldo del artificio y la bajeza. ¡Cómo ha de ser! ¡La vanguardia de la ilustración convertida en despreciable *tía*... ¡ohl...

De continuar por semejante camino, el resultado es fácil de prever; y en ese caso ¿quién será responsable de ello? ¿el que embrazando el escudo de la verdad y la lanza de la crítica lucha sin tregua y con tesón en pro de los buenos ideales, ó el que arrastrándose como serpiente lame los pies de quien con gran dosis de osadía y ningún arte pretende uncir á su capricho la inmutable verdad, postergándola á sus necias ambiciones personales?

¡Y que haya todavía ilusos que con descaro marchen satisfechos por semejante camino!

Pudiera ocurrir que la época presente fuese el prólogo de árido período de transición; pudiera ocurrir que el parcial eclipse sembrara el espanto y la duda en el pecho de los aficionados de buena ley; pudiera ocurrir que la tormenta amenazara sepultar de un momento á otro en los profundos antros de lo desconocido al hoy maltrecho barco de la afición; pero, ¿quién es capaz de asegurar que en un momento dado, y cuando el buque empiece á peligrar, no asomará un capitán que, sabiendo oponerse á la tormenta con acertadas maniobras, le hará abandonar la zona tempestuosa, penetrando al fin en las plácidas aguas de la bonanza?

No creo les asista la razón á los que temen por aquella causa la desaparición de las corridas de toros; podrán, si, sufrir alternativas, unas veces favorables, otras adversas, pero morir... ¡jamás!

Ahora bien; deber de todos los buenos aficionados es trabajar para impedir que tal orden de cosas llegue á presentarse; deber de todos los buenos aficionados es llevar la piedra, por pequeña que sea, para el edificio de la regeneración; deber de todos los buenos aficionados es contribuir á la mayor pureza y esplendor del espectáculo, y en este supuesto no deben cejar en el trabajo de propaganda, desenmascarar á los que falseen la verdad, derribar ídolos, *nuevos iconoclastas*, pisotear falsas imágenes, alentar á los que practiquen la verdad y combatir á los aduladores si desean conseguir la realización de su bello ideal; esto es, que el sol de la verdad brille con esplendor en el radiante cielo de la afición.

---

## LAS DOS AFICIONES

---

Estas son: aficionados á ver toros; aficionados á ver toreros.

Dado el crecido número de grupos existentes, cada uno con su ídolo á la cabeza, á quien prestan adoración los del bando respectivo, háse inaugurado confusión tal en el campo de la afición, que ya es cosa menos que imposible averiguar quiénes están en lo cierto, qué bandería es la que defiende la verdad; de modo que el aficionado independiente, ese que se gasta el dinero con el único deseo de presenciar la lidia con arreglo á arte, sin más norte ni ambición que gozar en presencia de la práctica de cuantas suertes son conocidas, con reses de casta, edad y respeto, por diestros que con justicia pueden ostentar el título de maestros, no sabe á qué carta quedarse, porque solicitado por tan encontradas corrientes, siente germinar en el pecho la duda y en el corazón avanzar y tomar forma las sombras del cansancio y del aburrimiento.

Y es que el fanatismo de los idólatras, alentado por la ignorancia, les impulsa hasta lo inconcebible por sa-

car á flote la personalidad que embargada les tiene la atención.

Si los aficionados á ver toros, esto es, si los verdaderos aficionados no oponen á tan perniciosas corrientes el peso de su opinión, preparémonos para asistir á los funerales de las corridas de toros, no muertas por consunción, sino asesinadas por cuatro hipnotizados que, atentos sólo á conseguir la satisfacción del orgullo, facilitan armas que paulatinamente acabarán con espectáculo tan bello y tan clásicamente español.

Huérfanos los circos de la presencia de toros de respeto, en una palabra, de verdaderos toros, toda la ¿enciclopedia? taurómaca del Guerra es impotente á salvar la fiesta del cercano hundimiento; toda la verdad de Mazzantini en el volapié, imposible á contrarrestar los efectos del cataclismo que se avecina; todos los deseos de Fabrilo por resucitar las buenas prácticas de Salvador, inútiles por completo; toda la buena escuela del Fuentes, cosa sin importancia; por que así como una herencia á nadie coloca en la abundancia si se fracciona entre muchísimos acreedores, así las fiestas de toros dejarán de ser lo que deben siempre que, dividida la opinión en tantas ramas como *maestros* peinan coleta, transija con el rutinarismo hoy en boga, y que continuará, toda vez que el aplauso oficioso y la admiración servil colócales en terreno desde el cual mandan como déspotas y señores absolutos.

Y esa lucha sorda, esa guerra inconcebible, ese trabajo de zapa que muchos sostienen con miras intencionadas, es lo que contribuye á que vaya en aumento el retraimiento del público imparcial.

Obsesionados por la tenaz idea de la alabanza, los aficionados á ver toreros transigen con cuantas fórmulas se les presenten, siempre y cuando que por la

abdicación de sus derechos se les conceda la *inmensa dicha* de aplaudir y ensalzar al ídolo; abandonan por conveniencia particular la defensa de los intereses del público; callan aunque las empresas hagan mangas y capirotos; si los ganaderos presentan toros pequeños, de escasa cornamenta y ningún respeto; de modo que á pesar de titularse heraldos de la verdad, paladines de la justicia, ni defienden aquélla ni rompen lanzas en favor de ésta, dejando al público, por lo tanto, abandonado al capricho ó mala fe de quien trate de explotarle.

Si ese público que asiste á los toros, en su mayoría desconocedor de las deficiencias que existen en una corrida, se conforma con lo que le dan, ya que por desconocimiento vese privado de reclamar, cúlpese de ello á quienes teniendo la obligación de enseñarle cuanto debe saber, rehuyen el cumplimiento de la palabra empeñada, de la promesa hecha con solemnidad; cúlpese á quienes abusando de su posición y medios, empléanlos solamente en involucrar la cuestión, en extender el manto de la sombra donde la luz debiera solamente brillar.

¿Cómo puede ese público aquilatar los méritos de un diestro, cuando al buscar en ciertos periódicos profesionales el por qué de la cosa, encuentran sólo aplausos serviles y ovaciones mercenarias? ¿Cómo dejar convencido al que no se le dá una explicación clara, sencilla y categórica?

Si los aficionados á ver toreros buscan solamente la resultancia de la suerte, sin tener en cuenta la faena ó trabajo hecho antes de la consumación, demuestran con ello que la ignorancia corre parejas con la mala fe.

No existiendo hoy día diestro alguno completo, taurómacamente hablando se entiende, la predilección

por este, el otro ó el de más allá, es tan sólo un corolario desprendido del problema, cuyos viciosos términos dan por resultado una solución absurda.

No alcanzo á comprender la razón que asistir pueda á los que gastan el dinero por presenciar una corrida y transigen con trabajos á todas luces imperfectos y nada apropiados á las condiciones de los toros, así como tampoco qué aplaudan á rabiarse monerías y jugueteos que, aunque de mérito, carecen de la importancia que se les concede, toda vez que siendo detalles secundarios del arte, encuéntrase fuera de los límites de la verdad, máxime cuando al abusar de ellos descomponen de tal modo á la fiera, que llegando en malas condiciones á la hora suprema, han de fiar por precisión su resultado á la diosa casualidad.

Los aficionados á ver toreros son, no hay que dudarlo, la cizaña que de una manera subrepticia ha ido brotando en el campo do sólo la buena miés debe crecer, y su hálito caliginoso acabará, si pronto no se la destruye, por agostar la flor de la afición.

Minado sin cesar el arte por los continuados embates que las deficientes faenas de los ídolos practican, desaparecerá, no hay duda, lo poco bueno que aún solemos ver de tarde en tarde, porque el endiosamiento de las medianías, alentado y sostenido por la ceguera de los amigos, no solamente obliga al estacionamiento, sino que también autoriza lo deficiente.

Es de necesidad absoluta la destrucción de esa funesta tendencia por ver toreros. ♦

Hoy por hoy, ni los partidarios del Guerra, ni los de Mazzantini, ni los de Fabrilo, ni los de Fuentes, ni los de ningún otro diestro, tienen razón, porque no practicando ninguno de ellos cuantas suertes el arte de torear encierra, resulta ilógico el afán por colocar-

les en el pináculo de la gloria, y francamente, la predilección no resulta cuando la limitación de conocimientos impide las manifestaciones del saber.

Conforme de todo punto, no en quemar el incienso de la adulación, sino en tributar aplauso sincero y leal cuando la faena reuna las condiciones de perfección y conocimiento desarrollada con reses respetuosas, porque semejante acto de justicia, al par que de galardón, serviría de poderoso estímulo para no hacer alto en el camino que todo diestro debe seguir.

\*Y una de dos: ó nos convertimos todos en adoradores de diestros de escasos recursos en el redondel é imposibilitados, por lo tanto, de dar atractivo y realce á la fiesta, ó nos cobijamos cabe los pliegues de la bandera de la verdad, luchando porque las suertes practicadas por los que fueron salgan de la fosa de los recuerdos, á la que fueron lanzadas por la desidia ó *prudencia* de algunas encumbradas *eminencias* sin méritos suficientes para ello.

Urje, pues, aclarar los conceptos; es indispensable el deslinde de campos: en uno sitúense en buen hora los que colocan al arte en segundo término; en el otro los que mirando por la verdad y defensa de sus intereses prefieren ver toros á ver toreros, que la opinión ya se encargará en su día de clasificar á cada cual según su merecido.

EL CESANTE H

---

---

## CORRESPONSAL TAURINO

---

Hay por ahí cada *pendiente* que vale lo que pesa para mangonear en lo que no le importa ni mucho menos entiende; tipos que ni buscados con candil pudieran encontrarse más á propósito para desempeñar cargos que todo hombre de dignidad rechaza por denigrantes: seres que poseyendo gran dosis de atrevimiento, descaro inconcebible y desfachatez á prueba de sonrojos, desempeñan ora un fregado, ora un barrido, y que tanto monta para ellos las palabras vergüenza y dignidad como la trenza del gran emperador de la China; hombres que, con tal de figurar y á semejanza de la sal, encuéntranse en todas partes; lo mismo trabajan para hacer ver que lo blanco es negro como que el sol no alumbra, y francamente, de personajes de índole semejante puestos al servicio de un diestro cualquiera, hay que esperarlo todo, lo mismo las alabanzas inconmensurables que las censuras aplastantes, lo mismo la frase melosa que el concepto erróneo, lo mismo la omisión que favorece que el equívoco que denigra. Su misión principal y única se reduce á en-

salzar á quien paga, y en verdad que desempeñan á la perfección tan poco airoso papel.

Contando con la favorable acogida que la prensa otorga á los telegramas que anuncian acontecimientos ó hechos de notoria actualidad, gástanse (del bolsillo de otro, se entiende) algunas pesetas, que tiradas á tiempo y ocasión oportuna, reportan beneficio para más adelante, porque preparan los cimientos sobre los que ha de asentarse una reputación, sembrando al propio tiempo en el ánimo del lector la semilla que produce opinión favorable á sus planes, y amén del beneficio que al diestro reportar puede, ellos redondean su negocio, y de simples y desconocidos negociantes pasan á ser personajes de viso é importancia en el campo de la afición.

Encontrándolo todo aceptable, ¿qué digo aceptable? bueno y más que bueno, acuden afanosos á la estación telegráfica al promediar la corrida, y telegrama por aquí, telegrama por allá, tan sólo superioridades, ovaciones y orejas estampan en el impreso que por el ventanillo entregan, y así como ellos lo escriben aparece al día siguiente en las columnas de los periódicos. Resultado: la formación de una atmósfera de difícil destrucción, porque tan acreedor es á ser tenido por veraz un quídam cualquiera y que nadie conoce, que se gasta unas pesetas en golpes de bombo, como el revistero veraz é imparcial encanecido en los tendidos de la plaza llenando cuartillas, ya que el que no presencié la fiesta está en su perfectísimo derecho de aceptar la opinión que mejor cuadre á sus instintos é inclinaciones.

Y que esto, por desgracia, sucede, no hay que dudarlo; que el tipo fotografiado está tomado del natural es indudable, porque al presentarme en la oficina de

Telégrafos para transmitir á cierto periódico el resultado de una novillada, me encontré de manos á boca con uno de esos que por no trabajar llevan recorrida toda la escala social, quien con la mayor desfachatez del mundo me dijo que al matador tal le ponía superior —y estuvo pésimo— porque era amigo, porque quería favorecerle y pagar de este modo la comida en la fonda que á él y varios amigos les había ofrecido por haber salido sano y salvo del redondel.

Y pregunto ahora: ¿aquellos sesenta y dos telegramas que el corresponsal (¿sic?) en cuestión remitía á igual número de periódicos, lo fueron en balde? Jamás; aquellos telegramas llenaron medio mundo con la inverosímil noticia de superioridades soñadas; aquellos telegramas, al ser leídos por amigos, partidarios ó paisanos del diestro ensalzado, hicieron su efecto, y aunque del número total de lectores la cuarta parte solamente los creyeran y sobre lo leído descansaran sus raciocinios, dada la concomitancia de criterios, resulta un total respetable de opiniones en favor de un torero que, en puridad de verdad, no merece siquiera que su nombre se escriba en letras de molde.

Los periódicos de gran circulación son los preferidos, ya que hoy la totalidad de los diarios políticos cuentan con una sección dedicada á noticias taurinas y un revistero que reseña las corridas de la localidad, y bajo este punto de vista, oportuno y lógico es publiquen cuantos telegramas taurinos lleguen á la redacción, toda vez que con ello en nada perjudican el credo político que defienden, demostrando al propio tiempo que poseen extensísimo servicio telegráfico.

¿La revista que haga bueno cuanto el corresponsal en cuestión dice en el telegrama? No hace falta, y por tanto no hay que esperarla, porque los tales corres-

ponales no saben hacerla; porque temen un varapalo; porque ni siquiera saben escribir; porque no entienden nada de tauromoquia, excepción de cuatro palabras técnicas cogidas al vuelo de aquí y acullá, y por último, porque salvado el compromiso de primera intención, lo demás considéranlo como cosa baladí y sin la menor importancia.

Proceder semejante casi pudiera, en último caso, pasar desapercibido, porque á no ser los que dedicándose á escribir de tauromaquia vense precisados á hojear toda la prensa, el número de los lectores que en ellos fijan la atención es bastante exiguo, y de ahí que el resultado no sea todo lo satisfactorio que desean; pero lo que no comprendo, lo que me subleva el ánimo, lo que me pone violento es que publicaciones profesionales, periódicos dirigidos y redactados por aficionados viejos en el oficio y por tanto conocedores de tales estratagemas, copien ó publiquen telegramas de origen desconocido y firmados por personajes que nadie sabe quienes son.

Los trabajos de aquellos roedores sólo sirven para ensalzar nulidades ó zaherir reputaciones; su norte es la mentira, el enredo, el engaño; plaga que ha invadido el campo de la afición, envenenando con su perniciosa baba la verdad que siempre ha de resplandecer en todo juicio crítico, tergiversando de tal modo los conceptos, que á vista de absurdos semejantes, hasta el que presencié la fiesta duda si estuvo en la plaza ó si permaneció quietecito en el café.

Esa pléyade de vampiros que chupan el dinero á cuatro infelices diestros asaz débiles para dejarse vencer por la charla insustancial y falso brillo de planes considerados como de resultado infalible, debe sin pérdida de tiempo desaparecer en absoluto, porque

así lo reclaman la verdad, el buen nombre de dignísimos aficionados que, representantes de periódicos profesionales, escriben sólo lo que es, importándoles un bledo que al decir la verdad caiga el que caiga, y la seriedad de publicaciones que ostentan el título de imparciales y veraces.

La parte sana de los que á escribir de toros se dedican son los primeros que deben iniciar la lucha para destruir trabajos que tan grandísimo descrédito reportan, y la prensa profesional despreciar debe libelos semejantes, no titubeando jamás entre la prioridad de la noticia y la dudosa veracidad que el telegrama encierra.

EL CESANTE H

---

# INDICE

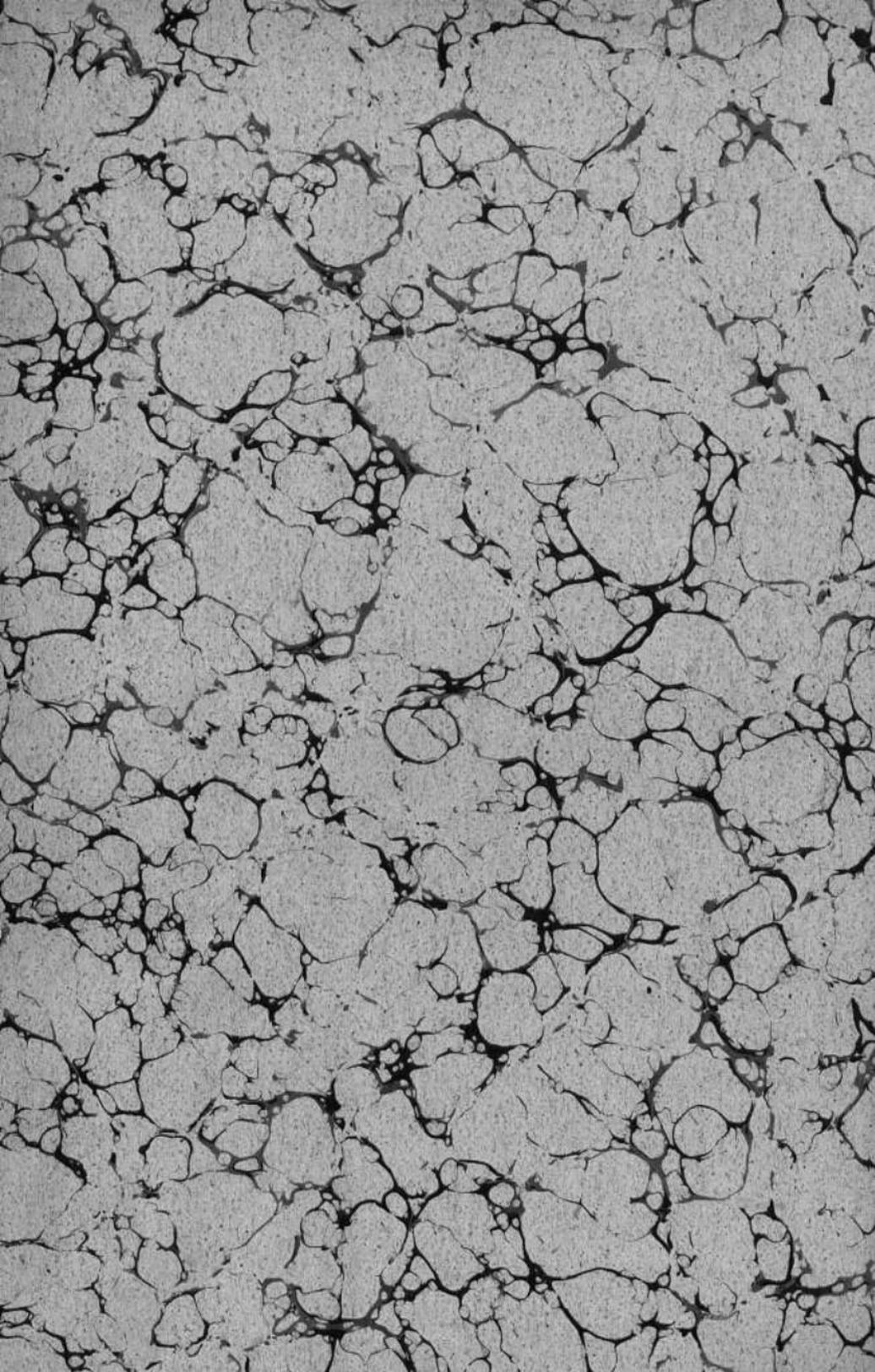
---

## Páginas

|                                 |     |
|---------------------------------|-----|
| Banderillas al quiebro. . . . . | 5   |
| El volapié. . . . .             | 8   |
| Brindar la suerte. . . . .      | 12  |
| La divisa.. . . .               | 17  |
| Magister Dixit. . . . .         | 23  |
| ¡Que se lo den!. . . . .        | 29  |
| Volver la cara.. . . .          | 35  |
| Con permiso, señores. . . . .   | 40  |
| Banderillas de fuego. . . . .   | 47  |
| Para otra vez. . . . .          | 53  |
| La presidencia.. . . .          | 58  |
| Para mejor ocasión.. . . .      | 62  |
| El cartel. . . . .              | 66  |
| La alternativa.. . . .          | 71  |
| En el callejón. . . . .         | 75  |
| Importantísimo. . . . .         | 80  |
| Pequeñeces. . . . .             | 85  |
| ¿Regionalismo?. . . . .         | 90  |
| Al descubierto.. . . .          | 100 |
| El caballo. . . . .             | 106 |
| Los peloteros. . . . .          | 111 |
| El coleo. . . . .               | 118 |
| Oído á la caja. . . . .         | 124 |
| ¡¡Al corral!! . . . . .         | 129 |
| Los avisos. . . . .             | 133 |
| Cáso de conciencia.. . . .      | 139 |
| Una interview.. . . .           | 144 |
| Duro y á la cabeza. . . . .     | 149 |
| Los solarianos.. . . .          | 154 |
| La suerte suprema. . . . .      | 159 |
| Cajón de sastre. . . . .        | 164 |
| ¿En qué quedamos?.. . . .       | 169 |
| ¡¡Superior!! . . . . .          | 173 |
| Lo que debe ser. . . . .        | 178 |
| Las dos aficiones. . . . .      | 181 |
| Corresponsal taurino. . . . .   | 186 |







MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 191 | Precio de la obra.....

Estante . 1 | Precio de adquisición..

Tabla... 3 | Valoración actual.....

Número de tomos. ....



131.

10

100

LA UROGNATHA

10

100

100

10

100

100

10

100

100